

# Antología literaria

4

SECUNDARIA



MINISTERIO DE EDUCACIÓN

MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
Dirección de Educación Secundaria

# Antología literaria

4



MINISTERIO DE EDUCACIÓN

**Título: Antología literaria 4**

Ministerio de Educación  
Calle Del Comercio N.º 193, San Borja  
Lima 41, Perú  
Teléfono: 615-5800  
www.minedu.gob.pe

**Segunda edición:** junio de 2017  
**Primera reimpresión:** noviembre de 2018  
**Tiraje:** 444 034 ejemplares

**Coordinadora**  
Karen Coral Rodríguez

**Antologadores**  
Marco Bassino Pinasco  
Marcel Velázquez Castro

**Asistente pedagógica**  
Sara Vela Alfaro

**Editor**  
Alfredo Acevedo Nestárez

**Recopiladores de textos**  
Elizabeth Lino Cornejo  
Agustín Prado Alvarado

**Ilustrador**  
Oscar Casquino Neyra

**Diseñadores y diagramadores**  
Dante Jonathan Quiroz Jara  
Con la colaboración de Iris Luty Alipio Saccatoma

**Revisión de contenidos para la segunda edición**  
Martina Bazán Untul

**Impreso por:**  
Amauta Impresiones Comerciales S.A.C.  
Se terminó de imprimir en diciembre del 2018, en los talleres gráficos de Amauta Impresiones Comerciales S.A.C.,  
sito en Jr. Juan Manuel del Mar y Bernedo N° 1290 Urb. Chacra Ríos Sur - Lima.

© Ministerio de Educación  
Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o  
parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú  
N° 2018-19175

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*



En esta antología, se ha optado por emplear términos en masculino para referirse a los géneros de las personas. Esta medida no implica faltar el respeto que todos los seres humanos merecemos. Asimismo, en los relatos, cuentos y poemas se ha respetado el uso de las variedades regionales del castellano cuando, por voluntad del narrador o autor, el texto original lo propone. Por último, se está aplicando la normativa ortográfica vigente del español, publicada el año 2010.

# ÍNDICE

PRESENTACIÓN.....	5
INTRODUCCIÓN.....	6
<b>QUIEN ACABA DE MORIR.....</b>	<b>10</b>
Cronwell Jara	
<b>USHANAN-JAMPI (EL REMEDIO ÚLTIMO).....</b>	<b>12</b>
Enrique López Albújar	
<b>ELEGÍA.....</b>	<b>21</b>
Miguel Hernández	
<b>III.....</b>	<b>23</b>
César Vallejo	
<b>UNA ROSA PARA EMILY.....</b>	<b>25</b>
William Faulkner	
<b>LA CAÍDA.....</b>	<b>34</b>
Virgilio Piñera	
<b>ACTIVIDADES.....</b>	<b>36</b>
<b>LA TELA DE ARAÑA.....</b>	<b>44</b>
Julio Ramón Ribeyro	
<b>COLORETE.....</b>	<b>51</b>
Oswaldo Reynoso	
<b>LA MUÑECA NEGRA.....</b>	<b>55</b>
José Martí	
<b>JUANA LA CAMPA TE VENGARÁ.....</b>	<b>60</b>
Carlos Eduardo Zavaleta	
<b>EL REY DEL MONTE.....</b>	<b>70</b>
Ricardo Palma	
<b>CARTAS DE AMOR TRAICIONADO.....</b>	<b>77</b>
Isabel Allende	
<b>ACTIVIDADES.....</b>	<b>84</b>
<b>LA SIESTA DEL MARTES.....</b>	<b>92</b>
Gabriel García Márquez	
<b>LA MESA DEL CÓNDOR.....</b>	<b>97</b>
Tradición oral de la Amazonía de Ecuador	
<b>LADRONES EN LA IGLESIA.....</b>	<b>99</b>
Alberto Moravia	
<b>MANIFIESTO.....</b>	<b>104</b>
Nicanor Parra	
<b>EL LENGUADO.....</b>	<b>108</b>
Mariella Sala	
<b>FUENTEOVEJUNA.....</b>	<b>112</b>
Félix Lope de Vega	
<b>ACTIVIDADES.....</b>	<b>116</b>

ENDECHAS .....	122
Alejandra Pizarnik	
¡DILES QUE NO ME MATEN! .....	124
Juan Rulfo	
UNA SALITA CERCA DE LA CALLE EDGWARE .....	130
Graham Greene	
EL CIERVO ESCONDIDO .....	135
Liehtse	
TALES ERAN SUS ROSTROS .....	136
Silvina Ocampo	
ESA VEZ DEL HUAICO .....	141
Eleodoro Vargas Vicuña	
LO FATAL .....	144
Rubén Darío	
HE VUELTO AL CAMINO DE LA SOLEDAD .....	145
María Emilia Cornejo	
ACTIVIDADES .....	146
LA CREACIÓN .....	156
Eduardo Galeano	
FIESTA DE LAS LLAMAS .....	157
Tradición oral de Cusco	
EL IRUPÉ .....	158
Tradición oral guaraní de Paraguay	
LA HERRANZA-CANTO A LA VACA .....	160
Tradición oral de Pasco	
EL MAL VIENTO .....	162
Tradición oral de Ecuador	
ACTIVIDADES .....	163
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS .....	167

## PRESENTACIÓN

El libro que tienes en las manos es un pasaje, que te permite entrar o salir de muchos lugares: un extenso campo, un sueño, un lugar inventado, el fondo del mar, la mente de una persona. En realidad, no existen límites para lo que hay al final del pasaje.

Si abres este libro, te encontrarás en místicas fiestas para agradecer a los animales del campo, en la Lima española o frente al tenebroso cóndor andino. Vivirás la historia de un valiente indígena, experimentarás una caída mortal o descubrirás el mágico mundo de los sueños. Sentirás dudas, temor o rechazo hacia lo incierto. Sufirás las adversidades de ser mujer, la tristeza de una madre o la fragilidad de una amistad. Viajarás por impactantes paisajes para descubrir tu identidad o afrontar tu destino.

Así, al ingresar por los diversos pasajes, tal vez te hagas preguntas sobre el recorrido que habrás de realizar. Imaginamos que puedes tener algunas y aquí vamos con ellas y sus respuestas:

### **¿Tengo que leer todos los textos?**

Lee los textos que quieras. Lee los textos que te atraigan. No todas las lecturas son para todos.

### **Una vez que he comenzado una lectura, ¿debo terminarla?**

Las lecturas de esta colección están aquí para que las disfrutes. Ante la primera dificultad, no abandones, dales a la historia y a sus personajes una oportunidad de convencerte, de interesarte.

### **¿Hay un orden para leer los textos?**

Empieza a leer por donde gustes. Cada texto abre un pasaje distinto. Hay lecturas que tienen su momento, su lugar. Un día quieres una aventura o reírte un poco, otro experimentar algo que te dé miedo o despertar tu curiosidad y vivir el suspenso. Así como eliges qué comer, qué ropa usar, a dónde ir... puedes elegir qué texto leer.

### **¿Tengo que leer estos textos solamente en clase?**

Puedes leerlos donde quieras: en el bus, en un parque, en tu casa, junto a un río, frente al mar o en el campo. Puedes leerlos donde te provoque. Este libro es tuyo.

### **¿Tengo que hacer las actividades?**

Te aconsejamos que las revises, pues te pueden ayudar a orientarte en tu lectura, a mirar un texto desde otro punto de vista o tal vez a imaginar nuevas historias y escribirlas. Todo gran viaje empieza con un paso.

Te invitamos a que ingreses por muchos pasajes en estas lecturas.  
¡Vamos! ¡Recorre las páginas y adelante!

Marco Bassino Pinasco

Con el fin de orientar el tratamiento de los textos seleccionados, se ofrece a los docentes una *Guía pedagógica para el uso de las antologías literarias*, que encontrará en el siguiente enlace: [http://jec.perueduca.pe/?page\\_id=3208](http://jec.perueduca.pe/?page_id=3208)

## INTRODUCCIÓN

El lenguaje es una facultad constitutiva de la especie humana que ha producido, a lo largo de miles de años, las lenguas o idiomas del mundo. La literatura se instaure como un trabajo sobre la lengua particular por cada escritor para crear una estructura material novedosa que produce significados mediante una forma estética. Se denomina soporte verbal al anclaje en la palabra de todo texto literario; mientras que la función estética refiere al placer sensorial y cognitivo en el acto mismo de la lectura. Además, la literatura se ha convertido desde hace mucho en una institución social con prácticas, criterios de valor y tradiciones.

En esta antología, se te ofrece una muestra significativa de la mejor narrativa latinoamericana, estadounidense y europea. Tales como, el colombiano Gabriel García Márquez, la argentina Silvina Ocampo y el cubano Virgilio Piñera; el Premio Nobel estadounidense William Faulkner; y el italiano Alberto Moravia, entre muchos otros. Entre los autores peruanos, tenemos a narradores de gran valor, como Enrique López Albújar, Julio Ramón Ribeyro, Oswaldo Reynoso, Carlos Eduardo Zavaleta, Cronwell Jara y Mariella Sala.

Algunos cuentos emplean una modalidad de representación realista, otros una modalidad fantástica o maravillosa; todos relatan desde la perspectiva de un narrador acciones emocionantes y significativas con temáticas asociadas a la muerte, marginalidad, exclusiones socioculturales, transgresiones y angustia existencial, entre otras.

Por su parte, la novela es una narración ficcional extensa y la especie épica más leída en tiempos contemporáneos. La novela crea un mundo verosímil, donde los personajes nos ofrecen transformaciones, dilemas y conflictos que sorprenden, y afectan al lector.

Por otro lado, en esta antología, incluimos algunos fragmentos de la obra dramática *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega, clásico del teatro renacentista español. Se trata del monólogo de Laurencia, la célebre imprecación contra los hombres de su comunidad, un alegato moral con una fuerza expresiva extraordinaria.

Además, en estas páginas encontrarás poemas. Los que hemos elegido ofrecen estilos y horizontes estéticos variados. Tres grandes poetas latinoamericanos, Rubén Darío, César Vallejo y Alejandra Pizarnik muestran las posibilidades de la palabra para construir, a pesar de la brevedad del poema, sentimientos intensos de dolor, conflictos interiores, libertad o amor.

Por último, se han incluido algunos textos de la abundante y heterogénea tradición oral del Perú y América. Relatos que explican una cosmovisión o validan una conducta social que crea vínculos horizontales con los animales y las plantas. Estos textos orales han sido recopilados desde la cultura andina (Perú y Ecuador) y guaraní (Paraguay). La tradición oral trasciende las fronteras geográfico-políticas, pues expresa cultura y visión de mundo de pueblos ancestrales y originarios. ¿Quiénes son los depositarios de esa memoria que perdura a lo largo del tiempo? Los individuos pertenecientes a sus respectivas comunidades poseen la capacidad de transmitir oralmente sus tradiciones. Evidentemente, unos más que otros están interesados y entrenados en esta tarea; varones y mujeres, jóvenes, adultos o ancianos nutren a su entorno social evocando la memoria de su espacio cultural, mediante una particular performance verbal. Ellos constituyen el registro vivo de sus memorias locales y son transmisores orales de la memoria que van heredando.

Todo texto literario amplía el rango de nuestras sensaciones y percepciones: nos convierte en seres más complejos y más libres. Leer literatura es un viaje sin pasaje de retorno por la condición humana y sus mundos reales e imaginarios.

Marcel Velázquez Castro







## QUIEN ACABA DE MORIR

1986

CRONWELL JARA

(peruano)



Vos no lo oyes, pero yo sí lo oigo cómo rasga y hace sonar el cajón áhi dentro, no bien le rezamos por última vez en su casa entre los lloros de la Asunción, su mujer, y tus últimos sollozos, y lo metimos bien peinado y vestido todo de blanco a su féretro de cedro; el féretro de su abuelo Feliciano quien nunca lo utilizó porque se lo llevó el río como a carnerito tierno, pobre viejo, quien en paz descanse y de Dios goce, que por tantas lluvias que parecían diluvios y tantos fangos y aguas revolviendo grandes troncos y hojarascas, nunca lo hallamos, ¿recuerdas? Al viejo lo enterró el río —se hizo raíz y agua— como a las culebras, nidos de plaquíu y cerdos y vacas que arrastró, aunque después don Eladio el Huaranga dijo que lo vio transformado en sapo hachero, pero que no sabía que era él, el viejo Feliciano, hasta que luego lo reconoció por la voz, y fue que le dijo el secreto: que quien acaba de morir lo había aventado de la peña esa de su lindero al río. Pero que todo había quedau áhi nomás; porque quién iba a creer quel nieto haría semejante fatalismo, gua, así fuese que desde ese entón él, el mozo, se posesionara de su parcela, de sus sembríos de café y maíz allá cerca al Bordo de Pucara; pero que esto vos sabes fue por decisión de familia, porque tenía que ser así: siendo que el nieto era el único en no tener tierras y que el viejo a su lado ya no tenía a naide.

Vos no lo oyes, pero yo sí lo oigo, ¡cómo puja y jadea!, acaso porque áhi dentro ya se le acaba el aire y se le hará difícil muy difícil respirar, así los cristianos que agora nos acompañan a su sepelio digan que la lluvia que caía no hace un rato y que agora vuelve a caer loca y precipitada, a cántaros y ramalazos, que pareciera pretender acallar lo que ya no se puede, que no son solo los golpetazos de agua cáidos del cielo, sino también es posible los puñetes y arañoses del hombre desesperau por salir porque, es un capricho del cielo, siga vivo. Pero ves vos, naide se detiene y más bien por lo contrario apuramos el paso pa no llegar a lo que más se teme como ocurrió con el Artidoro Carrasco la vez en que se levantó de su tarima cuando lo estaban velando y pidió, el pobre, agua, porque el finado tenía sé y había resucitau, y mira lo que le dieron sino hachazos y palos creyendo quel Artidoro Carrasco ya no era el Artidoro Carrasco sino el demonio que se había

posesionau de su cuerpo y hablaba por él, el finado, pa engañar a los deudos. No creo que lleguemos a esto porque todos sabían lo que era el Artidoro Carrasco, un bandolero, un desflorador de tantas huambros sin considerar si eran muchachas o ancianas por lo que había que imaginarse lo que hubiese síu si el propio diablo hubiese seguíu haciendo si resucitaba en su cuerpo, no creo que lleguemos a eso. Que por lo demás este féretro va bien claveteau y eran de los clavos más grandes y sería difícil que el finado quien acaba de morir por dejarle de latir el corazón como se dijo, tuviese la fuerza suficiente como pa destapar su caja y salir así como así, buenas tardes de Dios mi amo, como si nada.

Mejor distráete y olvídate que vamos a su sepelio a onde lo enterraremos bien fondo y gustosos daremos la primera palada, bébete a gruesos sorbos, maréyate y olvídale y no recuerdes más las cosas que se murmuraban dél mientras vivía, como hago yo pa no dolerme, pues cómo creer en esos rumores y sospechas de que quien acaba de morir mató primero a los dos hijos y a la viuda de su hermano, a machetazos, pa volver a quedarse con sus tierras, cuando bien sabemos que la prueba de que este finado no lo hizo fue el hallar ensangrentau el machete del loco Eufemio Carrasco, el hermano del bandolero, aunque este negó diciendo que no había síu él, antes de que lo lincharan, que no tenía por qué hacerlo con una pobre viuda y unos churres indefensos, así el hermano de quien acaba de morir hubiese síu el primero en darle un leñazo al Artidoro Carrasco la vez en que estando finado pidió agua y en vez de agua le dieron lo que ya es sabido; por lo que no fue un escándalo sino más bien cierta forma de recompensar, bien vista por muchos, el que quien acaba de morir también ocupase las tierras del loco Eufemio Carrasco, con la de su hermano el bandolero además de las de su cuñada y sobrinos muertos por el Eufemio, juntándose todas con las del abuelo. Los cristianos tenemos muchas envidias, vos lo sabes bien, y si quien acaba de morir llegó a tener las tierras más grandes y más fértiles con el ganado más gordo y hermoso, sabes que no fue por culpa dél así no estén de acuerdo las malas lenguas, las perjuriosas sospechas. Porque todo parecía estar según la santísima y la milagrosa decisión del Cielo y de Dios.

Piensa o si no, que va bien muerto, así yo lo siga oyendo que agora da voces y suplica acaso arrepentido por lo que no hizo o no pudo llegar a hacer. A tiempo.

Alégrate de que en la parcela pronto florecerá el café y dará el maíz y tendremos caña pa moler, y que tanto esfuerzo por trabajar la tierra santa será después de todo recompensau, sanamente; bien hicimos. Y olvídate vos de una vez por todas dél, así nuestras tierras hayan estau de linderos con las suyas, malhaya la hora que nos tocó tenerlas junto, no las queremos, que las tome quien demonio sea, pa olvidar de una vez por todas a ese quien acaba de morir —o que está muriendo— y que ya tanto nos remiraba finalmente con malos ojos y por el cual, triste sangre de nuestras vísceras, tanto más lo hemos llorau, pero que ya no queremos hacerlo más.

Sin remordimientos.



## USHANAN-JAMPI (EL REMEDIO ÚLTIMO)

1920

ENRIQUE LÓPEZ ALBÚJAR

(peruano)



*A Francisco A. Loayza, en Yokohama.*

**L**a plaza de Chupán hervía de gente. El pueblo entero, ávido de curiosidad, se había congregado en ella desde las primeras horas de la mañana, en espera del gran acto de justicia a que se había convocado la víspera, solemnemente.

Se habían suspendido todos los quehaceres particulares y todos los servicios públicos. Allí estaban el jornalero, poncho al hombro, sonriendo con sonrisa idiota, ante las frases intencionadas de los corros; el pastor greñudo, de pantorrillas bronceadas y musculosas, serpenteadas de venas, como lianas en torno de un tronco; el viejo silencioso y taimado, mascador de coca sempiterno; la mozuela tímida y pulcra, de pies limpios y bruñidos como acero pavonado, y uñas desconchadas y roídas, y faldas negras y esponjosas como repollo; la vieja regañona, haciendo perinolear al aire el huso mientras barbotea un rosario interminable de conjuros; y el chiquillo, con su clásico sombrero de falda gacha y capa cónica —sombrero de payaso—, tiritando al abrigo de un ilusorio ponchito que apenas le llega al vértice de los codos.

Y por entre esa multitud, los perros, unos perros de color ámbar sucio, hoscos, héticos<sup>1</sup>, de cabezas angulosas y largas como cajas de violín, costillas transparentes, pelos hirsutos, miradas de lobo, cola de zorro y patas largas, nervudas y nudosas —verdaderas patas de arácnido— yendo y viniendo incesantemente, olfateando a las gentes con descaro, interrogándolas con miradas de ferocidad contenida, lanzando ladridos impacientes de bestias que reclamaran su pitanza.

Se trataba de hacerle justicia a un agraviado de la comunidad, a quien uno de sus miembros, Conce Maille, ladrón incorregible, le había robado días antes una vaca. Un delito que había alarmado a todos profundamente, no tanto por el hecho cuanto por la circunstancia de ser la tercera vez que un mismo individuo

<sup>1</sup> Hético: tísico, que padece la enfermedad de la tisis (tuberculosis pulmonar).

cometía tal crimen. Algo inaudito en la comunidad. Aquello significaba un reto, una burla a la justicia severa e inflexible de los *yayas*<sup>2</sup>, merecedora de un castigo pronto y ejemplar.

Al pleno sol, frente a la casa comunal y en torno de una mesa rústica y maciza, con una macidez de mueble incaico, el gran concejo de los *yayas*, constituido en tribunal, presidía el acto, solemne, impasible, impenetrable, sin más señales de vida que el movimiento acompasado y leve de las bocas *chacchadoras*, que parecían tascar un freno invisible.

De pronto los *yayas* dejaron de *chacchar*, arrojaron de un escupitajo la papilla verduzca de la masticación, limpiáronse en un pase de manos las bocas espumescientes, y el viejo Marcos Huacachino, que presidía el concejo, dijo:

—Ya hemos *chacchado* bastante. La coca nos aconsejará en el momento de la justicia. Ahora bebamos para hacerlo mejor.

Y todos, servidos por un decurión, fueron vaciando a grandes tragos un enorme vaso de *chacta*.

—Que traigan a *Cunce Maille* —ordenó Huacachino una vez que todos terminaron de beber.

Y, repentinamente, maniatado y conducido por cuatro mozos corpulentos, apareció ante el Tribunal un indio de edad incalculable, alto, fornido, ceñudo y que parecía desdeñar las injurias y amenazas de la muchedumbre. En esa actitud, con la ropa ensangrentada y desgarrada por las manos de sus perseguidores y las dentelladas de los perros ganaderos, el indio más parecía la estatua de la rebeldía que la del abatimiento. Era tal la regularidad de sus facciones de indio puro, la gallardía de su cuerpo, la altivez de su mirada, su porte señoril, que, a pesar de sus ojos sanguinolentos, fluía de su persona una gran fuerza de simpatía: la simpatía que despiertan los hombres que representan la hermosura y la fuerza.

—¡Suéltlenlo! —exclamó la misma voz que había ordenado traerlo.

Una vez libre, Maille se cruzó de brazos, irguió la desnuda y revuelta cabeza, desparramó sobre el concejo una mirada sutilmente desdeñosa y esperó.

—José Ponciano te acusa de que el miércoles pasado le robaste su vaca *mulinera* y que has ido a vendérsela a los de Obas. ¿Tú qué dices?

—¡Verdad! Pero Ponciano me robó el año pasado un toro. Estamos pagados.

—¿Por qué entonces no te quejaste?

—Porque yo no necesito de que nadie me haga justicia. Yo mismo sé hacérmela.

—Los *yayas* no consentimos que aquí nadie se haga justicia. El que se la hace pierde su derecho.

Ponciano, al verse aludido, intervino:

—Maille está mintiendo, taita. El toro que dice yo le robé se lo compré a Natividad Huaylas. Que lo diga; está presente.

—Verdad, taita —contestó un indio, adelantándose hasta la mesa del concejo.

---

2 *Yayas*: ancianos encargados de administrar justicia. (Nota del texto original).

—¡Perro! —dijo Maille, encarándose ferozmente a Huaylas—. Tan ladrón eres tú como Ponciano. Todo lo que tú vendes es robado. Aquí todos se roban.

Ante la imputación, los *yayas*, que al parecer dormitaban, hicieron un movimiento de impaciencia al mismo tiempo que muchos individuos del pueblo levantaban sus garrotes en son de protesta y los blandían gruñendo rabiosamente. Pero el jefe del tribunal, más inalterable que nunca, después de imponer silencio con gesto imperioso, dijo:

—*Cunce* Maille, has dicho una brutalidad que ha ofendido a todos. Podríamos castigarte entregándote a la justicia del pueblo, pero sería abusar de nuestro poder.

Y dirigiéndose al agraviado José Ponciano, que, desde uno de los extremos de la mesa, miraba torvamente a Maille, añadió:

—¿En cuánto estimas tu vaca, Ponciano?

—Treinta soles, taita. Estaba para parir, taita.

En vista de estas respuestas, el presidente se dirigió al público en esta forma:

—¿Quién conoce la vaca de Ponciano?... ¿Cuánto podrá costar la vaca de Ponciano?

Muchas voces contestaron a un tiempo que la conocían y que podría costar realmente los treinta soles que le había fijado su dueño.

—¿Has oído, Maille? —dijo el presidente al aludido.

—He oído, pero no tengo dinero para pagar.

—Tienes ganado, tienes tierras, tienes casa. Se te embargará uno de tus ganados, y como tú no puedes seguir aquí porque es la tercera vez que compareces ante nosotros por ladrón, saldrás de Chupán inmediatamente y para siempre. La primera vez te aconsejamos, te enseñamos lo que debías hacer para que te enmendaras y volvieras a ser hombre de bien. No has querido. Te burlaste del *yaachishum*<sup>3</sup>. La segunda vez tratamos de ponerte bien con Felipe Tacuche, a quien le robaste diez carneros. Tampoco hiciste caso del *alli-achishum*<sup>4</sup>, pues no has querido reconciliarte con tu agraviado y vives amenazándole constantemente... Hoy le ha tocado a Ponciano ser el perjudicado y mañana quién sabe a quién le tocará. Eres un peligro para todos. Ha llegado el momento de botarte, de aplicarte el *jitarishum*<sup>5</sup>. Vas a irte para no volver más. Si vuelves, ya sabes lo que te espera: te cogemos y te aplicamos *ushanan-jampi*. ¿Has oído bien *Cunce* Maille?

Maille se encogió de hombros, miró al tribunal con indiferencia, echó mano al *huallqui*<sup>6</sup> que, por milagro había conservado en la persecución, y sacando un poco de coca se puso a *chacchar* lentamente.

El presidente de los *yayas*, que tampoco se inmutó por esta especie de desafío del acusado, dirigiéndose a sus colegas, volvió a decir:

3 *Yaachishum*: lo aconsejaremos.

4 *Alli-achishum*: lo pondremos bien, los conciliaremos.

5 *Jitarishum*: lo botaremos. (Esta nota y las dos anteriores provienen del texto original).

6 *Huallqui*: bolsa de lana colorida en la que se guarda la hoja de coca.

—Compañeros, este hombre que está delante de nosotros es *Cunce Maille*, acusado por tercera vez de robo en nuestra comunidad. El robo es notorio; no lo ha desmentido, no ha probado su inocencia. ¿Qué debemos hacer con él?

—Botarlo de aquí, aplicarle *jitarishum* —contestaron a una voz los *yayas*, volviendo a quedar mudos e impasibles.

—¿Has oído, Maille? Hemos procurado hacerte un hombre de bien, pero no lo has querido. Caiga sobre ti el *jitarishum*.

Después levantándose y dirigiéndose al pueblo, añadió con voz solemne y más alta que la empleada hasta entonces:

—Este hombre que ven aquí es *Cunce Maille*, a quien vamos a botar de la comunidad por ladrón. Si alguna vez se atreve a volver a nuestras tierras cualquiera de los presentes podrá matarle. No lo olviden. Decuriones, cojan a ese hombre y sígannos.

Y los *yayas*, seguidos del acusado y de la muchedumbre, abandonaron la plaza, atravesaron el pueblo y comenzaron a descender por una escarpada senda, en medio de un imponente silencio, turbado solo por el tableteo de los *shucuyes*. Aquello era una procesión de mudos bajo un nimbo de recogimiento. Hasta los perros, momentos antes inquietos, bulliciosos, marchaban en silencio, gachas las orejas y las colas, como percatados de la solemnidad del acto.

Después de un cuarto de hora de marcha por senderos abruptos, sembrados de piedras y cactus tentaculares y amenazadores como pulpos rabiosos, senderos de pastores y cabras, el jefe de los *yayas* levantó su vara de alcalde, coronada de cintajos multicolores y de flores de plata de manufactura infantil, y la extraña procesión se detuvo al borde del riachuelo que separa las tierras de Chupán y las de Obas.

—¡Suelten a ese hombre! —exclamó el *yaya* de la vara.

Y dirigiéndose al reo:

—*Cunce Maille*: desde este momento tus pies no pueden seguir pisando nuestras tierras porque nuestros *jircas* se enojarían y su enojo causaría la pérdida de las cosechas, y se secarían las quebradas y vendría la peste. Pasa el río y aléjate para siempre de aquí.

Maille volvió la cara hacia la multitud, que con gesto de asco e indignación, más fingido que real, acababa de acompañar las palabras sentenciosas del *yaya*, y después de lanzar al suelo un escupitajo enormemente despreciativo, con ese desprecio que solo el rostro de un indio es capaz de expresar, exclamó:

—¡*Ysmayta-micuy*<sup>7</sup>!

Y de cuatro saltos salvó las aguas del Chillán y desapareció entre los matorrales de la banda opuesta, mientras los perros, alarmados de ver un hombre que huía, excitados por su largo silencio, se desquitaban ladrando furiosamente, sin atreverse a penetrar en las cristalinas y bulliciosas aguas del riachuelo.

Si para cualquier hombre la expulsión es una afrenta, para un indio, y un indio como *Conce Maille*, la expulsión de la comunidad significa todas las

<sup>7</sup> *Ysmayta-micuy*: come estiércol.



afrentas posibles, el resumen de todos los dolores frente a la pérdida de todos los bienes: la choza, la tierra, el ganado, el *jirca* y la familia. Sobre todo, la choza.

El *jitarishum* es la muerte civil del condenado, una muerte de la que jamás se vuelve a la rehabilitación; que condena al indio al ostracismo perpetuo y parece marcarle con un signo que le cierra para siempre las puertas de la comunidad. Se le deja solamente la vida para que vague con ella a cuestras por quebradas, cerros, punas y bosques, o para que baje a vivir a las ciudades bajo la férula del misti, lo que para un indio altivo y amante de las alturas es un suplicio y una vergüenza.

Y Conce Maille, dada su naturaleza rebelde y combativa, jamás podría resignarse a la expulsión que acababa de sufrir. Sobre todo, había dos fuerzas que le atraían constantemente a la tierra perdida: su madre y su choza. ¿Qué iba a ser de su madre sin él? Este pensamiento le irritaba y le hacía concebir los más inauditos proyectos. Y exaltado por los recuerdos, nostálgico y cargado su corazón de odio, como una nube de electricidad, hartado en pocos días de la vida de azar y merodeo que se le obligaba a llevar, volvió a repasar en las postrimerías de una noche, el mismo riachuelo que un mes antes cruzara a pleno sol, bajo el silencio de una poblada hostil y los ladridos de una jauría famélica y feroz.

A pesar de su valentía, comprobada cien veces, Maille, al pisar la tierra prohibida, sintió como una mano que le apretara el corazón y tuvo miedo. ¿Miedo de qué? ¿De la muerte? ¿Pero qué podría importarle la muerte a él, acostumbrado a jugarse la vida por nada? ¿Y no tenía para eso su carabina y sus cien tiros? Lo suficiente para batirse con Chupán entero y escapar cuando se le antojara.

Y el indio, con el arma preparada, avanzó cauteloso, auscultando todos los ruidos, oteando los matorrales, por la misma senda de los despeñaderos y los cactus tentaculares y amenazadores como pulpos, especie de vía crucis, por donde solamente se atrevían a bajar, pero nunca a subir, los chupanes, por estar reservada para los grandes momentos de su feroz justicia. Aquello era como la roca Tarpeya del pueblo.

Maille salvó todas las dificultades de la ascensión y, una vez en el pueblo, se detuvo frente a una casucha y lanzó un grito breve y gutural, lúgubre, como el gruñido de un cerdo dentro de un cántaro. La puerta se abrió y dos brazos se enroscaron al cuello del proscrito, al mismo tiempo que una voz decía:

—Entra *guagua-yau*<sup>8</sup>, entra. Hace muchas noches que tu madre no duerme esperándote. ¿Te habrán visto?

Maille, por toda respuesta, se encogió de hombros y entró.

Pero el gran consejo de los *yayas*, sabedor por experiencia propia de lo que el indio ama su hogar, del gran dolor que siente cuando se ve obligado a vivir fuera de él, de la rabia con que se adhiere a todo lo suyo hasta el punto de morir-se de tristeza cuando le falta poder para recuperarlo, pensaba: «Maille volverá cualquier noche de estas; Maille es audaz, no nos teme, nos desprecia, y cuando

8 *Guagua-yau*: hijo mío. (Nota del texto original).

él sienta el deseo de *chacchar* bajo su techo y al lado de la vieja Nastasia, no habrá nada que lo detenga».

Y los *yayas* pensaban bien. La choza sería la trampa en que habría de caer alguna vez el condenado. Y resolvieron vigilarla día y noche por turno, con disimulo y tenacidad verdaderamente indios.

Por eso aquella noche, apenas Conce Maille penetró a su casa, un espía corrió a comunicar la noticia al jefe de los *yayas*.

—*Cunce* Maille ha entrado a su casa, taita. Nastasia le ha abierto la puerta —díjole palpitante, emocionado, estremecido aún por el temor, con la cara de un perro que viera a un león de repente.

—¿Estás seguro, Santos?

—Sí, taita. Nastasia lo abrazó. ¿A quién podría abrazar la vieja Nastasia, taita? Es *Cunce*...

—¿Está armado?

—Con carabina, taita. Si vamos a sacarlo, iremos todos armados. *Cunce* es malo y tira bien.

Y la noticia se esparció por el pueblo eléctricamente... «¡Ha llegado *Cunce* Maille! ¡Ha llegado *Cunce* Maille!» era la frase que repetían todos estremeciéndose. Inmediatamente se formaron grupos, los hombres sacaron a relucir sus grandes garrotes —los garrotes de los momentos trágicos—, las mujeres, en cuclillas, comenzaron a formar ruedas frente a la puerta de sus casas y los perros, inquietos, sacudidos por el instinto, a llamarse y a dialogar a la distancia.

—¿Oyes, *Cunce*? —murmuró la vieja Nastasia, que, recelosa y con el oído pegado a la puerta, no perdía el menor ruido, mientras aquel, sentado sobre un banco, *chacchaba* impasible, como olvidado de las cosas del mundo—. Siento pasos que se acercan, y los perros se están preguntando quién ha venido de fuera. ¿No oyes? Te habrán visto. ¡Para qué habrás venido *guagua-yau!*

Conce hizo un gesto desdeñoso y se limitó a decir:

—Ya te he visto, mi vieja, y me he dado el gusto de saborear una *chaccha* en mi casa. Voime ya. Volveré otro día.

Y el indio, levantándose y fingiendo una brusquedad que no sentía, esquivó el abrazo de su madre, y, sin volverse, abrió la puerta, asomó la cabeza a ras del suelo y atisbó. Ni ruidos, ni bultos sospechosos; solo una leve y rosada claridad comenzaba a teñir la cumbre de los cerros.

Pero Maille era demasiado receloso y astuto, como buen indio, para fiarse de ese silencio. Ordenóle a su madre pasar a la otra habitación y tenderse boca abajo, dio en seguida un paso atrás para tomar impulso, y de un gran salto al sesgo salvó la puerta y echó a correr como una exhalación. Sonó una descarga y una lluvia de plomo acribilló la puerta de la choza, al mismo tiempo que innumerables grupos de indios, armados de todas armas, aparecían por todas partes gritando: «¡Muera *Cunce* Maille! ¡*Ushanan-jampi!* ¡*Ushanan-jampi!*».

Maille apenas logró correr unos cien pasos, pues otra descarga, que recibió de frente, le obligó a retroceder y escalar de cuatro saltos felinos el aislado

campanario de la iglesia, desde donde, resuelto y feroz, empezó a disparar certeramente sobre los primeros que intentaron alcanzarle.

Entonces comenzó algo jamás visto por esos hombres rudos y acostumbrados a todos los horrores y ferocidades; algo que, iniciado con un reto, llevaba trazas de acabar en una heroicidad monstruosa, épica, digna de la grandeza de un canto.

A cada diez tiros de los sitiadores, tiros inútiles, de rifles anticuados, de escopetas inválidas, hechos por manos temblorosas, el sitiado respondía con uno invariablemente certero, que arrancaba un lamento y cien alaridos. A las dos horas había puesto fuera de combate a una docena de asaltantes, entre ellos a un *yaya*, lo que había enfurecido al pueblo entero.

—¡Tomen, perros! —gritaba Maille a cada indio que tumbaba—. Antes que me cojan mataré cincuenta. *Cunce* Maille vale cincuenta perros chupanes. ¿Dónde está Marcos Huacachino? ¿Quiere un poquito de cal para su boca con esta *shipina*?

Y la *shipina* era el cañón del arma, que, amenazadora y mortífera, apuntaba en todo sentido.

Ante tanto horror, que parecía no tener término, los *yayas*, después de deliberar largamente, resolvieron tratar con el rebelde. El comisionado debería comenzar por ofrecerle todo, hasta la vida, que, una vez abajo y entre ellos, ya se vería cómo eludir la palabra empeñada. Para esto era necesario un hombre animoso y astuto como Maille, y de palabra capaz de convencer al más desconfiado.

Alguien señaló a José Facundo. «Verdad —exclamaron los demás—. Facundo engaña al zorro cuando quiere y hace bailar al *jirca* más furioso».

Facundo, después de aceptar tranquilamente la honrosa comisión, recostó su escopeta en la tapia en que estaba parapetado, sentóse, sacó un puñado de coca, y se puso a *catipar*<sup>9</sup> religiosamente por espacio de diez minutos largos. Hecha la *catipa* y satisfecho del sabor de la coca, saltó la tapia y emprendió una vertiginosa carrera, llena de saltos y zigzags, en dirección al campanario gritando:

—¡Amigo *Cunce*!, ¡amigo *Cunce*!, Facundo quiere hablarte.

Conce Maille le dejó llegar y una vez que lo vio sentarse en el primer escalón de la gradería le preguntó:

—¿Qué quieres, Facundo?

—Pedirte que te bajes y te vayas.

—¿Quién te manda?

—*Yayas*.

—*Yayas* son unos *supaypa-huachashgan*<sup>10</sup>, que cuando huelen sangre quieren beberla. ¿No querrán beber la mía?

—No, *yayas* me encargan decirte que si quieres te abrazarán y beberán contigo un trago de *chacta* en el mismo jarro y te dejarán salir con la condición de que no vuelvas más.

9 *Catipar*: mascar coca con el objeto de adivinar por medio del sabor.

10 *Supaypa-huachashgan*: hijos del diablo. (Ambas notas provienen del texto original).

—Han querido matarme.

—Ellos no; *ushanan-jampi*, nuestra ley. *Ushanan-jampi* igual para todos, pero se olvidará esta vez para ti. Están asombrados de tu valentía. Han preguntado a nuestro gran *jirca-yayag* y él ha dicho que no te toquen. También han *catipado* y la coca les ha dicho lo mismo. Están pesarosos.

Conce Maille vaciló, pero comprendiendo que la situación en que se encontraba no podía continuar indefinidamente, que al fin llegaría el instante en que se le agotaría la munición y vendría el hambre, acabó por decir, al mismo tiempo que bajaba:

—No quiero abrazos ni *chacta*. Que vengan aquí todos los *yayas* desarmados y a veinte pasos de distancia juren por nuestro *jirca* que me dejarán partir sin molestarme.

Lo que pedía Maille era una enormidad, una enormidad que Facundo no podía prometer, no solo porque no estaba autorizado para ello sino porque ante el poder del *ushanan-jampi* no había juramento posible.

Facundo vaciló también, pero su vacilación fue cosa de un instante. Y, después de reír con gesto de perro a quien le hubieran pisado la cola, replicó:

—He venido a ofrecerte lo que pidas. Eres como mi hermano y yo le ofrezco lo que quiera a mi hermano.

Y, abriendo los brazos, añadió:

—*Cunce*, ¿no habrá para tu hermano Facundo un abrazo? Yo no soy *yaya*. Quiero tener el orgullo de decirle mañana a todo Chupán que me he abrazado con un valiente como tú.

Maille desarrugó el ceño, sonrió ante la frase aduladora y, dejando su carabina a un lado, se precipitó en los brazos de Facundo. El choque fue terrible. En vez de un estrechón efusivo y breve, lo que sintió Maille fue el enroscamiento de dos brazos musculosos que amenazaban ahogarle. Maille comprendió instantáneamente el lazo que se le había tendido, y, rápido como el tigre, estrechó más fuerte a su adversario, levantole en peso e intentó escalar con él el campanario. Pero al poner el pie en el primer escalón, Facundo, que no había perdido la serenidad, con un brusco movimiento de riñones hizo perder a Maille el equilibrio, y ambos rodaron por el suelo, escupiéndose injurias y amenazas. Después de un violento forcejeo, en que los huesos crujían y los pechos jadeaban, Maille logró quedar encima de su contendor.

—¡Perro!, más perro que los *yayas* —exclamó, Maille, trémulo de ira—, te voy a *retacear* allá arriba, después de comerte la lengua.

Facundo cerró los ojos y se limitó a gritar rabiosamente:

—¡Ya está!, ¡ya está!, ¡ya está! ¡*Ushanan-jampi*!

—¡Calla, traidor! —volvió a rugir Maille, dándole un puñetazo feroz en la boca, y cogiendo a Facundo por la garganta se la apretó tan rudamente que le hizo saltar la lengua, una lengua lívida, viscosa, enorme, vibrante como la cola de un pez cogido por la cabeza, a la vez que entornaba los ojos y una gran conmoción se deslizaba por su cuerpo como una onda.

Maille sonrió satánicamente, desenvainó el cuchillo, cortó de un tajo la lengua de su víctima y se levantó con intención de volver al campanario. Pero los sitiadores, que, aprovechando el tiempo que había durado la lucha, lo habían estrechamente rodeado, se lo impidieron. Un garrotazo en la cabeza lo aturdió; una puñada en la espalda lo hizo tambalear; una pedrada en el pecho obligole a soltar el cuchillo y llevarse las manos a la herida. Sin embargo, aún pudo reaccionar y abrirse paso a puñadas y puntapiés y llegar, batiéndose en retirada, hasta su casa. Pero la turba, que lo seguía de cerca, penetró tras él en el momento en que el infeliz caía en los brazos de su madre. Diez puñales se le hundieron en el cuerpo.

—¡No le hagan así, taitas, que el corazón me duele! —gritó la vieja Nastasia, mientras, salpicado el rostro de sangre, caía de bruces, arrastrada por el desmadejado cuerpo de su hijo y por el choque de la feroz acometida. Entonces desarrollóse una escena horripilante, canibalesca. Los cuchillos, cansados de punzar, comenzaron a tajar, a partir, a descuartizar. Mientras una mano arrancaba el corazón y otra los ojos, esta cortaba la lengua y aquella vaciaba el vientre de la víctima. Y todo esto acompañado de gritos, risotadas, insultos e imprecaciones, coreados por los feroces ladridos de los perros, que, a través de las piernas de los asesinos, daban grandes tarascadas al cadáver y sumergían ansiosamente los puntiagudos hocicos en el charco sangriento.

—¡A arrastrarlo! —gritó una voz.

—¡A arrastrarlo! —respondieron cien más.

—¡A la quebrada con él!

—¡A la quebrada!

Inmediatamente se le anudó una soga al cuello y comenzó el arrastre. Primero, por el pueblo, para que, según los *yayas*, todos vieran cómo se cumplía el *ushanan-jampi*; después, por la senda de los cactus.

Cuando los arrastradores llegaron al fondo de la quebrada, a las orillas del Chillán, solo quedaba de Conce Maille la cabeza y un resto de espina dorsal. Lo demás quedose entre los cactus, las puntas de las rocas y las quijadas insaciables de los perros.

Seis meses después, todavía podía verse sobre el dintel de la puerta de la abandonada y siniestra casa de los Maille, unos colgajos secos, retorcidos, amarillentos, grasosos, a manera de guirnaldas: eran los intestinos de Conce Maille, puestos allí por mandato de la justicia implacable de los *yayas*.



## ELEGÍA

1936

MIGUEL HERNÁNDEZ

(español)

*En Orihuela, su pueblo y el mío, se  
me ha muerto como del rayo Ramón  
Sijé, con quien tanto quería.*

Yo quiero ser llorando el hortelano  
de la tierra que ocupas y estercolas<sup>1</sup>,  
compañero del alma, tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas  
y órganos mi dolor sin instrumento,  
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.  
Tanto dolor se agrupa en mi costado,  
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,  
un hachazo invisible y homicida,  
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,  
lloro mi desventura y sus conjuntos  
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos<sup>2</sup> de difuntos,  
y sin calor de nadie y sin consuelo  
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,  
temprano madrugó la madrugada,  
temprano estás rodando por el suelo.

---

1 Estercolar: echar estiércol en la tierra para mejorarla. Abonar.

2 Rastrojo: residuo que queda de algo. Residuos del tallo del trigo que quedan en el campo luego de la siega.

No perdono a la muerte enamorada,  
no perdono a la vida desatenta,  
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta  
de piedras, rayos y hachas estridentes  
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,  
quiero apartar la tierra parte a parte  
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte  
y besarte la noble calavera  
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:  
por los altos andamios de las flores  
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.  
Volverás al arrullo de las rejas  
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,  
y tu sangre se irán a cada lado  
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,  
llama a un campo de almendras espumosas  
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas  
del almendro de nata te requiero<sup>3</sup>,  
que tenemos que hablar de muchas cosas,  
compañero del alma, compañero.



---

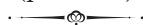
3 Requerir: solicitar, pretender, explicar su pasión amorosa.

### III<sup>1</sup>

1938

CÉSAR VALLEJO

(peruano)



Solía escribir con su dedo grande en el aire:  
«¡Viban los compañeros! Pedro Rojas»,  
de Miranda de Ebro, padre y hombre,  
marido y hombre, ferroviario y hombre,  
padre y más hombre, Pedro y sus dos muertes.

Papel de viento, lo han matado: ¡pasa!  
Pluma de carne, lo han matado: ¡pasa!  
¡Abisa a todos compañeros pronto!

Palo en el que han colgado su madero,  
lo han matado;  
¡lo han matado al pie de su dedo grande!  
¡Han matado, a la vez, a Pedro, a Rojas!

¡Viban los compañeros  
a la cabecera de su aire escrito!  
¡Viban con esta b del buitre en las entrañas  
de Pedro  
y de Rojas, del héroe y del mártir!

Registrándole, muerto, sorprendieronle  
en su cuerpo un gran cuerpo, para  
el alma del mundo,  
y en la chaqueta una cuchara muerta.

<sup>1</sup> Este poema forma parte del libro *España, aparta de mí este cáliz*.



Pedro también solía comer  
entre las criaturas de su carne, asear, pintar  
la mesa y vivir dulcemente  
en representación de todo el mundo.  
Y esta cuchara anduvo en su chaqueta  
despierto o bien cuando dormía, siempre,  
cuchara muerta viva, ella y sus símbolos.  
¡Abisa a todos compañeros pronto!  
¡Viban los compañeros al pie de esta cuchara para siempre!

Lo han matado, obligándole a morir  
a Pedro, a Rojas, al obrero, al hombre, a aquel  
que nació muy niñín, mirando al cielo,  
y que luego creció, se puso rojo  
y luchó con sus células, sus nos, sus todavía, sus hambres,  
sus pedazos.

Lo han matado suavemente  
entre el cabello de su mujer, la Juana Vásquez,  
a la hora del fuego, al año del balazo  
y cuando andaba cerca ya de todo.

Pedro Rojas, así, después de muerto,  
se levantó, besó su catafalco ensangrentado,  
lloró por España  
y volvió a escribir con el dedo en el aire:  
«¡Viban los compañeros! Pedro Rojas».  
Su cadáver estaba lleno de mundo.



## UNA ROSA PARA EMILY

1931

WILLIAM FAULKNER

(estadounidense)

### I

Cuando miss Emily Grierson murió, toda la ciudad fue al entierro: los hombres por una especie de respetuoso afecto a un monumento caído, las mujeres impulsadas sobre todo por la curiosidad de ver el interior de la casa que nadie, salvo un viejo criado —mezcla de jardinero y cocinero— había visto en diez años por lo menos.

Era una casa grande, de madera escuadrada que en un tiempo había sido blanca, decorada con cúpulas, agujas y balcones adornados con volutas en el estilo pesadamente frívolo de los setenta, situada en la que un tiempo fuera nuestra calle más distinguida. Pero los garajes y las desmoldadoras de algodón habían usurpado y borrado hasta los augustos nombres de aquel barrio; solo quedaba la casa de miss Emily, irguiendo su obstinada y coqueta decadencia sobre los carros de algodón y los surtidores de gasolina, una ofensa más para los ojos, entre muchas otras. Y ahora miss Emily había ido a reunirse con los representantes de aquellos augustos nombres en el cementerio adormecido bajo los cedros donde yacían entre las alineadas y anónimas tumbas de los soldados de la Unión de Confederados muertos en la batalla de Jefferson.

En vida, miss Emily había sido una tradición, un deber y una preocupación; una especie de carga hereditaria para la ciudad desde aquel día de 1894, en que el coronel Sartoris, el alcalde —autor del edicto según el cual ninguna mujer negra debía aparecer en las calles sin delantal— la eximió de impuestos, dispensa que databa de la muerte de su padre y era válida a perpetuidad. No es que miss Emily hubiera aceptado la caridad. El coronel Sartoris había inventado la complicada historia de que el padre de miss Emily había prestado dinero a la ciudad y que la ciudad, por asuntos de negocios, prefería reembolsarlo de esta manera. Solo a un hombre de la generación y de la mentalidad del coronel Sartoris podía habersele ocurrido esto, y solo una mujer podía haberlo creído.

Cuando la nueva generación, de ideas más modernas, proporcionó alcaldes y regidores, este arreglo produjo cierto leve disgusto. El primero del año le enviaron por correo una notificación de impuestos. Llegó febrero y no hubo respuesta. Le mandaron una carta formal, pidiéndole que pasara por la oficina del sheriff cuando le fuera cómodo. Una semana más tarde el alcalde le escribió personalmente, ofreciéndole ir a su casa y mandar su coche a buscarla, y recibió como respuesta una nota en papel de forma arcaica, con una letra fina y fluida en tinta pálida para comunicarle que no salía nunca. La notificación de impuestos también iba incluida, sin comentarios.

Se reunió una sesión especial del Concejo Municipal. Fue a verla una diputación, llamó a la puerta que ningún visitante había franqueado desde que ella dejara de dar lecciones de pintura sobre porcelana ocho o diez años antes. El viejo negro los hizo pasar a un hall oscuro de donde subía una escalera a una sombra más espesa. Había olor a polvo y a desuso, un olor encerrado, húmedo. El negro los condujo a la sala. Los muebles eran pesados, tapizados en cuero. Cuando el negro abrió los postigos de una ventana, pudieron ver el cuero resquebrajado; y cuando se sentaron, un polvo ligero se levantó perezosamente alrededor de los muslos, girando en lentas motas en el único rayo de sol. Sobre un caballete de oro patinado delante de la chimenea, había un retrato al lápiz del padre de miss Emily.

Se pusieron de pie cuando ella entró, una mujer baja, gorda, de negro, con una fina cadena de oro que le bajaba hasta el talle y se perdía en la cintura, apoyada en un bastón de ébano con puño de oro opaco. Su esqueleto era pequeño y menudo; quizá por eso lo que hubiese sido mera robustez en otra, era obesidad en ella. Parecía hinchada, como un cuerpo largamente sumergido en agua inmóvil, y con la misma tez pálida. Los ojos, perdidos en los repliegues adiposos de la cara, parecían dos pedacitos de carbón metidos en un bollo de masa, pasando de una cara a otra mientras los visitantes exponían su misión.

No les pidió que se sentaran. Se quedó de pie en la puerta y escuchó tranquilamente hasta que el portavoz se detuvo balbuceando. Entonces pudieron oír el tictac del reloj invisible en el extremo de la cadena de oro.

Su voz era seca y fría.

—No tengo impuestos que pagar en Jefferson. El coronel Sartoris me lo explicó. Quizás uno de ustedes logre acceso a los archivos de la ciudad y dé satisfacción a todo.

—Ya lo hemos hecho. Somos autoridades de la ciudad, miss Emily. ¿No recibió un aviso del sheriff, firmado por él?

—Recibí un papel, sí —respondió miss Emily—. Quizá se cree el sheriff... No tengo impuestos que pagar en Jefferson.

—Pero no hay en los libros nada que lo pruebe. Nosotros tenemos que...

—Vean al coronel Sartoris. (El coronel Sartoris hacía casi diez años que había muerto). No tengo impuestos que pagar en Jefferson. ¡Tobe!—. El negro apareció.

—Acompañe a los señores.

## II

De esta manera los venció, decididamente, como había vencido a los padres de ellos diez años antes en el asunto del olor. Aquello fue a dos años de la muerte de su padre y poco tiempo después de que su novio —el que creímos que se casaría con ella— la abandonara. Después de la muerte de su padre salió muy poco; después que se marchó su novio, la gente no la vio más. Algunas señoras tuvieron la temeridad de ir a visitarla, pero no fueron recibidas, y la única señal de vida en el lugar era el negro —un hombre joven entonces— que entraba y salía con una canasta de compras.

—Como si un hombre —cualquier hombre— pudiera mantener una cocina en condiciones —decían las señoras; de modo que no se sorprendieron cuando el olor apareció. Era otro vínculo entre el mundo grosero, prolífico, y los encumbrados y poderosos Grierson.

Una vecina se quejó al alcalde, el juez Stevens, de ochenta años.

—¿Pero qué quiere que haga, señora? —dijo.

—Pues mándele una orden para que termine —respondió la mujer—. ¿No hay una ley?

—Estoy seguro de que no será necesario —dijo el juez Stevens—. Probablemente es solo una víbora o una rata que el negro mató en el patio. Le hablaré del asunto.

Al día siguiente recibió dos quejas más, una de un hombre que se lamentó tímidamente.

—La verdad es que tenemos que hacer algo, juez. Sería el último en el mundo en molestar a miss Emily, pero tenemos que hacer algo.

Aquella noche se reunió el Concejo Municipal, tres barbicanos y un hombre joven de la nueva generación.

—Es muy sencillo —dijo—. Mándele decir que haga limpiar la casa. Dele cierto tiempo para hacerlo, y si no...

—El diablo me lleve, señor —replicó el juez Stevens—, ¿acusará a una señora, en su cara, de oler mal?

Entonces, al día siguiente, después de medianoche, cuatro hombres cruzaron el césped de miss Emily y merodearon alrededor de la casa como ladrones, husmeando el basamento de ladrillos y las aberturas del sótano mientras uno de ellos ejecutaba un rítmico movimiento de siembra sacando la mano de una bolsa que le colgaba del hombro. Hundieron la puerta del sótano y lo espolvorearon con cal lo mismo que todas las dependencias. Cuando cruzaban

de nuevo el césped, una ventana que estaba oscura se iluminó y allí se sentó miss Emily, con la luz detrás, y el erguido torso inmóvil como el de un ídolo. Se deslizaron silenciosamente por el césped, bajo la sombra de las acacias que bordeaban la calle. Después de una o dos semanas, el olor desapareció.

Fue entonces cuando la gente empezó a compadecerse verdaderamente de ella. La gente de nuestra ciudad, recordando cómo la vieja lady Wyatt, su tía abuela, había terminado por volverse completamente loca, pensó que los Grierson se consideraban quizá demasiado superiores para lo que en realidad eran. Ningún joven era bastante bueno para miss Emily. Durante mucho tiempo los imaginamos como en un cuadro: miss Emily, esbelta figura vestida de blanco, en el fondo; su padre, silueta de piernas separadas, en primer plano, dándole la espalda y con un látigo en la mano, los dos encuadrados por la puerta principal abierta de par en par. De modo que cuando llegó a los treinta y seguía soltera, no nos agradó precisamente, pero nos sentimos vengados; aun con locura en la familia, no hubiera rechazado todas las oportunidades si verdaderamente se hubiesen presentado.

Cuando su padre murió, corrió el rumor de que la casa era todo lo que le quedaba, y en cierto modo la gente se alegró. Por fin podían compadecerse de miss Emily. Al quedar sola y en la miseria, se había humanizado. Ahora ella también conocería el viejo entusiasmo y la vieja desesperación por un centavo más o menos.

Al día siguiente de la muerte todas las señoras se prepararon a visitar la casa y ofrecer condolencias y ayuda, como es de rigor. Miss Emily las recibió en la puerta, vestida como de costumbre y sin señales de pesar en el rostro. Les dijo que su padre no había muerto. Lo hizo durante tres días mientras los pastores y los doctores iban a verla tratando de persuadirla de que los dejara disponer del cuerpo. Cuando estaban por recurrir a la ley y a la fuerza, cedió y enterraron al padre rápidamente.

No dijimos entonces que estaba loca. Parecía lo único que podía hacer. Nos acordábamos de todos los jóvenes que su padre había ahuyentado, y sabíamos que no quedándole nada, tenía que aferrarse a aquello que la había despojado, como siempre ocurre.

### III

Estuvo enferma durante mucho tiempo. Cuando volvimos a verla se había cortado el pelo, cobrando una apariencia de muchacha y una vaga semejanza con esos ángeles de los vitrales de iglesia, algo trágicos y serenos.

La ciudad acababa de firmar los contratos para pavimentar las aceras, y en el verano que siguió a la muerte del padre empezaron los trabajos. La compañía constructora llegó con negros, mulas y máquinas, y un capataz llamado Homer Barron, yanqui, un hombre grande, moreno, listo, con una voz fuerte y los ojos

más claros que la cara. Los chicos lo seguían en grupos para oírlo maldecir a los negros, y para oír a los negros que cantaban al mismo compás con que levantaban y bajaban los picos. Muy pronto conoció a todo el mundo en la ciudad. Cada vez que se oían grandes carcajadas en la plaza, Homer Barron debía estar en el centro del grupo. Pronto empezamos a verlo con miss Emily los domingos por la tarde conduciendo el coche alquilado de ruedas amarillas con su par de caballos bayos.

Al principio nos alegramos de que miss Emily se interesara en algo, porque todas las señoras decían:

—Por supuesto, una Grierson no puede pensar seriamente en un hombre del norte, en un jornalero.

Pero otras gentes, de más edad, decían que ni siquiera la pena debía hacer olvidar a una verdadera dama que *noblesse oblige*<sup>1</sup>, sin decir *noblesse oblige*. Solo decían:

—Pobre Emily. Sus parientes deberían venir a verla.

Tenía algunos en Alabama; pero años antes su padre había reñido con ellos por la herencia de la vieja señora Wyatt, la loca, y las dos familias no se trataban. Ni siquiera habían asistido al entierro.

Y en cuanto los viejos dijeron: «Pobre Emily», empezaron los cuchicheos. «Usted cree que es realmente así», se decían. «Claro que sí. Qué otra cosa podría...». Esto detrás de las manos; crujidos de seda, de raso que se estira detrás de las persianas cerradas, al sol de las tardes de domingo mientras pasaba el liviano, veloz clop-clop-clop de los dos caballos: «Pobre Emily».

Llevaba la cabeza bastante alta, aun entonces, cuando nosotros creíamos que estaba arruinada. Era como si más que nunca exigiera el reconocimiento de su dignidad como última de los Grierson, como si se hubiera necesitado ese toque de vulgaridad terrenal para reafirmar su impermeabilidad. Lo mismo que cuando compró el veneno para ratas, el arsénico. Esto fue más de un año después de que empezaron a decir «Pobre Emily», y mientras sus dos primas estaban de visita en su casa.

—Quiero veneno —dijo al boticario. Tenía más de treinta años entonces, era todavía una mujer esbelta, aunque más delgada que de costumbre, con ojos fríos, altaneros en una cara con la carne tensa hacia las sienes y alrededor de las órbitas, tal como uno imagina que debe ser la cara de un guardafaro.

—Quiero veneno.

—Sí, miss Emily. ¿De qué clase? ¿Para ratas o algo por el estilo? Yo le recom...

—Quiero el mejor que tenga. No me importa la clase.

El boticario nombró varios.

—Matarían un elefante. Pero lo que usted quiere es...

—Arsénico —dijo miss Emily—. ¿Es bueno?

—¿El... el arsénico? Sí, señora. Pero lo que usted quiere...

—Quiero el mejor que tenga. No me importa la clase es... Quiero arsénico.

<sup>1</sup> *Noblesse oblige*: nobleza obliga. (En francés en el texto original).

El boticario la miró. Ella le devolvió la mirada, erguida, con su cara como una bandera desplegada.

—Pues naturalmente —dijo el boticario—. Si es eso lo que usted quiere. Pero la ley exige que diga para qué va a usarlo.

Miss Emily se limitó a clavarle la mirada, con la cabeza echada hacia atrás para mirarlo a los ojos, hasta que él desvió los suyos, fue a buscar el arsénico y lo envolvió. El negrito mandadero le llevó el paquete; el boticario no volvió. Cuando abrió el paquete al llegar a su casa, en la caja, bajo la calavera y las tibias, había esta inscripción: «Para ratas».

#### IV

De modo que al día siguiente todos dijimos: «Se matará»; y dijimos que sería lo mejor. Al principio, cuando se la veía con Homer Barron, habíamos dicho: «Se casará con él». Luego dijimos: «Terminará por convencerlo», porque el mismo Homer había advertido —le gustaban los hombres, y era sabido que bebía con los más jóvenes del Elk's Club— que no era hombre para casarse. Más tarde dijimos: «Pobre Emily», detrás de las persianas cuando pasaban el domingo a la tarde en el coche resplandeciente, miss Emily con la cabeza alta y Homer Barron con el sombrero ladeado y un cigarro entre los dientes, las riendas y el látigo en un guante amarillo.

Entonces algunas señoras empezaron a decir que era una vergüenza para la ciudad y un mal ejemplo para los jóvenes. Los hombres no quisieron intervenir, pero al final las señoras obligaron al pastor bautista —la familia de miss Emily era episcopal— a que fuera a verla. Nunca quiso revelar lo que había sucedido durante aquella entrevista, pero se negó a volver. El domingo siguiente salieron de nuevo en coche por las calles, y al otro día la esposa del pastor escribió a los parientes de miss Emily en Alabama.

Así fue como tuvo otra vez parientes bajo su techo y nos sentamos a esperar los acontecimientos. Al principio no ocurrió nada. Entonces tuvimos la seguridad de que iban a casarse. Supimos que miss Emily había ido a la joyería y ordenado un juego de tocador para hombre, de plata, con las letras H. B. en cada pieza. Dos días más tarde nos enteramos de que había comprado un ajuar completo de hombre, incluyendo un camisón, y dijimos: «Se han casado». Nos alegramos de verdad. Nos alegramos porque las dos primas eran más Grierson aún de lo que nunca había sido miss Emily.

De modo que no nos sorprendimos cuando Homer Barron —las calles estaban terminadas desde hacía un tiempo— se fue. Nos decepcionó un poco que no hubiera festejos públicos, pero creímos que se había ido

a preparar la llegada de miss Emily, o para darle una oportunidad de librarse de sus primas. (Por aquel tiempo todos conspirábamos y éramos aliados de miss Emily en la tarea de embaucar a las primas). Lo cierto es que después de otra semana se marcharon. Y como lo habíamos esperado, a los tres días Homer Barron estaba de vuelta en la ciudad. Un vecino vio al negro haciéndolo entrar por la puerta de la cocina una tarde, al crepúsculo.

Y esa fue la última vez que vimos a Homer Barron. Y a miss Emily por un tiempo. El negro entraba y salía con la canasta del mercado, pero la puerta del frente permanecía cerrada. De vez en cuando la veíamos en la ventana un momento, como los hombres aquella noche que desparrramaron la cal, pero durante casi seis meses no apareció en las calles. Entonces comprendimos que era de esperarse; como si esa modalidad de su padre que había perturbado tantas veces su vida de mujer hubiese sido demasiado virulenta y demasiado furiosa para morir.

Cuando volvimos a ver a miss Emily, estaba gorda y su pelo iba poniéndose gris. En los diez años siguientes fue encaneciendo cada vez más hasta adquirir un color hierro, entre pimienta y sal. Hasta el día de su muerte a los setenta y cuatro años conservó ese vigoroso gris hierro, como el de un hombre activo.

A partir de aquel momento la puerta permaneció cerrada, salvo por un período de seis o siete años, cuando tenía unos cuarenta, durante el cual dio lecciones de pintura sobre porcelana. Instaló un taller en una de las habitaciones de la planta baja, donde las hijas y las nietas de los contemporáneos del coronel Sartoris le eran enviadas con la misma regularidad y el mismo espíritu con que las enviaban a la iglesia los domingos con una moneda de veinticinco centavos para la colecta. Por aquel tiempo quedó eximida de pagar los impuestos.

Entonces la nueva generación se convirtió en el fundamento y el alma de la ciudad, y las discípulas de pintura crecieron y se dispersaron y no le enviaron a sus hijas con las cajas de colores, los tediosos pinceles y las figuras recortadas de las revistas femeninas. La puerta se cerró tras la última y permaneció cerrada para siempre. Cuando la ciudad obtuvo la distribución gratuita del correo, solo miss Emily se negó a permitir que fijaran los números de metal sobre su puerta y a poner un buzón. No quiso escuchar nada.

Todos los días, todos los meses, todos los años veíamos al negro, cada vez más gris y más encorvado, entrar y salir con la canasta del mercado. Cada mes de diciembre le enviábamos un recibo de impuestos que era devuelto por el correo una semana más tarde, no reclamada. De vez en cuando la veíamos en una de las ventanas de abajo —evidentemente había clausurado el piso alto de la casa— como el torso de un ídolo en un nicho, mirándonos o no, nunca pudimos saberlo. Así pasó de generación en generación, querida, inevitable, impenetrable, tranquila y perversa.



Y luego murió. Cayó enferma en la casa llena de polvo y sombras, con solo un negro decrepito para cuidarla. Ni siquiera supimos que estaba enferma; hacía mucho que habíamos renunciado a obtener algún informe del negro. No hablaba con nadie, probablemente ni siquiera con ella, porque su voz se había vuelto ronca y áspera como por falta de uso.

Murió en uno de los cuartos de abajo, en una pesada cama de nogal con una cortina, la cabeza gris sobre una almohada amarillenta y enmohecida por el tiempo y la falta de sol.

## V

El negro recibió a la primera de las señoras en la puerta principal y las hizo entrar con sus voces sordas, cuchicheando y sus rápidas, curiosas miradas; luego desapareció. Atravesó toda la casa, salió por atrás y no volvió a vérselo.

Las dos primas llegaron enseguida. Efectuaron el entierro el segundo día, y la ciudad fue a mirar a miss Emily bajo una masa de flores compradas, con el retrato al lápiz de su padre soñando profundamente sobre el ataúd y las señoras cuchicheantes y macabras, y los muy viejos —algunos con sus cepillados uniformes de Confederados— en el porche y el césped, hablando de miss Emily como si hubiera sido su contemporánea, imaginando que habían bailado con ella y que la habían cortejado quizá, confundiendo el tiempo con su progresión matemática, como lo hacen los viejos, para quienes el pasado no es un camino que disminuye sino, en cambio, una vasta pradera que ningún invierno toca jamás, separada de ellos por el estrecho cuello de botella de los últimos diez años.

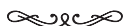
Ya sabíamos que había una habitación arriba que nadie viera en cuarenta años, y que debería ser forzada. Se esperó a que miss Emily estuviese decentemente en tierra para abrirla.

La violencia necesaria para derribar la puerta pareció llenar aquel cuarto de penetrante polvo. Un tenue, acre sudario como el de la tumba parecía extenderse sobre toda aquella habitación adornada y amueblada como para unas nupcias: sobre las cortinas de damasco de un rosa desvanecido, sobre las pantallas rosadas, sobre la mesa de tocador, sobre los delicados adornos de cristal y los objetos masculinos de tocador con el dorso de plata empañada, tan empañada que el monograma estaba oscurecido. Entre ellos había un cuello y una corbata, como si alguien acabara de quitárselos, y que al levantarlos dejaron sobre la superficie una pálida media luna en el polvo. De una silla colgaba el traje, cuidadosamente doblado; debajo, los dos mudos zapatos y los calcetines desechados.

El hombre mismo estaba tendido en la cama.

Durante largo rato permanecemos allí inmóviles, mirando el rictus profundo y descarnado. Era evidente que el cuerpo había yacido alguna vez en la actitud del abrazo, pero ahora el largo sueño que sobrevive al amor, que conquista la mueca misma del amor, le había puesto los cuernos. Lo que quedaba de él, podrido bajo los restos del camisón, era ya inseparable de la cama; y sobre él y sobre la almohada, a su lado, se extendía aquella capa uniforme de polvo paciente y obstinado.

Entonces notamos que en la segunda almohada se ahondaba la huella de una cabeza. Uno de nosotros recogió algo e inclinándonos, con aquel tenue e invisible polvo seco y acre en la nariz, vimos una larga hebra de pelo gris hierro.



## LA CAÍDA

1956

VIRGILIO PIÑERA

(cubano)



**H**abíamos escalado la montaña de tres mil pies de altura. No para enterrar en su cima la botella ni tampoco para plantar la bandera de los alpinistas denodados. Pasados unos minutos comenzamos el descenso. Como es costumbre en estos casos, mi compañero me seguía atado a la misma cuerda que rodeaba mi cintura. Yo había contado exactamente treinta metros de descenso cuando mi compañero, pegando con su zapato armado de púas metálicas un rebote a una piedra, perdió el equilibrio y, dando una voltereta, vino a quedar situado delante de mí. De modo que la cuerda, enredada entre mis dos piernas, tiraba con bastante violencia obligándome, a fin de no rodar al abismo, a encorvar las espaldas. Él, a su vez, tomó impulso y movió su cuerpo en dirección al terreno que yo, a mi vez, dejaba a mis espaldas. Su resolución no era descabellada o absurda; antes bien, respondía a un profundo conocimiento de esas situaciones que todavía no están anotadas en los manuales. El ardor puesto en el movimiento fue causa de una ligera alteración: de pronto advertí que mi compañero pasaba como un bólido por entre mis dos piernas y, acto seguido, el tirón dado por la cuerda, amarrada como he dicho a su espalda, me volvía de espaldas a mi primitiva posición de descenso. Por su parte, él, obedeciendo sin duda a iguales leyes físicas que yo, una vez recorrida la distancia que la cuerda le permitía, fue vuelto de espaldas a la dirección seguida por su cuerpo lo que, lógicamente, nos hizo encontrarnos frente a frente. No nos dijimos palabra, pero sabíamos que el despeñamiento sería inevitable. En efecto, pasado un tiempo indefinible, comenzamos a rodar. Como mi única preocupación era no perder los ojos, puse todo mi empeño en preservarlos de los terribles efectos de la caída. En cuanto a mi compañero, su única angustia era que su hermosa barba, de un gris admirable de vitral gótico, no llegase a la llanura, ni siquiera ligeramente empolvada. Entonces yo puse todo mi empeño en

cubrir con mis manos aquella parte de su cara cubierta por su barba; y él, a su vez, aplicó la suyas a mis ojos. La velocidad crecía por momentos, como es obligado en estos casos de los cuerpos que caen al vacío. De pronto miré a través del ligerísimo intersticio que dejaban los dedos de mi compañero y advertí que en ese momento un afilado picacho le llevaba la cabeza, pero de pronto hube de volver la mía para comprobar que mis piernas quedaban separadas de mi tronco a causa de una roca, de origen posiblemente calcáreo, cuya forma dentada cercenaba lo que se ponía a su alcance con la misma perfección de una sierra para planchas de transatlánticos. Con algún esfuerzo, justo es reconocerlo, íbamos salvando, mi compañero su hermosa barba, y yo mis ojos. Es verdad que a trechos, que yo liberalmente calculo de unos cincuenta pies, una parte de nuestro cuerpo se separaba de nosotros; por ejemplo, en cinco trechos perdimos: mi compañero, la oreja izquierda, el codo derecho, una pierna (no recuerdo cuál), los testículos y la nariz; yo, por mi parte, la parte superior del tórax, la columna vertebral, la ceja izquierda, la oreja izquierda y la yugular. Pero no es nada en comparación con lo que vino después. Calculo que a mil pies de la llanura, ya solo nos quedaba, respectivamente, lo que sigue: a mi compañero, las dos manos (pero solo hasta su carpo) y su hermosa barba gris; a mí, las dos manos (igualmente solo hasta su carpo) y los ojos. Una ligera angustia comenzó a poseernos. ¿Y si nuestras manos eran arrancadas por algún pedrusco? Seguimos descendiendo. Aproximadamente a unos diez pies de la llanura la pértiga abandonada de un labrador enganchó graciosamente las manos de mi compañero, pero yo, viendo a mis ojos huérfanos de todo amparo, debo confesar que para eterna, memorable vergüenza mía, retiré mis manos de su hermosa barba gris a fin de protegerlos de todo impacto. No pude cubrirlos, pues otra pértiga, colocada en sentido contrario a la ya mencionada, enganchó igualmente mis dos manos, razón por la cual quedamos por primera vez alejados uno del otro en todo el descenso. Pero no pude hacer lamentaciones, pues ya mis ojos llegaban sanos y salvos al césped de la llanura y podían ver, un poco más allá, la hermosa barba gris de mi compañero que resplandecía en toda su gloria.



### QUIEN ACABA DE MORIR

En «Quien acaba de morir», el personaje principal le cuenta a alguien la historia de varios fallecidos. Todas esas muertes tienen relación entre sí. ¿Qué las une? Explica.

---



---



---

¿Por qué crees que se ha optado por utilizar el lenguaje coloquial del habla del pueblo en este cuento?

---



---



---

En su relato, el protagonista quiere que el entierro se apresure. ¿Cuál es su apuro? Explica.

---



---



---

Al final, el narrador dice: «Sin remordimientos». ¿De qué podría arrepentirse?

---



---



---

### USHANAN-JAMPI

El cuento «Ushanan-jampi» relata un caso de justicia ancestral en los Andes. De acuerdo con los hechos narrados, describe la personalidad de *Cunce Maille*.

---



---



---

¿Por qué se le aplica la pena de la expulsión a *Cunce Maille*?

---



---



---

¿Qué mueve a *Cunce Maille* a desafiar el castigo del destierro?

---



---



---

¿Crees que es justo que los *yayas* engañen a Maille para atraparlo? Explica tus razones.

---



---



---

Imagina que formas parte de la comunidad de *Cunce Maille* y que estás en desacuerdo con castigar su cadáver, ¿qué argumentos podrías dar al resto de la comunidad acerca de tu posición?

---



---



---

### ELEGÍA

Una elegía es un poema en el que la voz poética se lamenta por la muerte de alguien o por algún grave infortunio. En este caso, Miguel Hernández se lamenta de la muerte de uno de sus mejores amigos. Lee la primera estrofa: «Un hortelano es quien cultiva y hace producir el huerto». ¿Qué significa que él será el hortelano de su tumba? Explica.

---



---



---

Para reflejar el inmenso dolor que le causa la partida de su amigo, la voz poética dice, por ejemplo, que le duele hasta el aliento. Busca, copia y explica otra exageración que encuentres.

---



---



---

En la cuarta estrofa, se explica cómo la muerte se lo ha llevado. Según esa descripción, ¿cómo crees que ha sido la muerte de su amigo?

---



---



¿Cómo se siente la voz poética por la muerte de su amigo? Si estuvieras en su posición, ¿compartirías sus sentimientos? Explica tu respuesta.

---



---



---



---

¿Por qué cree la voz poética que su amigo continuará viviendo?

---



---



---



El poema «III» de César Vallejo fue escrito en medio de la Guerra Civil Española. Este poema, que aborda el tema de la guerra, nos cuenta acerca de un hombre del pueblo que trabajaba en los ferrocarriles. Para este hombre el papel en el que escribía era el viento y su pluma era un lapicero de carne. ¿Qué crees que quiere decir con esto la voz poética?

---



---



---

Observa los intencionales errores ortográficos «viban», «abisa». ¿Por qué crees que Vallejo usa esos errores? ¿Se pueden relacionar con una «b» de buitre? ¿Por qué?

---



---



---



---

Algunos versos refieren que Pedro Rojas era un hombre sencillo. Escribe con tus propias palabras en qué consistía su sencillez.

---



---



---

¿Por qué dice la voz poética que lo han matado suavemente?

---



---

Luego se señala que Pedro Rojas vuelve a la vida. ¿Para qué vuelve a la vida? Explica el verso: «Su cadáver estaba lleno de mundo».

---



---



---



---



---



---

### UNA ROSA PARA EMILY

Al inicio del cuento, se anuncia la muerte de miss Emily y se describe el estado en el que había dejado su casa. ¿De qué manera esta descripción refleja el problema que afronta la protagonista?

---



---



---



---

A partir de la descripción física de miss Emily que se hace en el capítulo I del cuento, realiza un dibujo de ella lo más fielmente posible.

---



---





Los mandatarios del pueblo demuestran una actitud respetuosa y distante hacia la protagonista. Sin embargo, también manifiestan cierta suspicacia y rechazo hacia ella. ¿Por qué crees que su manera de proceder con Emily es ambivalente?

---



---



---



---

El narrador nunca menciona directamente lo que le sucedió a la protagonista. Solo lo sugiere por medio de los comentarios de los vecinos y familiares. Explica lo que realmente le sucedió, según lo que has inferido de la lectura.

---



---



---



---

### LA CAÍDA

Ante la inminente muerte tras la caída de los dos personajes, la narración se concentra en la preocupación de ambos por salvar ciertas partes de su cuerpo. ¿Por qué consideras que sucede esta reacción?

---



---



---



---

En el recorrido de la caída, mientras los personajes están salvaguardando sus partes preferidas del cuerpo, se describe lo que van perdiendo de una manera sangrienta. ¿Qué sensación te produce la contradicción entre la descripción de la caída y la actitud de los escaladores?

---



---



---



---

Ante el empeoramiento de la catastrófica caída, los escaladores dejan de cuidarse y piensan en sí mismos, cuidando sus propios ojos y barba, respectivamente. Esta actitud ironiza aún más su reacción inicial ante su tragedia. Como ves, la muerte se aborda con mucha ironía en el cuento leído. ¿Qué mensaje busca transmitir el autor?

---



---



---

✿ Imagina que eres uno de los difuntos de estos textos. Puedes escoger ser el que está en el ataúd del cuento «Quien acaba de morir» o *Cunce Maille* de «Ushanan-jampi» o Ramón Sijé de «Elegía» o, por último, Pedro Rojas. Ahora relea el texto elegido. Luego, imagina que ya muerto puedes escribir una carta. Si has escogido «Quien acaba de morir», escríbele una carta al que narra el cuento; si has escogido ser *Cunce Maille*, escríbele una carta a José Facundo; si has escogido ser Ramón Sijé, escríbele a Miguel Hernández; y, por último, si has escogido ser Pedro Rojas, escríbele al pueblo español. En la carta, puedes contar cómo te sientes, cómo y para qué quisieras regresar, qué sentimientos te atormentan o te hacen feliz.

---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



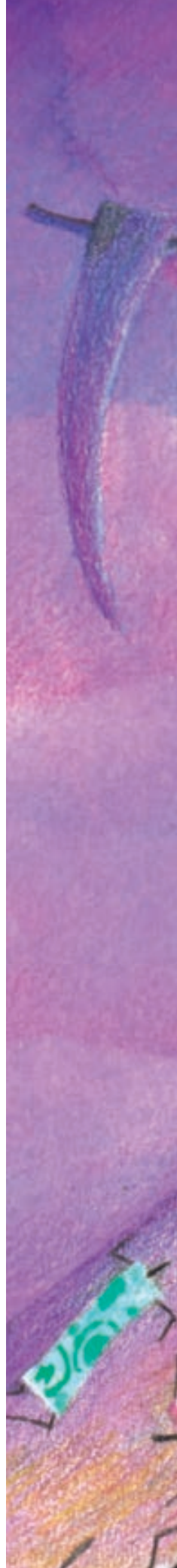
---



---



---





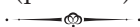


## LA TELA DE ARAÑA

1955

JULIO RAMÓN RIBEYRO

(peruano)



Cuando María quedó sola en el cuarto, una vez que hubo partido Justa, sintió un extraño sentimiento de libertad. Le pareció que el mundo se dilataba, que las cosas se volvían repentinamente bellas y que su mismo pasado, observado desde este ángulo nuevo, era tan solo un mal sueño pasajero. Ya a las diez de la noche, al salir sigilosamente de la casa de su patrona, con su bulto de ropa bajo el brazo, adivinó que un momento de expansión se avecinaba. Luego en el taxi, con Justa a su lado que canturreaba, permaneció muda y absorta, embriagada por la aventura. Pero era solo ahora, al encontrarse en esa habitación perdida, ignorada de todo el mundo, cuando tomó conciencia de su inmensa libertad.

Ella duraría poco, sin embargo, tal vez dos o tres días, hasta que encontrara un nuevo trabajo. Felipe Santos, su protector, se lo había prometido. Ella no conocía, no obstante, a ese Felipe Santos del cual oyera hablar a Justa, sirvienta de la casa vecina.

—Esta noche vendrá a verte —había dicho Justa antes de salir—. Este cuarto es de un hermano suyo que es policía y que está de servicio. Aquí estarás tú hasta que te consiga nuevo trabajo.

—Aquí viviré yo —se dijo María y observó el cuarto que parecía abrazarla con sus paredes blancas. Había una cama, un espejo colgado en la pared, un cajón a manera de velador y una silla. Es cierto que en casa de doña Gertrudis se encontraba más cómoda y tenía hasta armario con percha. Pero, en cambio, aquí carecía de obligaciones. Y esto era ya suficiente.

—Mañana —pensó— cuando llegue el carro de la basura, doña Gertrudis se dará cuenta que me he escapado —y se deleitó con esta idea, como de una broma que su antigua patrona nunca le perdonaría.

Abriendo su bolsa, sacó su peine y comenzó a arreglarse el cabello frente al espejo.

—Es necesario que Felipe Santos me encuentre decente —pensó—. Así dirá que soy capaz de trabajar en buena residencia, con autos y televisión.

Su rostro redondo como una calabaza apareció ligeramente rosado en el espejo. Era la emoción, sin duda. Un fino bozo le orillaba el labio abultado, aquel labio que el niño Raúl tantas veces se obstinara en besar con los suyos incoloros y secos.

—Acá el niño Raúl nunca te encontrará —había añadido Justa antes de salir, como si se empeñara en darle el máximo de garantías—. Por ese lado puedes estar segura.

—¿Y si me encontrara? —se preguntó María e inconscientemente miró la puerta, donde el grueso cerrojo aparecía corrido.

—Te seguiré donde te vayas —le había jurado él una noche, acorralándola contra el lavadero, como si presintiera que algún día habría de fugarse.

—El muy desgraciado, con su facha de tísico —pensó María y continuó arreglando su pelo negro y revuelto. Detrás del espejo surgió una araña de largas patas. Dio un ligero paseo por la pared y regresó a su refugio.

—El niño Raúl era aficionado a las arañas —recordó de inmediato María. Conduciéndola al jardín, la obligaba a sostenerle la escalera, mientras él espiaba las copas de los cipreses. Él mismo siempre le pareció como una especie de araña enorme, con sus largas piernas y su siniestra manera de acecharla desde los rincones. Ya había oído hablar de él en casa del negro Julio, adonde llegara de Nazca con una carta de recomendación. El negro Julio no quería que trabajara.

—Todavía está muy pichona —decía mirándola compasivamente.

Pero su mujer, una zamba gorda y revoltosa que había dado doce criaturas al mundo, chillaba:

—¿Pichona? Yo he trabajado desde los doce años y ella tiene ya dieciséis. Habrá que meterla de sirvienta por algún lado.

Y así de la noche a la mañana, se encontró trabajando en casa de doña Gertrudis. Fue precisamente el día que ingresó, después del almuerzo, cuando vio al niño Raúl. Ella se encontraba fregando el piso de la cocina, cuando llegó de la calle.

—Me miró de reojo —pensó María— y ni siquiera me contestó el saludo.

Bruscamente se distrajo. En la puerta sonaban tres golpes nítidos.

—¿Será Felipe Santos? —se preguntó y después de mirarse en el espejo, avanzó con sigilo hasta la puerta.

—¡Soy yo, Justa! —gritó una voz al otro lado—. ¡Me había olvidado de decirte algunas cosas!

María abrió la puerta y la chola Justa entró contoneando sus caderas escurridas.

—Me he regresado desde el paradero porque me olvidé de decirte que Felipe tal vez demore un poco. Él tiene que estar hasta tarde en la panadería, de modo que tienes que esperarlo. Dale las gracias y dile además que sabes cocinar. Así es más fácil que te consiga trabajo. Otra cosa: aquí en la esquina hay una pulpería. Si te da hambre, puedes comprar un pan con mortadela. Pero apúrate, que a las once cierra.

María quedó nuevamente sola. Observó su cabellera en el espejo. El niño Raúl se acercaba a la ventana para verla peinarse.

—¡Váyase de aquí! —gritaba ella—. ¡Su mamá lo puede ver!

—¡Qué me importa! Me gusta verte peinar. Tienes un lindo pelo. Deberías hacerte moño.

Por la noche, cuando ella iba al fondo del jardín a tender la ropa, de nuevo la abordaba.

—Pero, ¿es que usted no tiene nada que hacer?

—¡Qué te importa a ti eso!

—Debería estudiar...

—¡Quiero estar a tu lado!

Cuando Justa, a quien conociera una mañana mientras barría la vereda, se enteró de esto, se echó a reír.

—¡Así son todos, unos vivos! ¡Creen que somos qué cosa! A mí también, en una casa que trabajé, había uno que me perseguía día y noche, hasta que le di su zape. Lo mejor es no hacerles caso. Al fin se aburren y se van con su música a otra parte.

La araña salió de su refugio y comenzó a recorrer la pared. María la vio aproximarse al techo. Allí se detuvo y comenzó a frotar sus patas, una contra otra, como sorprendida por un mal pensamiento.

Acercándose a su bolsa, María extrajo alguna ropa y la fue extendiendo sobre la cama. Sus vestidos estaban arrugados y además olían a cosas viejas, a días que ella no quería recordar. Allí estaba esa falda a cuadros que ella misma se cosió y ese saco rosado, obsequio de doña Gertrudis. Cuando se lo ceñía al talle los hombres la miraban por la calle y hasta el chino de la pulpería, que parecía asexual, la piropeaba. Raúl, por su parte, se aferraba a este detalle para abrumarla de frases ardientes.

—Te queda mejor que a mis hermanas. Yo te podría regalar muchos como ese.

—Usted es un sinvergüenza. ¡Métase con sus iguales!

—¡Lo mejor es no hacerles caso! —recordó María el consejo de Justa. La indiferencia era aún más peligrosa, sin embargo, pues era considerada como un asentamiento tácito. Cada día la cosa empeoraba. A los dos meses, su vida se hizo insoportable.

—¡Desde las siete de la mañana! —exclamó María, estrujando su ropa entre las manos, como si quisiera ejercer sobre ella una represalia impersonal y tardía.

En efecto, a las siete de la mañana, hora en que se levantaba para sacar el cubo de basura, el niño Raúl estaba ya de pie. A esa hora doña Gertrudis se encontraba en misa y las hermanas aún dormían. Aprovechando esa momentánea soledad, Raúl intentaba pasar de la palabra a la acción.

—¡Lo voy a acusar a su mamá! —gritaba ella hundiéndole las uñas. La cocina fría fue escenario de muchos combates. Estos terminaban gene-

ralmente cuando una silla derrumbada sobre el piso amenazaba con despertar a las hermanas. Raúl huía como un sátiro vencido, chupándose la sangre de los arañones.

—¡Caramba! —exclamó Justa al enterarse de estas escenas, con una sorpresa que provenía más de las resistencias de María que de la tenacidad de Raúl—. Esto anda mal. Si sigue así, tendrás que acusarlo a su mamá.

María sintió un cosquilleo en el estómago. Debían ser ya las once de la noche y la pulpería estaría cerrada. Por un momento decidió salir a la calle y buscar alguna chingana abierta. Pero ese barrio desconocido le inspiraba recelo. Había pasado en el taxi por un bosque, luego por una avenida de altos árboles, después se internó por calles rectas, donde las casas de una abrumadora uniformidad no podían albergar otra cosa que existencias mediocres. El centro de la ciudad no debía encontrarse lejos, pues contra la baja neblina había divisado reflejos de avisos luminosos.

—Aguardaré hasta mañana —se dijo y bostezando se sentó al borde de la cama. La araña seguía inmóvil junto al techo. Cerca del foco, una mariposa gris revoloteaba en grandes círculos concéntricos. A veces se estrellaba contra el cielo raso con un golpe seco. Parecía beber la luz a grandes borbotones.

—Sí, no hay más remedio —le había dicho Justa, cuando ella le confió un día que el niño Raúl la había amenazado con entrar a su cuarto por la noche—. Acúsalo a su mamá.

Doña Gertrudis recibió la noticia sin inmutarse. Parecía acostumbrada a este tipo de quejas.

—Regresa a tu trabajo. Ya veré yo.

Algo conversaría con el niño Raúl, pues este permaneció una semana ignorándola por completo.

—Ni siquiera me miraba —recordó María—. Pasaba por mi lado silbando, como si yo fuera un mueble.

En la puerta se escucharon unos golpes apresurados. María sintió un sobresalto. ¿Otra vez? ¿Sería Felipe Santos? Sin moverse, preguntó tímidamente:

—¿Quién?

Por toda respuesta se escucharon unos golpes. Luego una voz exclamó:

—¡Tomás! ¿Estás allí?

María se aproximó y pegó el oído.

—¡Abre, Tomás!

—Acá no hay ningún Tomás.

—¿Quién eres tú?

—Yo estoy esperando a Felipe Santos.

—Bueno, pues, si viene Tomás le dirás que vino Romualdo para invitarlo a una fiesta.

Los pasos se alejaron. El incidente no tenía mayor importancia, pero María se sintió inquieta, como si la seguridad de su refugio hubiera sufrido una primera violación. Volviéndose lentamente, quedó apoyada en la puerta.



Deseaba con urgencia que su protector llegara. Quería preguntarle quién era ese Tomás y por qué venían extraños a tocarle la puerta. Las paredes del cuarto le parecieron revestidas de una espantosa palidez.

La excitación y el cansancio la condujeron a la cama. Le provocó apagar la luz pero un instinto oscuro le advirtió que era mejor permanecer con la luz encendida. Una inseguridad sin consistencia, surgida de mil motivos secundarios (la araña, el bosque que atravesara, el dondoneo de una guitarra que llegaba desde una habitación lejana), fue atravesándola de parte en parte. Solo ahora le pareció comprender que lo que ella tomó al principio por libertad no era en el fondo sino un enorme desamparo. En casa de doña Gertrudis, al menos, se sentía acompañada.

—¿Y cómo van tus asuntos? —preguntó Justa, tiempo después.

—Ayer empezó otra vez —replicó María—. Mientras tendía la ropa, quiso abrazarme. Yo pegué un grito y él casi me da una cachetada.

La araña comenzó a caminar oblicuamente hacia el foco de luz. A veces se detenía y cambiaba de rumbo. Parecía atormentada por una gran duda.

—Pues entonces hablaré con Felipe Santos —dijo Justa.

—Fue la primera vez que oí hablar de él —pensó María.

—Es un amigo mío que vive a la vuelta —aclaró Justa—. Tiene una panadería y es muy bueno. Él te podrá conseguir trabajo.

Esta sola promesa hizo su vida más llevadera y le permitió soportar con alguna ligereza el asedio del niño Raúl. A veces se complacía incluso en bromear con él, en darle ciertas esperanzas, con la seguridad de que al no cumplirlas ejercería una represalia digna de los riesgos que corría.

—Así me gusta que te rías —decía Raúl—. Ya te darás cuenta que conmigo no perderás el tiempo.

Y ella, con alguna tonta promesa, en el fondo de la cual ponía el más refinado cálculo, lo mantenía a cierta distancia, mientras se aproximaba la fecha de su partida.

—Ya hablé con Felipe —dijo una tarde Justa—. Dice que te puede ayudar. Dice además que te conoce.

—Me vería pasar cuando iba a la pulpería —pensó María—. ¡Qué raro que no lo haya visto!

—¿Y hasta cuándo te voy a esperar? —la increpó un día Raúl—. Ayer estuve en el jardín hasta las once y tú... nada.

—El viernes por la noche —aseguró María—. De verdad no lo engaño. Esta vez no faltaré.

Justa le había dicho esa misma mañana:

—Ya está todo arreglado. Felipe dice que te puede conseguir trabajo. El jueves por la noche saldrás con tus cosas sin decir nada a doña Gertrudis. Él tiene un cuarto desocupado en Jesús María, donde puedes estar hasta que se te avise.

El jueves por la noche hizo un bulto con su ropa y, cuando todos dormían, salió por la puerta falsa. Justa la esperaba para conducirla al cuarto. Tomaron un taxi.

—Felipe me dio una libra para el carro —dijo—. Me regresaré en ómnibus para economizar.

Ella no contestó. La aventura la tenía trastornada. Al abandonar su barrio le pareció que los malos días quedaban enterrados para siempre, que una vida expansiva, sin obligaciones ni mandados ni diarias refriegas en la cocina blanca, se abría delante de ella. Atravesó un bosque, una avenida de altos árboles, casas uniformes y sórdidas, hasta ese pequeño cuarto donde la intimidad había sido para ella una primera revelación.

En pocos minutos, sin embargo, su optimismo había decaído. Algo ocurría muy dentro suyo: pequeños desplazamientos de imágenes, lento juego de sospechas. Un agudo malestar la obligó a sentarse en el borde de la cama y a espiar los objetos que la rodeaban, como si ellos le tuvieran reservada una sorpresa maligna. La araña había regresado a su esquina. Aguzando la vista descubrió que había tejido una tela, una tela enorme y bella, como una obra de mantelería.

La espera sobre todo le producía una desazón creciente. Trató por un momento de refugiarse en algún recuerdo agradable, de cribar todo su pasado hasta encontrar un punto de apoyo. Pensó con vehemencia en sus días en Nazca, en su padre a quien jamás conoció, en su madre que la enviaba a la plaza a vender el pescado, en su viaje a Lima en el techo de un camión, en el negro Julio, en la casa de doña Gertrudis, en la chola Justa contoneando sus caderas escurridas, en ese Felipe Santos que nunca terminaba de llegar... Solamente en este último su pensamiento se detuvo, como fatigado de esa búsqueda infructuosa. Era el único en quien podía confiar, el único que podía ofrecerle amparo en aquella ciudad para ella extraña, bajo cuyo cielo, teñido de luces rojas y azules, las calles se entrecruzaban como la tela de una gigantesca araña.

La puerta sonó por tercera vez y ahora no le cupo duda a María que se trataba de su protector. Delante del espejo se acomodó rápidamente sus cabellos y corrió hacia el cerrojo.

En la penumbra del callejón apareció un hombre que la miraba sin decir palabra. María retrocedió unos pasos.

—Yo soy Felipe Santos —dijo al fin el hombre y entrando en la habitación cerró la puerta. María pudo observar su rostro de cincuentón y sus pupilas tenazmente fijas en ella, a través de los párpados hinchados y caídos.

—Yo te conozco —prosiguió el hombre aproximándose—. Te veía pasar cuando ibas a la pulpería... —y llegó tan cerca de ella que sintió su respiración pesada abrazándole el rostro.

—¿Qué quiere usted?

—Yo quiero ayudarte —respondió él sin retroceder, arrastrando las palabras—. Desde que te vi pensé en ayudarte. Eres muy pequeña aún. Quiero ser como tu padre...

María no supo qué responder. Miró hacia la puerta cuyo cerrojo estaba corrido. Detrás de ella quedaba la ciudad con sus luces rojas y azules. Si franqueaba la puerta, ¿adónde podría ir? En Justa ya no tenía fe y la niebla debía haber descendido.

—¿No quieres que te ayude? —prosiguió Felipe— ¿Por qué no quieres? Yo soy bueno. Tengo una panadería, ya te lo habrá dicho Justa. Fíjate: hasta te he traído un regalito. Una cadenita con su medalla. Es de una virgen muy milagrosa, ¿sabes? Mírala qué linda es. Te la pondré para que veas qué bien te queda.

María levantó el mentón lentamente, sin ofrecer resistencia. Había en su gesto una rara pasividad. Pronto sintió en su cuello el contacto de aquella mano envejecida. Entonces se dio cuenta, sin ningún raciocinio, que su vuelo había terminado y que esa cadena, antes que un obsequio, era como un cepo que la unía a un destino que ella nunca buscó.



## COLORETE

1961

OSWALDO REYNOSO

(peruano)



9 de la noche. Cantina del japonés. En la radiola la guaracha *Marina*.

*(Estoy enamorado de Marina  
una muchacha bella alabastrina  
como ella no hace caso de mis cuitas  
y yo me vuelvo loco por su amor)*

Humo. Luz naranja y guaracha. Cubiletes y cebada para todos. ¡Ay Juanita, Juanita, Juanita! Estoy enamorado de Juanita. Una muchacha bella alabastrina. ¿Qué será alabastrina?

*(El día que la encuentre sola, sola  
entonces le diré que la quiero)*

Es su fiesta. Su cumpleaños. Y esta noche sin falta le caigo. De todas maneras. Sin pierde. Es su fiesta.

*(y por un beso que pondré en su boca  
sabrás que yo la quiero de verdad)*

Bailaré con ella. Solo. Solo. Y no podrá decir que no. ¿Quieres ser mi gila? Bueno. Beso. Sí. Su guaracha preferida. Carambola lo contó. En ropa de baño guarachaba en Agua Dulce. «Carambola, si supieras lo de recuerdos que me trae esa guaracha». Pero a mí, la guaracha me pone triste. Pero triste de triste. Triste de no sé qué. Parece que las maracas revolvieran en el fondo de mi pecho una culebra ardiente. Y luego una como espada de fuego se me clavara en la garganta. Y apenas si puedo decir tu nombre. Juanita. Juanita. Juanita. Y lo digo como si tomara un poco de miel quemante. Juanita. Juanita. Pero la guaracha me pone triste. Sufrido.

(—¿Qué pasa, Colorete, te has comido la singüeso?  
—Déjalo, que está templado.  
—Ves lo que te pasa por cirio.  
—Colorete, chupa y di que es menta.)

Juanita. Juanita. Cuando te veo sufro. Cuando no, también. No sé qué hacer. Esta noche te saco a bailar. Guaracha, no, bolero, bolero. Me apretaré a tu cuerpo. Te oleré de cerca. Y si puedo, te beso. Palabra.

*(Marina, Marina, tu boca yo quiero besar)*

Quiero ser como Carambola. O como Natkinkón. Ellos ríen y se alegran con guarachas. En los tonos son de triana. En cambio yo me pongo corto. Tímido. Y me la paso chupando. Las muchachas arregladas y bonitas que van a los tonos dan miedo. Meten miedo. Imposible hablarles: tembladera y tartamudeo. Y si miran como diciéndome: ¿Por qué no me sacas a bailar? Tiemblo y me escondo. Mi campo es la calle. La collera... Ahí soy atrevido. En la calle soy el capazote Colorete. Pero en los tonos me achico. Soy un cobarde.

*(Marina, Marina, Marina, contigo me quiero casar)*

(—Pucha, si estás en la luna.  
—¿Qué te pasa, Colorete?  
—No le hagan caso. Antes de los tonos siempre se pone así.)

Esta noche no podrá decir que no. Estará alegre. Es su cumpleaños. Y estoy bien firme. Mi peluca está recortada. No hay caso, Manos Voladoras: un artista. Mis zapatos de gamuza. Estreno pilcha azul y corbata de seda italiana bien bacán. La cara está que arde. Claro, si no había nada que afeitarse. Pero este señor tuvo que afeitarse para estar presentado. Le llevo un regalo. Un prendedor de plata. Caro. Caro. El doctor ese es buena gente. Me dio mosca. Le dije: para mañana necesito azules. No es para mí, aclaré: es cumpleaños de mi gila. La próxima semana tendré que ir a su casa. ¡Qué se le va a hacer!

*(Mira cómo sufro tú debes amarme  
no debes martirizarme  
que esto lo castiga Dios)*

Juanita, Juanita, por qué me desprecias. No me hagas sufrir, que Dios lo castiga. No soy feo, que digamos. Al contrario. Quién no quisiera tener mi pinta. Las gilas se me echan. Si vieras los ojos que ponen cuando me miran

de frente. Pero yo me burlo de ellas. Mirándolas, me muerdo los labios. Cierro los puños. Suspiro.

*(Mira cómo sufro tú debes amarme  
No debes martirizarme  
No, no, no...)*

No. No podré olvidar el día que por primera vez te vi. Tú eras nueva en el barrio. Recienquito te habías cambiado a la Quinta. De arriba abajo y de abajo arriba te la pasabas la tarde. Quince años tenías. Un día alguien me trajo un recado. Un paquete pequeño. Al abrirlo encontré un colorete y un papel escrito: «Te amo. J».

Pucha, si casi me muero de alegría. Pero como siempre tuve miedo. Tan solo te miraba de lejos. Cómo no me declaré. Ya hubieras sido mi gila. Soy un cobarde. Cuando llegó el verano, con Juanita, con sus amigas y con la collera me fui a Agua Dulce. Juanita, risueña y escandalosa, cantaba en el tranvía. Triste y callado, sufría de tan solo mirarla. En la playa, no sé por qué, quise verla desnuda. Cuando entré a su carpa, me eché en la arena y, despacito, levanté la lona. ¡Para todo tengo mala suerte! Se había venido con la ropa de baño puesta debajo del vestido.

En la playa, Juanita —dorada, color canela—, corrió y saltó sobre la espuma. Al fondo, el mar verde. Y aquí, sobre la arena caliente, sufría. Recuerdo que luego me puse de pie y entré a su carpa. Cogí su ropa. Tenía un olor suave, húmedo. No sé qué recuerdo de infancia me tomó por entero. Cerré los ojos y como un licor caliente sentí en mi cuerpo. Salí a la carrera, me metí en el mar. Al regresar, ya por la tarde, al barrio, no podía resistir sus ojos negros, negros, negros.

(—¿Jugamos la cebada?  
—¿Juegas, Colorete?  
—No, yo pago todo. Tengo plata.)

Juanita, ahora, estás muy cambiada. Pero yo sé que solo es cáscara. Estoy seguro de que basta una palabra mía para que seas la chicoquita de quince años. Ahora, siempre me arrochas. Los muchachos dicen que te has vuelto planera. Pero planera con otros. Con los que no son del barrio. Esta noche te abrazo. Te regalo el prendedor. Y te digo despacito: ¿Quieres ser mi gila?

(—¿Nos vamos?  
—A lo mejor ya no alcanzamos pato.)

Baile. Baile. Baile. Vestidos de colores. Sudor y música. La habitación demasiado estrecha para tanta gente. Los viejos están chupa que chupa. La cocina se llena de comadres acomodadas, de vecinas intrusas, de gallinas en escabeche y de caldo de pollo. Humo de cigarro fino y brillantina. Perfume picante de axilas femeninas. Se baila alegre la guaracha. Triste, el bolero. Carambola está pegado a la mano de Alicia. El Príncipe los mira de reojo y se va a la cantina. El Rosquita, gracioso, como siempre, baila solo. Y Natkinkón dirige la orquesta del disco. Cara de Ángel busca a Gilda. No pudo venir, está un poco indispuesta, le dicen, y queda triste. Colorete espera a Juanita. Juanita sale del dormitorio del brazo de su tío.

*Japiverdituyú...*

Colorete se esconde. Terminan los aplausos y las vivas a la dueña del santo. Luego, solos, Juanita y su tío bailan un vals de Strauss. Colorete, sufre. Termina el vals y Colorete busca a Juanita.

- Feliz cumpleaños, Juanita.
  - Gracias, Colorete.
  - Te regalo.
  - Gracias, después lo veré. Guárdamelo, ¿ya?
  - ¿Bai... bailamos?
  - Disculpa, pero estoy cansada.
  - Pero si recién, es que yo, yo...
  - Luego nos vemos, Colorete. Que te diviertas.
- Juanita, sobre un taco, dio una vuelta en redondo y coqueta y ágil se dirigió a Javier Montero, estudiante de Derecho.
- Javier, ¿me enseñas ese nuevo paso de merengue?



## LA MUÑECA NEGRA

1889

JOSÉ MARTÍ

(cubano)



**D**e puntillas, para no despertar a Piedad, entran en el cuarto de dormir el padre y la madre. Vienen riéndose, como dos muchachones. Vienen de la mano, como dos muchachos. El padre viene detrás, como si fuera a tropezar con todo. La madre no tropieza; porque conoce el camino. ¡Trabaja mucho el padre, para comprar todo lo de la casa, y no puede ver a su hija cuando quiere! A veces, allá en el trabajo, se ríe solo, o se pone de repente como triste, o se le ve en la cara como una luz: y es que está pensando en su hija: se le cae la pluma de la mano cuando piensa así, pero enseguida empieza a escribir, y escribe tan de prisa, tan de prisa, que es como si la pluma fuera volando. Y le hace muchos rasgos a la letra, y las oes le salen grandes como un sol, y las ges largas como un sable, y las eles están debajo de la línea, como si se fueran a clavar en el papel, y las eses caen al fin de la palabra, como una hoja de palma; ¡tiene que ver lo que escribe el padre cuando ha pensado mucho en la niña! Él dice que siempre que le llega por la ventana el olor de las flores del jardín, piensa en ella. O a veces, cuando está trabajando cosas de números, o poniendo un libro sueco en español, la ve venir, venir despacio, como en una nube, y se le sienta al lado, le quita la pluma, para que repose un poco, le da un beso en la frente, le tira de la barba rubia, le esconde el tintero: es sueño no más, no más que sueño, como esos que se tienen sin dormir, en que ve uno vestidos muy bonitos o un caballo vivo de cola muy larga o un cochecito con cuatro chivos blancos o una sortija con la piedra azul. Sueño es no más, pero dice el padre que es como si lo hubiera visto, y que después tiene más fuerza y escribe mejor. Y la niña se va, se va despacio por el aire, que parece de luz todo: se va como una nube.

Hoy el padre no trabajó mucho, porque tuvo que ir a una tienda: ¿a qué iría el padre a una tienda? Y dicen que por la puerta de atrás entró una caja grande: ¿qué vendrá en la caja? ¡A saber lo que vendrá!: mañana hace ocho años que nació Piedad. La criada fue al jardín, y se pinchó el dedo por cierto, por querer coger, para un ramo que hizo, una flor muy hermosa. La madre a todo dice que sí, y se puso el vestido nuevo, y le abrió la jaula al canario. El cocinero está



haciendo un pastel, y recortando en figura de flores los nabos y las zanahorias, y le devolvió a la lavandera el gorro, porque tenía una mancha que no se veía apenas pero, «¡hoy, hoy, señora lavandera, el gorro ha de estar sin mancha!». Piedad no sabía, no sabía. Ella sí vio que la casa estaba como el primer día de sol, cuando se va ya la nieve, y salen las hojas a los árboles. Todos sus juguetes se los dieron aquella noche, todos. Y el padre llegó muy temprano del trabajo, a tiempo de ver a su hija dormida. La madre lo abrazó cuando lo vio entrar: ¡y lo abrazó de veras! Mañana cumple Piedad ocho años.

\*

El cuarto está a media luz, una luz como la de las estrellas, que viene de la lámpara de velar, con su bombillo de color de ópalo. Pero se ve, hundida en la almohada, la cabecita rubia. Por la ventana entra la brisa, y parece que juegan, las mariposas que no se ven, con el cabello dorado. Le da en el cabello la luz. Y la madre y el padre vienen andando, de puntillas. ¡Al suelo, el tocador de jugar! ¡Este padre ciego, que tropieza con todo! Pero la niña no se ha despertado. La luz le da en la mano. A la cama no se puede llegar; porque están alrededor todos los juguetes, en mesas y sillas. En una silla está el baúl que le mandó en pascuas la abuela, lleno de almendras y de mazapanes: boca abajo está el baúl, como si lo hubieran sacudido, a ver si caía alguna almendra de un rincón o si andaban escondidas por la cerradura algunas migajas de mazapán; jeso es, seguro, que las muñecas tenían hambre! En otra silla está la loza, mucha loza muy fina, y en cada plato una fruta pintada: un plato tiene una cereza, y otro un higo, y otro una uva: da en el plato ahora la luz, en el plato del higo, y se ven como chispas de estrella: ¿cómo habrá venido esta estrella a los platos? «¡Es azúcar!», dice el pícaro padre. «¡Eso es, de seguro!», dice la madre, «eso es que estuvieron las muñecas golosas comiéndose el azúcar». El costurero está en otra silla, y muy abierto, como de quien ha trabajado de verdad; el dedal está machucado, ¡de tanto coser! Cortó la modista mucho, porque del calicó que le dio la madre no queda más que un redondel con el borde de picos, y el suelo está por allí lleno de recortes, que le salieron mal a la modista, y allí está la chambra empezada a coser, con la aguja clavada, junto a una gota de sangre. Pero la sala, y el gran juego, está en el velador, al lado de la cama. El rincón, allá contra la pared, es el cuarto de dormir de las muñequitas de loza, con su cama de la madre, de colcha de flores y, al lado una muñeca de traje rosado en una silla roja, el tocador está entre la cama y la cuna, con su muñequita de trapo, tapada hasta la nariz, y el mosquitero encima. La mesa del tocador es una cajita de cartón castaño y el espejo es de los buenos, de los que vende la señora pobre de la dulcería, a dos por un centavo. La sala está en lo de delante del velador y tiene en medio una mesa, con el pie hecho de un carretel de hilo, y lo de arriba de una concha de nácar, con una jarra mexicana en medio, de las que traen los muñecos aguadores de México; y alrededor unos papelitos doblados, que son los libros. El piano es de madera, con las teclas pintadas; y no tiene banquetta de tornillo, que eso es poco

lujo, sino una de espaldar, hecha de la caja de una sortija, con lo de abajo forrado de azul; y la tapa cosida por un lado, para la espalda, y forrada de rosa; y encima un encaje. Hay visitas, por supuesto, y son de pelo de veras, con ropones de seda lila de cuartos blancos y zapatos dorados: y se sientan sin doblarse, con los pies en el asiento: y la señora mayor, la que trae gorra color de oro, y está en el sofá, tiene su levantapiés, porque del sofá se resbala; y el levantapiés es una cajita de paja japonesa, puesta boca abajo: en un sillón blanco están sentadas juntas, con los brazos muy tiesos, dos hermanas de loza. Hay un cuadro en la sala, que tiene detrás, para que no se caiga, un pomo de olor: y es una niña de sombrero colorado, que trae en los brazos un cordero. En el pilar de la cama, del lado del velador, está una medalla de bronce, de una fiesta que hubo, con las cintas francesas: en su gran moña de los tres colores está adornando la sala el medallón, con el retrato de un francés muy hermoso, que vino de Francia a pelear por que los hombres fueran libres, y otro retrato del que inventó el pararrayos, con la cara de abuelo que tenía cuando pasó el mar para pedir a los reyes de Europa que lo ayudaran a hacer libre su tierra: esa es la sala, y el gran juego de Piedad. Y en la almohada, durmiendo en su brazo, y con la boca desteñida de los besos, está su muñeca negra.

\*

Los pájaros del jardín la despertaron por la mañanita. Parece que se saludan los pájaros y la convidan a volar. Un pájaro llama y otro pájaro responde. En la casa hay algo, porque los pájaros se ponen así cuando el cocinero anda por la cocina saliendo y entrando, con el delantal volándole por las piernas, y la olla de plata en las dos manos, oliendo a leche quemada y a vino dulce. En la casa hay algo, porque si no, ¿para qué está ahí, al pie de la cama, su vestidito nuevo, el vestidito color de perla, y la cinta lila que compraron ayer, y las medias de encaje? «Yo te digo, Leonor, que aquí pasa algo. Dímelo tú, Leonor, tú que estuviste ayer en el cuarto de mamá, cuando yo fui a paseo. ¡Mamá mala, que no te dejó ir conmigo, porque dice que te he puesto muy fea con tantos besos, y que no tienes pelo, porque te he peinado mucho! La verdad, Leonor, tú no tienes mucho pelo; pero yo te quiero así, sin pelo, Leonor, tus ojos son los que quiero yo, porque con los ojos me dices que me quieres: te quiero mucho, porque no te quieren: ¡a ver! ¡Sentada aquí en mis rodillas, que te quiero peinar! Las niñas buenas se peinan en cuanto se levantan. ¡A ver, los zapatos, que ese lazo no está bien hecho! Y los dientes, déjame ver los dientes. Las uñas, ¡Leonor, esas uñas no están limpias! Vamos, Leonor, dime la verdad. Oye, oye a los pájaros que parece que tienen baile. Dime, Leonor, ¿qué pasa en esta casa?». Y a Piedad se le cayó el peine de la mano, cuando le tenía ya una trenza hecha a Leonor; y la otra estaba toda alborotada. Lo que pasaba, allí lo veía ella. Por la puerta venía la procesión. La primera era la criada, con el delantal de rizados de los días de fiesta y la cofia de servir la mesa en los días de visita: traía el chocolate, el chocolate con crema, lo mismo que el día de Año Nuevo, y los panes dulces en una cesta

de plata; luego venía la madre, con un ramo de flores blancas y azules: ¡ni una flor colorada en el ramo, ni una flor amarilla!; y luego venía la lavandera, con el gorro blanco que el cocinero no se quiso poner y un estandarte que el cocinero le hizo, con un diario y un bastón. Y decía en el estandarte, debajo de una corona de pensamientos: «¡Hoy cumple Piedad ocho años!». Y la besaron, y la vistieron con el traje color de perla, y la llevaron, con el estandarte detrás, a la sala de los libros de su padre, que tenía muy peinada su barba rubia, como si se la hubieran peinado muy despacio, y redondeándole las puntas, y poniendo cada hebra en su lugar. A cada momento se asomaba a la puerta, a ver si Piedad venía; escribía y se ponía a silbar; abría un libro y se quedaba mirando a un retrato, a un retrato que tenía siempre en su mesa, y era como Piedad, una Piedad de vestido largo. Y cuando oyó ruido de pasos, y un vocerrón que venía tocando música en un cucurucho de papel, ¿quién sabe lo que sacó de una caja grande? Y se fue a la puerta con una mano en la espalda; y con el otro brazo cargó a su hija. Luego dijo que sintió como que en el pecho se le abría una flor, y como que se le encendía en la cabeza un palacio, con colgaduras azules de flecos de oro, y mucha gente con alas: luego dijo todo eso, pero entonces, nada se le oyó decir. Hasta que Piedad dio un salto en sus brazos, y se le quiso subir por el hombro, porque en un espejo había visto lo que llevaba en la otra mano el padre. «¡Es como el sol el pelo, mamá, lo mismo que el sol! ¡Ya la vi, ya la vi, tiene el vestido rosado! ¡Dile que me la dé, mamá: si es de peto verde, de peto de terciopelo! ¡Como las mías son las medias, de encaje como las mías!». Y el padre se sentó con ella en el sillón, y le puso en los brazos la muñeca de seda y porcelana. Echó a correr Piedad, como si buscara a alguien. «¿Y yo me quedo hoy en casa por mi niña», le dijo su padre, «y mi niña me deja solo?». Ella escondió la cabecita en el pecho de su padre bueno. Y en mucho, mucho tiempo, no la levantó, aunque, ¡de veras!, le picaba la barba.

\*

Hubo paseo por el jardín, y almuerzo con un vino de espuma debajo de la parra, y el padre estaba muy conversador, cogiéndole a cada momento la mano a su mamá, y la madre estaba como más alta, y hablaba poco, y era como música todo lo que hablaba. Piedad le llevó al cocinero una dalia roja, y se la prendió en el pecho del delantal: y a la lavandera le hizo una corona de claveles: y a la criada le llenó los bolsillos de flores de naranjo, y le puso en el pelo una flor, con sus dos hojas verdes. Y luego, con mucho cuidado, hizo un ramo de nomeolvides. «¿Para quién es ese ramo, Piedad?». «No sé, no sé para quién es: ¡quién sabe si es para alguien!». Y lo puso a la orilla de la acequia, donde corría como un cristal el agua. Un secreto le dijo a su madre, y luego le dijo: «¡Déjame ir!». Pero le dijo «caprichosa» su madre: «¿Y tu muñeca de seda, no te gusta?, mírale la cara, que es muy linda: y no le has visto los ojos azules». Piedad sí se los había visto; y la tuvo sentada en la mesa después de comer, mirándola sin reírse; y la estuvo enseñando a andar en el jardín. Los ojos era lo que le miraba ella: y le tocaba en el lado del corazón: «¡Pero, muñeca, háblame, háblame!». Y la muñeca de seda no

le hablaba. «¿Conque no te ha gustado la muñeca que te compré, con sus medias de encaje y su cara de porcelana y su pelo fino?». «Sí, mi papá, sí me ha gustado mucho. Vamos, señora muñeca, vamos a pasear. Usted querrá coches, y lacayos, y querrá dulce de castañas, señora muñeca. Vamos, vamos a pasear». Pero en cuanto estuvo Piedad donde no la veían, dejó a la muñeca en un tronco, de cara contra el árbol. Y se sentó sola, a pensar, sin levantar la cabeza, con la cara entre las dos manecitas. De pronto echó a correr, de miedo de que se hubiese llevado el agua el ramo de nomeolvides.

\*

«¡Pero, criada, llévame pronto!». «¿Piedad, qué es eso de criada? ¡Tú nunca le dices criada así, como para ofenderla!». «No, mamá, no: es que tengo mucho sueño: estoy muerta de sueño. Mira: me parece que es un monte la barba de papá: y el pastel de la mesa me da vueltas, vueltas alrededor, y se están riendo de mí las banderitas: y me parece que están bailando en el aire las flores de zanahoria: estoy muerta de sueño: ¡adiós, mi madre!: mañana me levanto muy tempranito: tú, papá, me despiertas antes de salir: yo te quiero ver siempre antes de que te vayas a trabajar: ¡oh, las zanahorias!, ¡estoy muerta de sueño! ¡Ay, mamá, no me mates el ramo!, ¡mira, ya me mataste mi flor!». «¿Conque se enoja mi hija porque le doy un abrazo?». «¡Pégame, mi mamá! ¡Papá, pégame tú! Es que tengo mucho sueño». Y Piedad salió de la sala de los libros, con la criada que le llevaba la muñeca de seda. «¡Qué de prisa va la niña, que se va a caer! ¿Quién espera a la niña?». «¡Quién sabe quien me espera!». Y no habló con la criada: no le dijo que le contase el cuento de la niña jorobadita que se volvió una flor: un juguete no más le pidió, y lo puso a los pies de la cama y le acarició a la criada la mano, y se quedó dormida. Encendió la criada la lámpara de velar, con su bombillo de ópalo: salió de puntillas: cerró la puerta con mucho cuidado. Y en cuanto estuvo cerrada la puerta, relucieron dos ojitos en el borde de la sábana: se alzó de repente la cubierta rubia: de rodillas en la cama, le dio toda la luz a la lámpara de velar: y se echó sobre el juguete que puso a los pies, sobre la muñeca negra. La besó, la abrazó, se la apretó contra el corazón: «Ven, pobrecita: ven, que esos malos te dejaron aquí sola: tú no estás fea, no, aunque no tengas más que una trenza: la fea es esa, la que han traído hoy, la de los ojos que no hablan: dime, Leonor, dime, ¿tú pensaste en mí?: mira el ramo que te traje, un ramo de nomeolvides, de los más lindos del jardín: ¡así, en el pecho! ¡Esta es mi muñeca linda! ¿Y no has llorado? ¡Te dejaron tan sola! ¡No me mires así, porque voy a llorar yo! ¡No, tú no tienes frío! ¡Aquí conmigo, en mi almohada, verás cómo te calientas! ¡Y me quitaron, para que no me hiciera daño, el dulce que te traía! ¡Así, así, bien arropadita! ¡A ver, mi beso, antes de dormirte! ¡Ahora, la lámpara baja! ¡Y a dormir, abrazadas las dos! ¡Te quiero, porque no te quieren!».



## JUANA LA CAMPA TE VENGARÁ

1970

CARLOS EDUARDO ZAVALETA

(peruano)



**F**rente a este mi último amo me quedo en pie para no sentir de cerca su casa bonita y llena de ventanales y libros por todas partes, pero él me dice como nunca siéntate, Juana, vamos a hablar como amigos, ya van tres años que trabajas en mi casa; pero yo digo no, muchas gracias, estoy bien así no más. Me dice que olvide a mis otros patronos por malos y perversos. Dice que por ser jóvenes nos hemos llevado bien, siempre que yo haya cumplido con mis obligaciones de cocinera y lavandera. Es la tercera o cuarta vez que me regaña por contestarle mal a su mujer, tan linda que me asusta cuando la veo.

Mientras agacho la cabeza me está diciendo quién soy, cómo salí de Oxapampa hasta la cocina de mi primera ama ya muerta, cómo me sentí al dejar el monte y subir a esa casa con ruedas y ronquidos que solo después supe llamar camión. Me cuenta hasta cómo, sin saberlo, yo estaba resentida de que mis padres me hubieran vendido por un corte de tocuyo de veinte soles. Lo dejo hablar: debe ser cierto lo que dice un maestro de colegio de Media como él. Después de todo, soy apenas una campa sin edad precisa aunque joven, sin una partida de nacimiento o bautismo, sin nadie más en el pueblo con mi forma de cabeza, cara y piernas. Dice que ha investigado bien toda mi vida antes de recibirme en su casa y enseñarme a leer y escribir tan bien como a cualquier señorita. Ahora eres otra, puedes pasar muy bien por mi sobrina, me sonrío. Y te gusta leer revistas y periódicos más que a mi mujer. ¿Te acuerdas cómo llegaste...? Y sigue y sigue hablando como un loro: que lo haga si cree que va a cambiarme.

Pagaron por ti un corte de tocuyo de veinte soles en el mercado de Oxapampa, dice; a tu lado se vendían plátanos para hacer pan, toda clase de yuca y tapioca, piñas y paltas mejores que las que llevan a Lima y unos monos chicos para comer, son ricos, ¿verdad?, especialmente la cabeza que se la chupa durante horas. Tú eras otro monito gritón y miedoso, escondido en los andrajos de tu madre. Claro que ella no te ofrecía en voz alta ni decía tu

precio, pero los hombres de La Merced o San Ramón ya sabían cómo comprar niñas. Ella les pidió dos cortes de tocuyo o seis tarros de anilina alemana, o una lampa nueva, o dos machetes filudos y de buen tamaño, así fueran usados. Pero dos de esos mercachifles, que metían desafiantes las botas en el barro, le dijeron un corte de tocuyo o nada; y empezaron a irse para que tu madre te cargara y los siguiera, rogándoles que te compraran de una vez.

¡Mamá! ¡Mamita! ¿No me oyes? ¿Has muerto o no? Nada sé de ustedes.

No te diste cuenta, sigue diciendo él. En cosa de un rato ya estabas arriba en el camión de los mercachifles, sentada en la plataforma y mirando al cholito de diez años que se había puesto entre los chanchos y tú, para que no te comieran. Sin duda gritaste mucho viendo que tu madre te dejaba, pero eso pasaría pronto o jamás, como todo en el mundo. Con el camión en movimiento la tierra dio vueltas por primera vez para ti y el monte fue como un solo árbol, cortado en dos por la cicatriz del camino, sobre el que ya caían hojas y ramas para tratar de borrarlo. El cholito no entendió lo que pudiste hablar y tú creíste por un momento que los chanchos, nuevos para ti, conspiraban en su propio lenguaje; subiendo entre muchas vueltas, terminaste por gruñir como ellos y vomitar un embarrado de plátano y yuca que hizo fruncir la cara del chico que se alejó de ti.

Oh, sí, veo a ese chiuchi, fruncido y asustado, como a un hermanito que no tuve.

Cada vez que el vómito te exprimía haciendo crecer de dolor tu cabeza, el camión se paraba, uno de los hombres abría la reja de atrás y los dos con el chico bajaban a un chanco gritón y lo vendían en una puerta, no por un corte de tocuyo sino por plata o billetes. Y otra vez la marcha, el vómito, los fuertes latidos dentro o fuera de la cabeza, y de nuevo un chanco menos que gruñía y pataleaba al despedirse. Y luego te quedaste solita en la plataforma, porque hasta el chico fue vendido en otra puerta (lo creíste así aunque solo había vuelto a su casa después de trabajar). El camión entró por un camino muy largo lleno de gente y puertas, gente y puertas. En vez de chozas había unos grandes bultos techados para la gente, y por todas partes animales con ruedas como este, o más pequeños, moviéndose y produciéndote un dolor en los ojos y el estómago. Así conociste La Merced. En la plaza te dejaron como en una jaula para que los curiosos te miraran, una campa, oh una campa del monte, sentadita en la plataforma, envuelta en la manta rota —lo único que te dejó tu madre—, y sin poder hablar, primero porque apenas estabas aprendiendo a hacerlo cuando empezó este viaje, y luego porque la boca de los curiosos era totalmente nueva y rara. Hasta que tus dueños los apartaron, subieron adelante, se movió el gran animal con ruedas y allá seguiste bajo el sol de la tarde por tierras que al fin se veían un poco entre los árboles. Era San Ramón, donde una banda de viejos y viejas se paseaba por la plaza y te descubrió en el camión, hasta que una pareja de ellos pagó el precio y te llevó a su cocina cuadrada y pequeñita,

con el suelo lleno de hormigas y cruzado por los viajes de cuyes y conejos; te sentaste quieta como una gallina enferma, mirando el fogón de donde sabías que tarde o temprano vendría la comida.

Me río si cree él que sufro con su cuento; me río y me tomo feliz esa primera sopa que me dieron ahí en el suelo.

Después, cuando dijeron que mataste a la vieja, los guardias te preguntaron por qué la escogiste a ella y no a tu amo, un tinterillo famoso por sus maldades. Para mí es fácil de explicar: la vieja estuvo más cerca de ti que el otro y te insultó desde el primer día, molesta porque no entendías sus órdenes ni su mímica. Cuando abrió el pesebre con pocos chanchos, sin duda para enseñarte a darles de comer el sango, te fuiste derecho a dormir a ese lado; pero ella, con dos tirones de pelos, te volvió a la cocina para que los cuyes y conejos te enredaran las piernas con sus chillidos y vocecitas. Así comenzaron la muerte de la vieja, sus gritos señalándote el nombre de las cosas mientras ella cogía las cosas mismas en alto, metiéndotelas por los ojos; sus empujones en una dirección para que fueras en esa dirección; sus miradas furiosas sobre las ollas para que aprendieras cómo hacía los potajes; los golpes sobre ti y hasta sobre la escoba de ramas, si barrías mal; y los extraños modos de conectar ese demonio llamado plancha, que a veces podía servir para jugar con la ropa y a veces para quemarla tan bonito, haciéndole huecos en forma de plancha, y los huecos tan profundos que podían irse hasta el suelo, a través de la ropa y la mesa.

Al principio la vieja fue un solo grito que no paraba, un gusano en tus orejas. Con el tiempo su mirada no solo fueron sus ojos huecos con otros ojos adentro, sino sus dientes medio quemados, su boca sin labios, su cuerpo deforme, barrigón y jorobado —ah, cómo te ríes ¿no?—, una maldición que te miraba de arriba abajo, día y noche. Y todo mezclado con los nombres raros que les ponía a las cosas y las órdenes absurdas de ir allá cuando te había mandado acá, de cocinar esto cuando te había dicho barre no más, o limpia, o plancha esa camisa del señor. La obedeciste, pero no como ella quería: metiste a la olla otro animal, quemaste una parte de la cocina. Su cara se encendió más que el fogón y te vino a quemar con un leño de la bicharra, y cuando caíste y te hiciste un ovillo en el suelo, el mismo bulto que formaste al llegar, una manchita miserable en la cocina...

¡Qué estará diciendo, habla muy rápido!, ¿a qué hora vuelvo a mi cocina? Después dirá que soy demorona.

... ella llamó al viejo de su marido y te señaló echando espuma por la boca, hasta que el viejo se animó a probarte con los pies, y como estabas dura, te metió los zapatos en la barriga y las piernas. Esa fue la primera gran paliza, allá por 1945. ¿Me equivoco o no?

Si usted lo dice, así debe ser, señor.

Te quedó la lección aunque ella no lo soñara, ¿verdad? Aprendiste el nombre de las cosas, una gran parte de lo que no debía hacerse, las costumbres del

lavado en la acequia del pesebre, de ensuciarte y hacer del cuerpo solo junto a las matas de chincho para el ají, de comer metiendo las manos en las ollas y consumirte de sueño frente al fogón, pero de pie, y sin doblar las rodillas.

Anda, sigue no más. ¿Ya te cansaste? ¿Adónde irás a parar?

Crecías y abultabas más cada semana, pero solo supiste quién eras un domingo que la vieja se tardó en la calle y creíste entrar en su dormitorio, pero te metiste un buen trecho, casi un viaje, dentro del enorme espejo de su ropero: tenías la cabeza en forma de canoa, en tu cara se veían las líneas azules del tatuaje, tus dientes enfermos estaban muy flojos, tus pelos eran una cortina estilo reina Cleopatra, *sí, sí, eso me dijo una vez que su mujer me pegó, para pasarme la mano: reina bien fregada y jodida como yo*, seguiste mirando tu cara larga como un cuchillo, esos brazos largos de mono, esas piernas arqueadas de enana, *al fin, al fin se atreve a insultarme*, y aquellos zapatones de soldado que te hacían arrastrar los pies... Entre esos dos sitios, la cocina y el espejo del dormitorio, empezaste a contar los días sin saber todavía los números, así como tampoco sabías ver el reloj, ese aparatito brujo que estando lejos de la cocina tenía que ver con las ollas y con los puños de la vieja que te entraban por las costillas. Hasta que una mañana la cocina se te escapó corriendo y ya no pudiste volverla a su sitio. Se movía y te engañaba por todas partes. Creíste haber parado la olla de agua con agua, pero estaba seca y se partió sobre la candela en momentos de entrar la vieja; después le llegó el turno a la leche, otra agua que sin duda se había metido en la olla con su burra o vaca entera, se hinchó hasta arrojar la tapa, chasna y chasna como la misma fiebre de la vieja que ya había empezado a pegarte.

¡Bruta, animal, idiota!, gritó al preguntar qué tenías en la tercera olla. No supiste el nombre pero la abriste: de la carne de varios días que habías guardado para mordisquear solita salieron unos gusanos lindos, blancos y gordos, incapaces de molestar a nadie y mucho más tranquilos que los cuyes de la cocina. La vieja dio un nuevo grito y te echó a la cara esos pobres gusanos cuyos gemidos de dolor creíste oír. Y la carne estaba ahora por el suelo, con lo valiosa que era siempre para ti, y entonces hubo que darle su merecido con lo primero que hallaras, el cuchillo del tamaño de tu brazo manejado solo para seguir el movimiento de la vieja, la invitación al cuchillo *¿invitación?, ¿acaso es un baile?* para unir a ambos como querían, junto a la paletilla, dos veces y nada más, porque el viejo, con la misma brujería del reloj, estando lejos descubrió lo que sucedía y llegó a tiempo o destiempo, imposible decirlo.

Fue la primera patrona que maté, digo por fin, empezando a sudar.

No la mataste de veras, la heriste, dice él. La mató su marido por no querer curarla hasta que la vieja reventó por la hemorragia del pulmón agujereado: el hombre ni siquiera pensó en llamar a un médico.

Estaba enamorado de una señorita joven y linda, digo.



Sí, sí, claro, y por eso divulgó la noticia de que su mujer estaba enferma de neumonía, de *costado* como le llaman acá, para decir unos días después que había muerto, y todavía la veló dos noches en ese pueblo donde no se necesita un certificado de defunción para enterrar a nadie. Después de todo le hiciste un gran favor y así el viejo pudo mudarse aquí a Tarma a empezar su nueva vida con la otra mujer.

Y en el velorio estaba esa señorita, le cuento yo, pero él ya lo sabía.

La que fue después tu ama, dice.

Tan suavcita y buena al comienzo que no soñé cómo cambiaría. Se lo juro.

Tenía sus planes y por eso empezó a congraciarse contigo: te pasó la mano por los pelos y cada domingo te llevó primero a misa y luego al mercado por las calles llenas de tiendas, las tiendas llenas de telas, las telas llenas de colores, los colores llenos de ojos que te miraban, *¡sigue, sigue, y yo llena de felicidad, sin pensar en ollas ni sopas!*, y tú llevando las canastas por en medio de la gente, sin poder igualar el paso tan prosista de tu ama joven. Después de pasar ella, los ojos de los hombres te envolvían mareados como si también fueras alguien digna de admiración o envidia, mientras oías frases claras y fáciles, sin comprenderlas aún.

Mameta, mameta, la llamabas: ¿qui cosa is puta? ¿Alguito bueno como pan o azúcar?

*¡Jajay, tarmeños, qué risa, igualito a lo que hablaba me está remedando!*

¡Calla, cochina!, gritaba ella. ¿Quién te enseñó a decir eso?

Esos mochachos pasando ti luan decíu, constestabas tú.

¿A mí?, se sorprendía ella al comienzo, pero después largaba a reírse: A ver, a ver ¿qué has oído que me decían esta vez?, preguntaba.

Cololendo.

Soltaba la risa y pedía: A ver, dilo de nuevo.

Cololendo.

Culo lindo, pronunciaba ella despacio, al fruncir la boca como para un beso. Culo lindo: vamos, repite.

Cololendo.

Se apretaba el estómago de la risa, así como tú ahora, ya, ya, basta Juana, cómo nos divertimos ¿no?, y bueno, así fue tomándote confianza, recortándote ella misma el pelo, haciéndote cosquillas y regalándote sus trajes usados, sus zapatos de tacón alto adonde subirse era muy difícil, o llevándote a una casa que se llamaba cine y donde había un enredo de sombras, un hombre que venía a ti con una vela encendida por un pasadizo interminable, y detrás, en puntitas de pie, lo seguía un monstruo con los colmillos afuera, babeando porque ya iba a comérselo, y a tu lado tu patrona y un hombre gritaban cogidos de la mano y todos los niños del cine movían sus sillas chillando menos que tú: al caerse la vela, el monstruo apretó las manos sobre el cuello de todos y la gritería fue tal que debiste cerrar los ojos decidida a no abrirlos más, hasta que del fondo surgió la lindura de un río

con sus orillas tejidas de árboles y te quedaste fría, sintiendo que eso eras tú, que de ahí venías, pero que ya era imposible volver, y seguiste mirando con fuerza en los ojos, dispuesta a volar y meterte ahí, aunque el río se fue y te quedaste con sed, sin comprender que tu ama en la oscuridad estaba comiéndose la boca de ese hombre y que se abrazaban hasta hacer crujir las sillas. Esa casa no se llamó para ti como se llamaba la película sino nada más que *El río*, y varias veces volviste con tu ama y el hombre desconocido, pero jamás viste de nuevo caer la vela ni la mano apretando todos los cuellos, ni el río o sus árboles que habían muerto para siempre, dejándote sola.

Se llamaba *La venganza de no se quién*, de un nombre raro, digo.

Una noche, después de lavar las ollas y ensartar el trozo de carne en el alambre a la intemperie, tendiste en el suelo tu cama de pellejos donde no tardarías en morir hasta resucitar mañana bien temprano. Empezaste a cantar no sabías qué, una larga canción que te obligaba a repetir los sonidos y volver sobre ellos varias veces, quizá algo que duraría horas y días. De repente se abre la puerta y entra algo así como el monstruo con la vela encendida; coges el hacha de partir la carne y sin duda diste un grito. Tu viejo patrón estaba ahí con el lamparín de querosene y finalmente te arrolló y te dejó sin hacha, cogiéndote de los pelos:

¿Dónde está mi mujer? ¡Tú lo sabes! ¿Con quién va al cine?

¡Uy, señor, casi me muero!, grito yo también, y empiezo a temblar como si viera otra vez al condenado. El viejo me quería matar, sí, sí, y yo entonces...

Al salir ya te había tirado al suelo con un par de puntapiés, te dejó ardiendo y latiendo el cuerpo con tanta fuerza que se te fue el sueño hasta la medianoche, cuando oíste gritar a la señora y nacieron otros ruidos salvajes allá en el dormitorio. Sonriendo, casi feliz de que a ella también la golpeará, te pusiste a dormir.

¡Ya quisiera, don! ¡Cómo se sabe que usted no estuvo ahí!

Bueno, como sea, a la mañana siguiente le tocó a la señora entrar en la cocina, transformada su cara preciosa por la tunda del viejo. ¡*Tú se lo contaste!* ¡*Fuiste tú, campá del demonio!*, chillaba, y se te fue encima. Por un rato pensaste en recoger el hacha, pero por la poca fuerza de sus manos cerraste la puerta para castigarla de arriba abajo, de atrás adelante, en medio de tantos pelos y ropas, tumbándola sobre tu cama de pellejos mientras lloraba como una criatura. Sabías que el viejo había salido y así nadie podía robarte esa felicidad. Te olvidaste, claro está, de los vecinos que oímos sus gritos de auxilio y rebuscamos por toda la casa para dar con la pobre, que más lloraba de susto que de dolor. Así, por fin, te conocí de cerca. Te había visto desde el día que llegaste ahí al lado y siempre te miré con curiosidad, no lo niego.

¿Por mi cabeza fea como un mate, por mis rayas pintadas en la cara, por mis piernas torcidas...?

No lo niego, porque eres campá y nada más, sin pensar en hacerte daño. Te veía comprar el pan, recibir la leche en tu olla o acompañar a tu

ama a misa o al mercado. Esa vez te di de tomar un calmante y me quedé en la cocina a conversar contigo. ¿Te acuerdas? Los demás vecinos se fueron con el cuento de que eras una salvaje y que, si estuviste casi por matar a tu segunda ama, con toda seguridad que mataste a la primera.

Me acuerdo, pero usted me preguntaba tanto y yo tenía que cocinar.

Te vi hacer tan bien el locro de zapallo, hervir en su punto las ocas, resbalar tan bien con ceniza el mote de trigo o maíz, hacer el arroz, lo más difícil para una cocinera, además de barrer la casa de arriba abajo, que desde ahí me dio la idea de traerte a mi casa.

Gracias por defenderme de los guardias, señor, pero usted sabe que tarde o temprano me iré.

También he pensado en eso. Quizá te vayas a Lima donde a lo mejor estudias para secretaria o te pones a trabajar en una tienda.

No se burle, don, no me engañe.

Y tú no me hagas pensar que eres tonta. ¿Por qué no te escapaste luego de la pelea con tu patrona? Otra empleada hubiera pensado que el viejo te mandaría en el acto a la cárcel, cosa que todos los vecinos dábamos por seguro. Habría sido algo normal, ¿no? ¿Por qué volviste?

Medio que me río cerrada la boca y mirando a otro lado.

¿Quién se burla de quién? Te diré yo por qué: el viejo no te denunció, aunque los guardias se lo pidieron, por miedo a que contaras cómo murió su primera mujer; y además, iba a premiarte por haberle dado una paliza a esta su segunda mujer que lo engañaba con el hombre del cine. Así, no te pasó nada, y desde entonces (yo te miraba por la ventana de mi casa) te lucías oronda por el patio, pasando el tiempo en peinarte y sacarte las liendres y en hacer primero *tus cosas*. El viejo debió tomar otra muchacha para la cocina y tú solamente lavarías la ropa, cantando en la acequia junto al pesebre. Fue ahí donde asustaste a una señora Bolaños ¿no?

Hoy sí me río de golpe, sin tiempo de taparme los poquitos dientes que me quedan.

No vi la escena pero la imagino, dice él. Tú y tu amiga la sirvienta de la señora Bolaños cantaban felices y lavaban la ropa de sus patronas, cuando la vieja Bolaños, esa flaca, ese hueso para perros, llega a la acequia y empieza a regañar a tu amiga porque se demora mucho, porque dejó cortarse la leche del día anterior, porque se agarró dos panes en vez de uno... Entonces le da un segundo para responder, pero, con el susto, a la india se le traba la lengua y solo se cubre la cara con los brazos, esperando los golpes. *Tienes la conciencia sucia y por eso tiembles*, dice ella. *¡Contéstame!*, si bien la otra ya olvidó con los nervios de qué se trataba y vuelve a taparse la cara. *Te frunces así para que digan que te pego, ¿no?*, grita después y le va a tirar de las trenzas cuando tú le das un empujón. *Si le toca un pelo a mi amiga yo la mato*, le dices tranquilamente. *O sea que mejor váyase volando*. Y te vuelves a la india para calmarla: *No te asustes, Juana la Campa te vengará*

*si algo te hacen.* Con los ojos que se le salen la señora Bolaños retrocede y grita: *¿Y quién eres tú para defenderla? ¡Campa salvaje! ¡Con razón matas a tus patronas! ¡Campa salvaje!*, pero ya lo dice saltando la pirca del pesebre y corriendo por la calle principal, perseguida por ti.

Se me fue la risa: con los puñetes bien cerrados me veo persiguiendo a esa vieja, pero también escapo de los guardias y de este mi nuevo amo que corre detrás: lo estoy oyendo.

Menos mal que ese día corrimos y eso fue todo, ¿verdad, Juana? Te juro que para mí lo peor fue por la noche, cuando ya había creído que todos en el barrio dormiríamos en paz. Oí unos golpes raros en el suelo de tu casa (todo se oye de una pared a otra en las casas de Tarma) y después no solamente unos gritos de tu ama, sino gritos tuyos, cosa muy extraña, pues siempre he pensado que tú eres más valiente y aguantas más el dolor que cualquier hombre. Me vestí y corrí como un loco. Sin tocar el portón subí a oscuras por el lado del pesebre y entré igualito que un ladrón; en la cocina no estabas ni tampoco en la sala. Me metí corriendo en el dormitorio, como si hubiera mucho sitio para correr, y te hallé, ¿recuerdas?, con las manos cubriendo tus ojos, espantada de los hachazos que tu ama joven y bonita, pero convertida en un monstruo, le daba al viejo en la cama, al viejo que ya estaba muerto y que ella seguía despedazando entre manchas de sangre, una lluvia increíble que también me hizo gritar. Y luego te entregó el hacha y te pidió a voces: *¡Dale tú también! ¡Te pagaré, Juana! ¡Dale tú también! ¡Mátalo, por favor!*

Suerte que usted vio la verdad, digo, temblando y sudando otra vez; el pueblo entero iba a lincharme cuando ella dijo que yo lo había matado. Ya era una costumbre decir que todo lo malo lo hacía yo, Juana la Campa.

Parece mentira que hayan pasado varios años de eso, que tú tengas más de veinte y que yo siga enseñando en el mismo colegio, casado y con un hijo. Estamos viejos ¿no, Juana?

Yo sí y hasta sin dientes, pero usted nunca, señor, digo. Por usted no pasan los años; se le ve menor que yo.

Ya te haré componer esas muelas podridas desde tu niñez, si tú me haces un gran servicio, dice él. Mira que te he defendido de los guardias y te he enseñado a hablar, leer y escribir como a una señorita.

¿Cuál servicio, don?

Sé que hace tiempo quieres irte de mi casa aunque no lo digas. Quizá solo esperes que arregle tus papeles, tu partida de bautismo y lo demás, para luego escaparte a Lima el rato menos pensado.

Agacho los ojos pasando la lengua por mis encías duras como callos.

No te reprocho nada, pero debo viajar urgente a Lima para asuntos de mi trabajo y no voy a dejar solos a mi mujer y mi hijo, sin nadie que les cocine, lave y planche. Solamente dos meses, Juana; después vuelvo, arreglo tus papeles y te vas adonde te dé la gana. ¿Qué dices?

Mejor no se vaya, don.

Es que debo ir de todos modos.

Pero mejor sería...

Tengo que hacerlo.

Si es así está bien, señor.

Se queda asustado del poco rato que le costó convencerme y me mira dos y tres veces, pero al fin me da la mano diciendo que hemos sellado un compromiso y me deja ir después de tenerme una hora parada en su escritorio lleno de ventanales y libros.

Estoy cansada al volver a la cocina, pero todavía hay que lavar las ollas, secar los platos y cubiertos uno por uno, quitar la ropa de los cordeles del patio, echarle harta agua al filtro de piedra. Casi me muevo dormida poniendo la mesa con las tazas del desayuno de mañana. Eso sí, trato de abrir bien los ojos al devolver a su sitio los biberones del chiquito, que ya he roto muchos y no quiero más líos con su madre. Por poco llego gateando a mi cama en el suelo: tengo más de veinte años como él dice, y hablo y escribo como una señorita, pero mi cama sigue siendo de inmundos pellejos llenos de pulgas, hormigas y arañas. Me quito el traje regalado por *ella* y en vano pretendo dormir con el discurso del señor en mis oídos, con el servicio que debo hacerle. Dos meses sin él, y yo sola frente a su mujer bonita y limpia, blanca igual que una sábana, sus pelos negros como la noche, su boca tan feliz cuando lo mira y sus dientes tan bestias cuando me apuntan y odian, mientras sus ojos se queman de veras en la luz. Y a cada rato empujándome con sus uñas que rasgan. ¡Cuántas veces no le habré oído reírse de mi cabeza larga como un chichayo, de mis colmillos de Drácula (así los llama), de mi tatuaje de chuncha! *La soporto porque mi marido la está estudiando*, les dice ella a sus amigas; *solo por eso. La estudia para escribir una tesis sobre la conducta de los campos. Por mí la botaría mañana mismo y me buscaría una menos salvaje y más limpia.* Y sus amigas se ríen sin preguntar, eso no, si alguna vez me han pagado un sueldo que no sea un traje viejo o una propina que me da justo para la cazuela del cine, ahí donde solo suben los hombres.

Quiero dormir, pero también hay que levantarse y resolver esto cuanto antes. No hay tiempo para caerse de sueño. Me visto de nuevo y muy calladita porque mi patrón sabe todo lo que sucede en la casa, día y noche. A él nadie lo engaña. Vestirme en silencio, recoger mi atadito de ropa que por años me ha esperado ahí, bajo el fogón, y escaparme con los zapatos viejos (también regalados por ella) en la mano para no quedarme a solas con su mujer.

Me falta muy poco: apenas cruzar medio patio, quitar el pestillo, abrir y juntar el portón y echarme a correr hasta el mercado donde siempre hay camiones para Lima. Pero, ¿no ve?, ya él se dio cuenta. Ha prendido su luz y grita: ¿Eres tú, Juana? Sigo mi camino rogando que todavía tarde en vestirse, pero justo he llegado al Club Social Tarma cuando lo veo corriendo con zapatillas y bata. Me da pena porque va a resfriarse

con lo delicadito que es. Corro lo más que puedo, segura de ganar, fuerte como soy, pero él es tan decidido que hace un gran esfuerzo y ya me pisa los talones.

Un trecho más arriba está la plaza de armas llena de gente paseando como en las retretas de los domingos. Hasta la medianoche se divierten aquellos ociosos. Es ahí donde mi patrón llama a sus amigos, hombres y mujeres, para formarme un cerco, me da el primer manotón y grita:

¡Atájenla! ¡Que no se vaya! ¡Yo la he comprado y no puede irse sin mi autorización!

Entonces lo miro fijamente, sintiendo que las palabras están de su lado y no me defenderán, y sé que los dos vemos a su mujer muerta en mi cocina y que esta vez no habrá salvación.

Por favor, déjeme ir, le pido.

¡De ninguna manera!, dice él.

Se lo ruego, señor...

¡Nada, nada!

Y otra vez sé que él y yo vemos a su mujer muerta a mis pies en la cocina, sin que él me defienda ante los guardias.

¿Por qué no la mata usted solo y me deja en paz?, digo en voz baja.

No sé de qué hablas, mujer.

Entonces grito:

*¿Por qué no la mata usted solo y me deja en paz?*

¡Calla, animal!, grita a su vez, más fuerte que yo, para después llamar de nuevo a sus amigos: ¡Vamos, agárrenla entre todos!

¡Cuidado que me muerdas, campa!, dice el primero de ellos, y viene contra mí, cerrando el cerco.



## EL REY DEL MONTE

1874

RICARDO PALMA

(peruano)

### I

Que, entre otras cosas, trata de cómo la reina  
de los terranovas perdió honra, cetro y vida

Con el cristianismo, que es fraternidad, nos vino desde la civilizada Europa, y como una negación de la doctrina religiosa, la trata de esclavos. Los crueles expedientes de que se valían los traficantes en carne humana para completar en las costas de Arica el cargamento de sus buques y la manera bárbara como después eran tratados los infelices negros no son asuntos para artículos del carácter ligero de mis *Tradiciones*.

El esclavo que trabajaba en el campo vivía perennemente amagado del látigo del grillete, y el que lograba la buena suerte de residir en la ciudad tenía también, como otra espada de Damocles, suspendida sobre su cabeza, la amenaza de que, al primer renuncio, se abrirían para él las puertas de hierro de un amasijo.

Muchos amos cometían la atrocidad de *carimbar* o poner marca sobre la piel de los negros, como se practica actualmente con el ganado vacuno o caballar, hasta que vino de España real cédula prohibiendo la *carimba*.

En el siglo anterior empezó a ser menos ruda la existencia de los esclavos. Los africanos, que por aquel tiempo se vendían en el Perú a precio más o menos igual al que hoy se paga por la contrata de un colono asiático, merecieron de sus amos las gracias de que, después de cristianados, pudieran, según sus respectivas nacionalidades o tribus, asociarse en cofradías. Aun creemos que vino de España una real cédula sobre el particular.

Andando los años, y con sus ahorrillos y gajes, llegaban muchos esclavos a pagar su carta de libertad y entonces se consagraban al ejercicio

de alguna industria, no siendo pocos los que lograron adquirir una decente fortuna. Precisamente la calle que se llama de Otárola debió su nombre a un acaudalado chala o mozambique, del cual, pues viene a cuento, he de referir una ocurrencia.

Colocose en cierta ocasión en la puerta de un templo una mesa con la indispensable bandeja para que los fieles oblasen limosnas. Llegó su excelencia el virrey y echó un par de peluconas, y los oídores, y damas, y cabildantes, y gente de alto coturno hicieron resonar la metálica bandeja con una onza o un escudo por lo menos. Tal era la costumbre o la moda. De repente presentose *taita Otárola*, seguido de dos negros, cada uno de los que traía a cuestras un talego de a mil duros, y sacando del bolsillo medio real de plata lo echó en la bandeja, diciendo:

—Esta es la limosna.

Luego mandó avanzar a los negros, y colocando sobre la mesa los dos talegos añadió:

—Esta es la fantasía.

Ahora comenten ustedes a sus anchas la cosa, que no deja de tener entripado.

Como era consiguiente, muchas de las asociaciones de negros llegaron a poner su tesorería en situación holgada. Los angolas, caravelís, mozambiques, congos, chalas y terranovas compraron solares en las calles extremas de la ciudad, y edificaron las casas llamadas cofradías. En festividades determinadas, y con venia de sus amos, se reunían allí para celebrar jolgorios y comilonas a la usanza de sus países nativos.

Estando todos bautizados, eligieron por patrona de las cofradías a la Virgen del Rosario, y era de ver el boato que despleaban para la fiesta. Cada tribu tenía su reina, que era siempre negra y rica. En la procesión solemne salía esta con traje de raso blanco, cubierta de finísimas blondas valencianas, banda bordada de piedras preciosas, cinturón y cetro de oro, arracadas y gargantilla de perlas. Todos echaban, como se dice, la casa por la ventana y llevaban un caudal encima. Cada reina iba acompañada de sus damas de honor, que por lo regular eran esclavas jóvenes, mimadas de sus aristocráticas señoras, y a quienes estas por vanidad engalanaban ese día con sus joyas más valiosas. Seguía a la corte el populacho de la tribu, con cirio en mano las mujeres y los hombres tocando instrumentos africanos.

Aunque con menos lujo, concurrían las cofradías a las fiestas de San Benito y Nuestra Señora de la Luz, en el templo de San Francisco y a las procesiones de Corpus y Cuasimodo. En estas últimas eran africanos los que formaban las cuadrillas de diablos danzantes que acompañaban a la *tarasca*, *papahuevos* y *gigantones*.

La reina de los terranovas, en 1799, era una negra de más de cincuenta inviernos, conocida con el nombre de *mama Salomé*, la que,



habiendo comprado su libertad, puso una mazamorrería; y el hecho es que cundiendo la venta del artículo adquirió un fortunón tal que la aclamaron, *nemine discrepante*, por reina y señora.

Probablemente los limeños del siglo anterior se engolosinarían con la mazamorra, cuando los provincianos les aplicaban a guisa de injuria el epíteto de *mazamorreros*. ¡Ahí nos las den todas! Tanta deshonra hay en ello como en mascar pan o *chacchar coca*.

A Dios gracias, hoy estamos archicivilizados, y no hay miedo de que nos endilguen aquel mote que nos ruborizaba hasta el blanco de los ojos. A la inofensiva mazamorra la tenemos relegada al olvido, y como dijo mi inolvidable amigo el festivo y popular poeta Manuel Ascencio Segura:

Yo conozco cierta dama,  
que con este siglo irá,  
que dice que a su mamá  
no la llamó nunca *mama*,  
y otra de aspecto cetrino  
que, por mostrar gusto inglés,  
dice: «Yo no sé lo que es  
mazamorra de cochino».

Lo que hoy triunfa es la cerveza de Bass, marca T, y el *bitter* de los hermanos Broggi. ¡Viva mi Pepa!

Impulso de blandir la cachiporra  
nunca a nadie inspiró la mazamorra,  
que ella no daba bríos  
para andarse buscando desafíos,  
ni faltar al respeto cortesano  
a la mujer, al monje o al anciano.  
Mientras hoy, con un vaso de cerveza  
a cuestras, o una copa vergonzante  
de *bitter* de Torino, hasta al gigante  
Goliat le rebanamos la cabeza;  
hablamos de tú a Cristo, y un piropo  
le echa a una dama el último galopo.  
¡La diferencia es nada!  
¿Ganamos o perdemos, camarada?

Basta de digresión y adelante con los faroles.

Años llevaba ya nuestra *macuita* en pacífica posesión de un trono tan real como el de la reina Pintiquiniestra. Pero, ¡mire usted lo que es la envidia!

Como nadie alcanzaba a hacer competencia a la acreditada mazamorrería de *mama Salomé*, otra del gremio levantó la especie de que la terranova era bruja, y que para hacer apetitoso su manjar meneaba la olla, ¡qué asco!, con una canilla de muerto, y canilla de judío, por añadidura.

¿Bruja dijiste? ¡A la Inquisición con ella! Y la pobre negra, convicta y confesa (con auxilio de la polea) de malas artes, fue sacada a la vergüenza pública, con pregonero delante y zurrador detrás, medio desnuda y montada en un burro flaco.

Y diz que lo que es frío o calor bien pudo tener; pero lo que es vergüenza, ni el canto de una uña, pues en la piel no se le notó la menor señal de sonrojo.

Entendido está que la Inquisición se echó sobre el último maravedí de la mazamorrera, y que los terranovas la negaron obediencia y la destituyeron. Barrunto que entre ellos sería caso de vacancia la acusación de brujería.

No conozco el artículo constitucional de los terranovas; pero me gusta y ya lo quisiera ver incrustado en el código político de mi tierra, en que tachas peores no fueron nunca pretexto para tamaño desaire.

*Mama Salomé*, reina de mojiganga o de mentirijillas, no se parecía a los soberanos de verdad, que cuando sus vasallos los echan del trono poco menos que a puntapiés, se van orondos a comer el pan del extranjero y engordan que es una maravilla, y *hablan a tontas y a locas* de que *Dios consiente, pero no para siempre*, y que como hay viñas, hay que volver a empuñar el pandero.

*Mama Salomé* no intentó siquiera una revolucioncilla de mala muerte; se echó a dar y cavar en la ingratitud y felonía de los suyos, y a tal grado se le melancolizó el ánimo, que sin más ni menos se lo llevó Pateta.

## II

### De cómo la muerte de una reina influyó en la vida de un rey

*Mama Salomé* dejaba un hijo, libre como ella y mocetón de quince años, el cual se juró a sí mismo, para cuando tuviese edad, vengar en la sociedad el ultraje hecho a su madre encorozándola por bruja y a la vez castigar a los terranovas por la rebeldía contra su reina.

Cuentan que un día, sin que hubiese llegado el galeón de Cádiz trayendo noticias de la muerte del rey o de un príncipe de la sangre, ni fallecido en Lima magnate alguno, civil o eclesiástico, las campanas de la catedral principiaron a doblar solemnemente, siguiendo su ejemplo las de las infinitas torres que tiene la ciudad. Las gentes se echaban a las calles preguntando quién era el muerto, y la autoridad misma no sabía qué responder.

Interrogados los campaneros, contestaban, y con razón, que ellos no tenían para qué meterse en averiguaciones, estándoles prevenido que repitiesen en todo y por todo el toque de la matriz. Llamado ante el arzobispo, el campanero de la catedral dijo:

—Ilustrísimo señor: los mandamientos rezan: «Honrar padre y madre». La que me envió al mundo murió en el hospital esta mañana, y yo, que no tengo más prebenda que la torre, honro a mi madre haciendo gemir a mis campanas.

*Mutatis mutandis*, puede decirse que el hijo de Salomé pensaba como el campanero de marras, proponiéndose honrar con crímenes la memoria de su madre.

Gozaba Lima de aparente tranquilidad, pues ya se empezaba a sentir en la atmósfera olor a chamusquina revolucionaria, cuando de pronto cundió grave alarma, y a fe que había sobrado motivo para ella. Tratábase nada menos que de la aparición de una fuerte cuadrilla de bandoleros, que, no contentos con cometer en despoblado mil y un estropicios, penetraban de noche en la ciudad, realizaban robos y se retiraban tan frescos como quien no quiebra un plato ni cosa que lo valga. En diversas ocasiones salieron las partidas de campo con orden de exterminarlos; pero los bandidos se batían tan en regla, que sus perseguidores se veían forzados a volver grupas, regresando maltrechos y con algunas bajas a la ciudad.

Rara era la incursión de los bandoleros a la capital en que no se llevasen cautivo algún terranova, que pocos días después devolvían bien azotado y con la cabeza al rape. Con las mujeres terranovas hacían también lo mismo, y algo más. Una noche hallábase la reina de regodeo en la casa de la cofradía, cuando de improviso se presentaron los de la cuadrilla, azotaron a su majestad, y cometieron con ella desaguisados tales que, volando, volando y en pocos días, la llevaron al panteón. El trono quedó vacante, no habiendo quien lo codiciase por miedo a las consecuencias; lo que ocasionó el desprestigio de la tribu y dio preponderancia a las otras cofradías, partidarias entusiastas del *Rey del Monte*, título con que era conocido el negro hijo de *mama Salomé*, capitán de la falange maldita.

Contribuían a dar cierta popularidad al *Rey del Monte* las mentiras y verdades que sobre él se contaban. Solo los ricos eran víctimas de sus robos, y su parte del botín la repartía entre los pobres: no tenía jinete que lo superase, y en cuanto a su valor y hazañas, referíanse de él tantas historias que a la postre el pueblo empezó a mirarle como a personaje de leyenda.

Tan grande fue el terror que el famoso bandido llegó a inspirar, que los más poderosos hacendados, para verse libres de un ataque, se hicieron feudatarios, pagándole cada mes una contribución en dinero y víveres para sostenimiento de la banda.

En vano mandó el virrey colocar en los caminos postes con carteles ofreciendo cuatro mil pesos por la cabeza del *Rey del Monte*. Y pasaban meses y corrían años, y convencida la autoridad de que empleando la fuerza no podría atrapar al muy pícaro, que siempre se escabullía de la celada mejor dispuesta, resolvió recurrir a la traición.

Nada más traicionero que el amor. Una Dalila de azabache se comprometió a entregar maniatado al nuevo Sansón y a sus principales filisteos.

Pasando por alto detalles desnudos de interés, diremos que una noche, hallándose el *Rey del Monte* entre la espesura de un bosque, acompañado de su coima y de cuatro o seis de los suyos, Dalila cuidó de embriagarlos, y a una hora concertada de antemano penetraron en el bosque los soldados.

El *Rey del Monte* despertó al ruido, se lanzó sobre su trabuco, apuntó y el arma no dio fuego. Entonces, adivinando instintivamente que la mujer lo había traicionado, tomó el trabuco por el cañón y lo dejó caer pesadamente sobre la infeliz, que se desplomó con el cráneo destrozado.

### III Mañuco el parlampán

Si hubo hombre en Lima con reputación de *bonus vir* o de pobre diablo, este fue, sin disputa, el negro Mañuco.

Llamábanlo el *Parlampán* porque en las corridas de toros se presentaba vestido de monigote en la mojiganga o cuadrilla de *parlampanes*, y desempeñábase con tanto gracejo que se había conquistado no poca populachería.

Una tarde se exhibió en el redondel llevando dentro del cuerpo más aguardiente del acostumbrado, cogiolo el toro, y en una camilla llevaronlo al hospital. Vino el cirujano, reconoció la herida, meneó la cabeza murmurando *malorum*, y tras el cirujano se acercó a la covacha el capellán y oyó en confesión a Mañuco.

Vivió aún el infeliz cuarenta y ocho horas, y mientras tuvo alientos no cesaba de gritar:

—Señores, llévense de mi consejo: tranca y cerrojo..., nada de cerraduras..., la mejor no vale un pucho..., para toda chapa hay llave..., tranca y cerrojo, y echarse a dormir a pierna suelta...

Tanto repetía el consejo que el ecónomo del hospital de San Andrés pensó que aquello no era hijo del delirio, sino grito de la conciencia, y fuese al alcalde del barrio con el cuento. Este hurgó lo suficiente para sacar en claro que *Mañuco el Parlampán* había sido pájaro de cuenta, y tan diestro en el manejo de la ganzúa, que con él no había chapa segura, siquiera tuviese cien pestillos. Ítem, descubrió la autoridad que el

*honrado* Mañuco era el brazo derecho del *Rey del Monte* para los robos domésticos.

Ya lo saben ustedes, lectores míos: tranca y cerrojo.  
Concluyamos ahora con su majestad el *Rey*.

#### IV

#### Donde se ve que para todo Aquiles hay un Homero

Inmenso era el gentío que ocupaba la Plaza Mayor de Lima en la mañana del 13 de octubre de 1815.

Todos querían conocer a un bandido que robaba por amor al arte, repartiendo entre los pobres aquello de que despojaba a los ricos.

El *Rey del Monte* y tres de sus compañeros estaban condenados a muerte de horca.

La ene de palo se alzaba fatídica en el sitio de costumbre, frente al callejón de Petateros.

El virrey Abascal, que había recibido varios avisos de que grupos del pueblo se preparaban a armar un motín para libertar al sentenciado, rodeó la plaza con tropas reales y milicias cívicas.

La excitación no pasó de oleadas y refunfuños, y el verdugo, Pancho Sales, llenó tranquilamente sus funciones.

Al día siguiente se vendía al precio de un real de plata un chabacano romance, en que se relataban con exageración gongorina las proezas del ahorcado. Del mérito del romance encomiástico bastará a dar una idea este fragmento:

Más que el Rey, Cid de los montes  
fue por su arrojo tremendo,  
por fortunado en la lidia,  
por generoso y mañero;  
Roldán de tez africana,  
desafiador de mil riesgos,  
no le rindieron bravuras,  
sino ardides le rindieron.

Por supuesto que el poeta agotó la edición y pescó buenos cuartos.



## CARTAS DE AMOR TRAICIONADO

1989

ISABEL ALLENDE

(chilena)



**L**a madre de Analía Torres murió de una fiebre delirante cuando ella nació y su padre no soportó la tristeza y dos semanas más tarde se dio un tiro de pistola en el pecho. Agonizó varios días con el nombre de su mujer en los labios. Su hermano Eugenio administró las tierras de la familia y dispuso del destino de la pequeña huérfana según su criterio. Hasta los seis años Analía creció aferrada a las faldas de un ama india en los cuartos de servicio de la casa de su tutor y después, apenas tuvo edad para ir a la escuela, la mandaron a la capital, interna en el Colegio de las Hermanas del Sagrado Corazón, donde pasó los doce años siguientes. Era buena alumna y amaba la disciplina, la austeridad del edificio de piedra, la capilla con su corte de santos y su aroma de cera y de lirios, los corredores desnudos, los patios sombríos. Lo que menos la atraía era el bullicio de las pupilas y el acre olor de las salas de clases. Cada vez que lograba burlar la vigilancia de las monjas, se escondía en el desván, entre estatuas decapitadas y muebles rotos, para contarse cuentos a sí misma. En esos momentos robados se sumergía en el silencio con la sensación de abandonarse a un pecado.

Cada seis meses recibía una breve nota de su tío Eugenio recomendándole que se portara bien y honrara la memoria de sus padres, quienes habían sido buenos cristianos en vida y estarían orgullosos de que su única hija dedicara su existencia a los más altos preceptos de la virtud, es decir, entrara de novicia al convento. Pero Analía le hizo saber desde la primera insinuación que no estaba dispuesta a ello y mantuvo su postura con firmeza simplemente para contradecirlo, porque en el fondo le gustaba la vida religiosa. Escondida tras el hábito, en la soledad última de la renuncia a cualquier placer, tal vez podría encontrar paz perdurable, pensaba: sin embargo, su instinto le advertía contra los consejos de su tutor. Sospechaba que sus acciones estaban motivadas por la codicia de las tierras más que por la lealtad familiar. Nada proveniente de él le parecía digno de confianza, en algún resquicio se encontraba la trampa.

Cuando Analía cumplió diecisiete años, su tío fue a visitarla al colegio por primera vez. La madre superiora llamó a la muchacha a la oficina y tuvo que presentarlos, porque ambos habían cambiado mucho desde la época del ama india en los patios traseros y no se reconocieron.

—Veo que las hermanitas han cuidado bien de ti, Analía —comentó el tío revolviendo su taza de chocolate—. Te ves sana y hasta bonita. En mi última carta te notifiqué que a partir de la fecha de este cumpleaños recibirás una suma mensual para tus gastos, tal como lo estipuló en su testamento mi hermano, que en paz descanse.

—¿Cuánto?

—Cien pesos.

—¿Es todo lo que me dejaron mis padres?

—No, claro que no. Ya sabes que la hacienda te pertenece, pero la agricultura no es tarea para una mujer, sobre todo en estos tiempos de huelgas y revoluciones. Por el momento te haré llegar una mensualidad que aumentaré cada año, hasta tu mayoría de edad. Luego veremos.

—¿Veremos qué, tío?

—Veremos lo que más te conviene.

—¿Cuáles son mis alternativas?

—Siempre necesitarás a un hombre que administre el campo, niña. Yo lo he hecho todos estos años y no ha sido tarea fácil, pero es mi obligación, se lo prometí a mi hermano en su última hora y estoy dispuesto a seguir haciéndolo por ti.

—No deberá hacerlo por mucho tiempo más, tío. Cuando me case me haré cargo de mis tierras.

—¿Cuando se case, dijo la chiquilla? Dígame, Madre, ¿es que tiene algún pretendiente?

—¡Cómo se le ocurre, señor Torres! Cuidamos mucho a las niñas. Es solo una manera de hablar. ¡Qué cosas dice esta muchacha!

Analía Torres se puso de pie, se estiró los pliegues del uniforme, hizo una breve reverencia más bien burlona y salió. La madre superiora le sirvió más chocolate al caballero, comentando que la única explicación para ese comportamiento descortés era el escaso contacto que la joven había tenido con sus familiares.

—Ella es la única alumna que nunca sale de vacaciones y a quien jamás le han mandado un regalo de Navidad —dijo la monja en tono seco.

—Yo no soy hombre de mimos, pero le aseguro que estimo mucho a mi sobrina y he cuidado sus intereses como un padre. Pero tiene usted razón. Analía necesita más cariño, las mujeres son sentimentales.

Antes de treinta días el tío se presentó de nuevo en el colegio, pero en esta oportunidad no pidió ver a su sobrina, se limitó a notificarle a la madre superiora que su propio hijo deseaba mantener correspondencia con Analía y a rogarle que le hiciera llegar las cartas a ver si la camaradería con su primo reforzaba los lazos de la familia.

Las cartas comenzaron a llegar regularmente. Sencillo papel blanco y tinta negra, una escritura de trazos grandes y precisos. Algunas hablaban de la vida en el campo, de las estaciones y los animales, otras de poetas ya muertos y de los pensamientos que escribieron. A veces el sobre incluía un libro o un dibujo hecho con los mismos trazos firmes de la caligrafía. Analía se propuso no leerlas, fiel a la idea de que cualquier cosa relacionada con su tío escondía algún peligro, pero en el aburrimiento del colegio las cartas representaban su única posibilidad de volar. Se escondía en el desván, no ya a inventar cuentos improbables, sino a releer con avidez las notas enviadas por su primo hasta conocer de memoria la inclinación de las letras y la textura del papel. Al principio no las contestaba, pero al poco tiempo no pudo dejar de hacerlo. El contenido de las cartas se fue haciendo cada vez más útil para burlar la censura de la madre superiora, que abría toda la correspondencia. Creció la intimidad entre los dos y pronto lograron ponerse de acuerdo en un código secreto con el cual empezaron a hablar de amor.

Analía Torres no recordaba haber visto jamás a ese primo que se firmaba Luis, porque cuando ella vivía en casa de su tío el muchacho estaba interno en un colegio en la capital. Estaba segura de que debía ser un hombre feo, tal vez enfermo o contrahecho, porque le parecía imposible que a una sensibilidad tan profunda y una inteligencia tan precisa se sumara un aspecto atrayente. Trataba de dibujar en su mente una imagen del primo: rechoncho como su padre con la cara picada de viruelas, cojo y medio calvo: pero mientras más defectos le agregaba más se inclinaba a amarlo. El brillo del espíritu era lo único que resistiría el paso del tiempo sin deteriorarse e iría creciendo con los años, la belleza de esos héroes utópicos de los cuentos no tenía valor alguno y hasta podía convertirse en motivo de frivolidad, concluía la muchacha, aunque no podía evitar una sombra de inquietud en su razonamiento. Se preguntaba cuánta deformidad sería capaz de tolerar.

La correspondencia entre Analía y Luis Torres duró dos años, al cabo de los cuales la muchacha tenía una caja de sombrero llena de sobres y el alma definitivamente entregada. Si se cruzó por su mente la idea de que aquella relación podría ser un plan de su tío para que los bienes que ella había heredado de su padre pasaran a manos de Luis, la descartó de inmediato, avergonzada de su propia mezquindad. El día en que cumplió dieciocho años, la madre superiora la llamó al refectorio porque había una visita esperándola. Analía Torres adivinó quién era y estuvo a punto de correr a esconderse en el desván de los santos olvidados, aterrada ante la eventualidad de enfrentar por fin al hombre que había imaginado por tanto tiempo. Cuando entró en la sala y estuvo frente a él necesitó varios minutos para vencer la desilusión.

Luis Torres no era el enano retorcido que ella había construido en sueños y había aprendido a amar. Era un hombre bien plantado, con un rostro simpático de rasgos regulares, la boca todavía infantil, una barba oscura y bien cuidada, ojos claros de pestañas largas, pero vacíos de expresión. Se parecía un poco a los santos de la capilla, demasiado bonito y un poco bobalicón. Analía se repuso del impacto y decidió que si había aceptado en su corazón a un jorobado, con mayor razón podía querer a este joven elegante que la besaba en una mejilla dejándole un rastro de lavanda en la nariz.



Desde el primer día de casada Analía detestó a Luis Torres. Cuando la aplastó entre las sábanas bordadas de una cama demasiado blanda, supo que se había enamorado de un fantasma y que nunca podría trasladar esa pasión imaginaria a la realidad de su matrimonio. Combatió sus sentimientos con determinación, primero descartándolos como un vicio y luego, cuando fue imposible seguir ignorándolos, tratando de llegar al fondo de su propia alma para arrancárselos de raíz. Luis era gentil y hasta divertido a veces, no la molestaba con exigencias desproporcionadas ni trató de modificar su tendencia a la soledad y al silencio. Ella misma admitía que con un poco de buena voluntad de su parte podía encontrar en esa relación cierta felicidad, al menos tanto como hubiera obtenido tras un hábito de monja. No tenía motivos precisos para esa extraña repulsión por el hombre que había amado por dos años sin conocer. Tampoco lograba poner en palabras sus emociones, pero si hubiera podido hacerlo no habría tenido a nadie con quien comentarlo. Se sentía burlada al no poder conciliar la imagen del pretendiente epistolar con la de ese marido de carne y hueso. Luis nunca mencionaba las cartas y cuando ella tocaba el tema, él le cerraba la boca con un beso rápido y alguna observación ligera sobre ese romanticismo tan poco adecuado a la vida matrimonial, en el cual la confianza, el respeto, los intereses comunes y el futuro de la familia importaban mucho más que una correspondencia de adolescentes. No había entre los dos verdadera intimidad. Durante el día cada uno se desempeñaba en sus quehaceres y por las noches se encontraban entre las almohadas de plumas, donde Analía acostumbrada a su camastro del colegio creía sofocarse. A veces se abrazaban de prisa, ella inmóvil y tensa, él con la actitud de quien cumple una exigencia del cuerpo porque no puede evitarlo. Luis se dormía de inmediato, ella se quedaba con los ojos abiertos en la oscuridad y una protesta atravesada en la garganta. Analía intentó diversos medios para vencer el rechazo que él le inspiraba, desde el recurso de fijar en la memoria cada detalle de su marido con el propósito de amarlo por pura determinación, hasta el de vaciar la mente de todo pensamiento y trasladarse a una dimensión donde él no pudiera alcanzarla. Rezaba para que fuera solo una repugnancia transitoria, pero pasaron los meses y en vez del alivio esperado creció la animosidad hasta convertirse en odio. Una noche se sorprendió soñando con un hombre horrible que la acariciaba con los dedos manchados de tinta negra.

Los esposos Torres vivían en la propiedad adquirida por el padre de Analía cuando esa era todavía una región medio salvaje, tierra de soldados y bandidos. Ahora se encontraba junto a la carretera y a poca distancia de un pueblo próspero, donde cada año se celebraban ferias agrícolas y ganaderas. Legalmente Luis era el administrador del fundo, pero en realidad era el tío Eugenio quien cumplía esa función, porque a Luis le aburrían los asuntos del campo. Después del almuerzo, cuando padre e hijo se instalaban en la biblioteca a beber coñac y jugar dominó, Analía oía a su tío decidir sobre las inversiones, los animales, las siembras y las cosechas. En las raras ocasiones en que ella se atrevía a intervenir para dar una opinión, los dos hombres la escuchaban con aparente atención, asegurándole que tendrían en cuenta sus sugerencias, pero

luego actuaban a su amaño. A veces Analía salía a galopar por los potreros hasta los límites de la montaña deseando haber sido hombre.

El nacimiento de un hijo no mejoró en nada los sentimientos de Analía por su marido. Durante los meses de la gestación se acentuó su carácter retraído, pero Luis no se impacientó, atribuyéndolo a su estado. De todos modos, él tenía otros asuntos en los cuales pensar. Después de dar a luz, ella se instaló en otra habitación, amueblada solamente con una cama angosta y dura. Cuando el hijo cumplió un año y todavía la madre cerraba con llave la puerta de su aposento y evitaba toda ocasión de estar a solas con él, Luis decidió que ya era tiempo de exigir un trato más considerado y le advirtió a su mujer que más le valía cambiar de actitud, antes que rompiera la puerta a tiros. Ella nunca lo había visto tan violento. Obedeció sin comentarios. En los siete años siguientes la tensión entre ambos aumentó de tal manera que terminaron por convertirse en enemigos solapados, pero eran personas de buenos modales y delante de los demás se trataban con una exagerada cortesía. Solo el niño sospechaba el tamaño de la hostilidad entre sus padres y despertaba a medianoche llorando, con la cama mojada. Analía se cubrió con una coraza de silencio y poco a poco pareció irse secando por dentro. Luis, en cambio, se volvió más expansivo y frívolo, se abandonó a sus múltiples apetitos, bebía demasiado y solía perderse por varios días en inconfesables travesuras. Después, cuando dejó de disimular sus actos de disipación, Analía encontró buenos pretextos para alejarse aún más de él. Luis perdió todo interés en las faenas del campo y su mujer lo reemplazó contenta de esa nueva posición. Los domingos el tío Eugenio se quedaba en el comedor discutiendo las decisiones con ella, mientras Luis se hundía en una larga siesta, de la cual resucitaba al anochecer, empapado en sudor y con el estómago revuelto, pero siempre dispuesto a irse otra vez de jarana con sus amigos.

Analía le enseñó a su hijo los rudimentos de la escritura y la aritmética y trató de iniciarlo en el gusto por los libros. Cuando el niño cumplió siete años, Luis decidió que ya era tiempo de darle una educación más formal, lejos de los mimos de la madre, y quiso mandarlo a un colegio en la capital, a ver si se hacía hombre de prisa, pero Analía se le puso por delante con tal ferocidad, que tuvo que aceptar una solución menos drástica. Se lo llevó a la escuela del pueblo, donde permanecía interno de lunes a viernes, pero los sábados por la mañana iba el coche a buscarlo para que volviera a casa hasta el domingo. La primera semana Analía observó a su hijo llena de ansiedad, buscando motivos para retenerlo a su lado, pero no pudo encontrarlos. La criatura parecía contenta, hablaba de su maestro y de sus compañeros con genuino entusiasmo, como si hubiera nacido entre ellos. Dejó de orinarse en la cama. Tres meses después llegó con su boleta de notas y una breve carta del profesor felicitándolo por su buen rendimiento. Analía la leyó temblando y sonrió por primera vez en mucho tiempo. Abrazó a su hijo conmovida, interrogándolo sobre cada detalle, cómo eran los dormitorios, qué le daban de comer, si hacía frío por las noches, cuántos amigos tenía, cómo era su maestro. Pareció mucho más tranquila y no volvió a hablar de sacarlo de la escuela. En los meses

siguientes el muchacho trajo siempre buenas calificaciones que Analía coleccionaba como tesoros y retribuía con frascos de mermelada y canastos de frutas para toda la clase. Trataba de no pensar en que esa solución apenas alcanzaba para la educación primaria, que dentro de pocos años sería inevitable mandar al niño a un colegio en la ciudad y ella solo podría verlo durante las vacaciones.

En una noche de pelotera en el pueblo, Luis Torres, que había bebido demasiado, se dispuso a hacer piruetas en un caballo ajeno para demostrar su habilidad de jinete ante un grupo de compinches de taberna. El animal lo lanzó al suelo y de una patada le reventó los testículos. Nueve días después Torres murió aullando de dolor en una clínica de la capital, donde lo llevaron con la esperanza de salvarlo de una infección. A su lado estaba su mujer, llorando de culpa por el amor que nunca pudo darle y de alivio porque ya no tendría que seguir rezando para que se muriera. Antes de volver al campo con el cuerpo en un féretro para enterrarlo en su propia tierra, Analía se compró un vestido blanco y lo metió en el fondo de su maleta. Al pueblo llegó de luto, con la cara cubierta por un velo de viuda para que nadie le viera la expresión de los ojos, y del mismo modo se presentó en el funeral, de la mano de su hijo, también con traje negro. Al término de la ceremonia, el tío Eugenio, que se mantenía muy saludable a pesar de sus setenta años bien gastados, le propuso a su nuera que le cediera las tierras y se fuera a vivir de sus rentas a la ciudad, donde el niño terminaría su educación y ella podría olvidar las penas del pasado.

—Porque no se me escapa, Analía, que mi pobre Luis y tú nunca fueron felices —dijo.

—Tiene razón, tío. Luis me engañó desde el principio.

—Por Dios, hija, él siempre fue muy discreto y respetuoso contigo. Luis fue un buen marido. Todos los hombres tienen pequeñas aventuras, pero eso no tiene la menor importancia.

—No me refiero a eso, sino a un engaño irremediable.

—No quiero saber de qué se trata. En todo caso, pienso que en la capital el niño y tú estarán mucho mejor. Nada les faltará. Yo me haré cargo de la propiedad, estoy viejo pero no acabado y todavía puedo voltear un toro.

—Me quedaré aquí. Mi hijo se quedará también, porque tiene que ayudarme en el campo. En los últimos años he trabajado más en los potreros que en la casa. La única diferencia será que ahora tomaré mis decisiones sin consultar con nadie. Por fin esta tierra es solo mía. Adiós, tío Eugenio.

En las primeras semanas Analía organizó su nueva vida. Empezó por quemar las sábanas que había compartido con su marido y trasladar su cama angosta a la habitación principal: enseguida estudió a fondo los libros de administración de la propiedad, y apenas tuvo una idea precisa de sus bienes buscó un capataz que ejecutara sus órdenes sin hacer preguntas. Cuando sintió que tenía todas las riendas bajo control buscó su vestido blanco en la maleta, lo planchó con esmero, se lo puso y así ataviada se fue en su coche a la escuela del pueblo, llevando bajo el brazo una vieja caja de sombreros.

Analía Torres esperó en el patio que la campana de las cinco anunciara el fin de la última clase de la tarde y el tropel de los niños saliera al recreo. Entre ellos venía su hijo en alegre carrera, quien al verla se detuvo en seco, porque era la primera vez que su madre aparecía en el colegio.

—Muéstrame tu aula, quiero conocer a tu maestro —dijo ella.

En la puerta Analía le indicó al muchacho que se fuera, porque ese era un asunto privado, y entró sola. Era una sala grande y de techos altos, con mapas y dibujos de biología en las paredes. Había el mismo olor a encierro y a sudor de niños que había marcado su propia infancia, pero en esta oportunidad no le molestó, por el contrario, lo aspiró con gusto. Los pupitres se veían desordenados por el día de uso, había algunos papeles en el suelo y tinteros abiertos. Alcanzó a ver una columna de números en la pizarra. Al fondo, en un escritorio sobre una plataforma, se encontraba el maestro. El hombre levantó la cara sorprendido y no se puso de pie, porque sus muletas estaban en un rincón, demasiado lejos para alcanzarlas sin arrastrar la silla. Analía cruzó el pasillo entre dos hileras de pupitres y se detuvo frente a él.

—Soy la madre de Torres —dijo porque no se le ocurrió algo mejor.

—Buenas tardes, señora. Aprovecho para agradecerle los dulces y las frutas que nos ha enviado.

—Dejemos eso, no vine para cortesías. Vine a pedirle cuentas —dijo Analía colocando la caja de sombreros sobre la mesa.

—¿Qué es esto?

Ella abrió la caja y sacó las cartas de amor que había guardado todo ese tiempo. Por un largo instante él paseó la vista sobre aquel cerro de sobres.

—Usted me debe once años de mi vida —dijo Analía.

—¿Cómo supo que yo las escribí? —balbuceó él cuando logró sacar la voz que se le había atascado en alguna parte.

—El mismo día de mi matrimonio descubrí que mi marido no podía haberlas escrito y cuando mi hijo trajo a la casa sus primeras notas, reconocí la caligrafía. Y ahora que lo estoy mirando no me cabe ni la menor duda, porque yo a usted lo he visto en sueños desde que tengo dieciséis años. ¿Por qué lo hizo?

—Luis Torres era mi amigo y cuando me pidió que le escribiera una carta para su prima no me pareció que hubiera nada de malo. Así fue con la segunda y la tercera; después, cuando usted me contestó, ya no pude retroceder. Esos dos años fueron los mejores de mi vida, los únicos en que he esperado algo. Esperaba el correo.

—Ajá.

—¿Puede perdonarme?

—De usted depende —dijo Analía pasándole las muletas.

El maestro se colocó la chaqueta y se levantó. Los dos salieron al bullicio del patio, donde todavía no se había puesto el sol.



### LA TELA DE ARAÑA

En el cuento «La tela de araña», María es una trabajadora del hogar en una casa limeña, pero ella no es de Lima. ¿Por qué esa inmensa ciudad es una trampa o tela de araña para el personaje? Explica.

---



---



---



---

¿Por qué al final del cuento el narrador compara con un cepo la cadena de la virgen que le regala Felipe Santos?

---



---



---

María, pretendiendo escapar del acoso sexual del niño Raúl, termina en las manos de Felipe Santos. ¿Crees que se ha librado de ser víctima del abuso? ¿Crees que eso sucede en la actualidad? Explica.

---



---



---



---

Si la araña del cuento puede representar al niño Raúl o a Felipe Santos, ¿qué otro animal que aparece en el cuento puede representar a María?

---

En el cuento se entrelazan tres historias:

1. El pasado de María
2. El presente de María en el cuarto donde espera a Felipe Santos
3. La historia de la araña que teje su tela

¿La forma de narrar tres historias entrelazadas podría tener relación con el título del cuento? Explica tu respuesta.

---



---



---



---



---

**COLORETE**

En el cuento «Colorete», se narra la historia de un amor. ¿Es correspondido este amor? Explica tu respuesta.

---



---



---

¿Por qué crees que Colorete está enamorado de Juanita? Copia una cita que sustente tu respuesta.

---



---



---

¿Por qué el cuento puede ser más emocionante e intenso al ser narrado en primera persona por Colorete, en lugar de ser narrado por una voz que no sea personaje de la historia? Explica.

---



---



---

La última oración del cuento es lo que Juanita le dice a Javier Montero: «Javier, ¿me enseñas ese nuevo paso de merengue?». ¿Crees que este es un buen final para el cuento? ¿Por qué?

---



---



---

**LA MUÑECA NEGRA**

Imagina que estás acompañando a Piedad en su habitación. ¿Qué características de su cuarto señalan la posición económica de su familia?

---



---



---



¿Por qué se extiende el narrador en una larga descripción de todos los juguetes que tiene Piedad?

---



---



---

¿Cómo es la muñeca preferida de Piedad? ¿Qué reacción ocasiona en su madre?

---



---



---

¿Por qué Piedad ama su muñeca negra?

---



---



---

### JUANA LA CAMPA TE VENGARÁ

«Juana la campa te vengará» es un intenso cuento narrado a dos voces que se intercalan en lo que, vamos descubriendo, es un diálogo. Mediante esta conversación nos enteramos de que Juana ha sido vendida por su madre. ¿Por qué le sucede esto al personaje?

---



---



---

¿Por qué la gente del lugar le teme a Juana?

---



---



---

Uno de los narradores es un maestro de Secundaria. Él es el que cuenta toda la historia de Juana. ¿Crees que la actitud del maestro es la adecuada para tratar a Juana?, ¿por qué?

---



---



---



---



---

¿Por qué quiere escapar Juana?

---



---



---

### EL REY DEL MONTE

Una tradición es un texto que se califica como histórico y literario, pues se construye con un tanto de ficción y hechos históricos. De la tradición «El rey del monte», ¿qué elementos considerarías históricos y cuáles ficción?

---



---



---



---



---

Mama Salomé se convierte en adinerada gracias a su visión exitosa en el negocio de la mazamorra, ¿qué opinas acerca de la reacción de las personas ante su éxito?

---



---



---



---

¿Qué impresión te da la actitud del hijo de mama Salomé cuando toca las campanas de la iglesia principal de Lima en honor a ella?

---



---



---



---

El lenguaje utilizado en esta tradición es característico de la cultura limeña de esa época. ¿Qué te ha parecido este tipo de lenguaje? ¿Consideras que es útil que la tradición lo haya empleado?, ¿por qué?

---



---



---



---



---



---





**CARTAS DE AMOR TRAICIONADO**

En «Cartas de amor traicionado», los padres de Analía fallecen y su tío queda a cargo de la administración de su hacienda y también de su formación. Entonces, la posición de Analía queda relegada, principalmente debido a ser mujer. ¿Crees que el tío procede de manera correcta? ¿Crees que eso sucede en la actualidad? ¿Qué piensas de eso? Explica.

---

---

---

---

---

---

---

Tras leer las cartas que recibía en el internado, Analía se hace una idea de su primo. Esta idea se desvanece al conocerlo. ¿En qué se diferencia su primo de la imagen que Analía se había formado?

---

---

---

---

---

---

---

Más adelante, Analía se casa con el hijo de su tío y comprende que no podrá amarlo, pero su actitud ante ello es de reproche a sí misma, forzándose a desarrollar algún vínculo afectivo hacia él. ¿Por qué crees que procede de esta manera?

---

---

---

---

---

---

---

Explica el título del cuento.

---

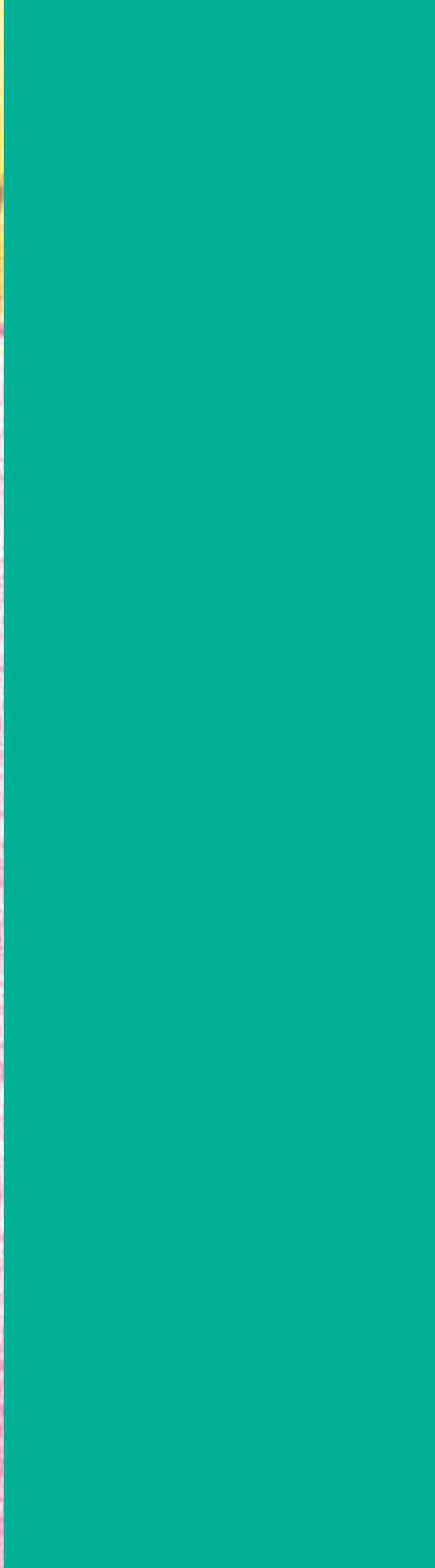
---

---

---







## LA SIESTA DEL MARTES

1962

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

(colombiano)



**E**l tren salió del trepidante corredor de rocas bermejas, penetró en las plantaciones de banano, simétricas e interminables, y el aire se hizo húmedo y no se volvió a sentir la brisa del mar. Una humareda sofocante entró por la ventanilla del vagón.

En el estrecho camino paralelo a la vía férrea había carretas de bueyes cargadas de racimos verdes. Al otro lado del camino, en intempestivos espacios sin sembrar, había oficinas con ventiladores eléctricos, campamentos de ladrillos rojos y residencias con sillas y mesitas blancas en las terrazas entre palmeras y rosales polvorientos. Eran las once de la mañana y todavía no había empezado el calor.

—Es mejor que subas el vidrio —dijo la mujer—. El pelo se te va a llenar de carbón.

La niña trató de hacerlo, pero la ventana estaba bloqueada por el óxido.

Eran los únicos pasajeros en el escueto vagón de tercera clase. Como el humo de la locomotora siguió entrando por la ventanilla, la niña abandonó el puesto y puso en su lugar los únicos objetos que llevaban: una bolsa de material plástico con cosas de comer y un ramo de flores envuelto en papel de periódicos. Se sentó en el asiento opuesto, alejada de la ventanilla, de frente a su madre. Ambas guardaban un luto riguroso y pobre.

La niña tenía doce años y era la primera vez que viajaba. La mujer parecía demasiado vieja para ser su madre, a causa de las venas azules en los párpados y del cuerpo pequeño, blando y sin formas, en un traje cortado como una sota-na. Viajaba con la columna vertebral firmemente apoyada contra el espaldar del asiento, sosteniendo en el regazo con ambas manos una cartera de charol desconchado. Tenía la serenidad escrupulosa de la gente acostumbrada a la pobreza.

A las doce había empezado el calor. El tren se detuvo diez minutos en una estación sin pueblo para abastecerse de agua. Afuera, en el misterioso silencio de las plantaciones, la sombra tenía un aspecto limpio. Pero el aire estancado dentro del vagón olía a cuero sin curtir. El tren no volvió a acelerar. Se detuvo en dos pueblos iguales, con casas de madera pintadas de colores vivos. La mujer inclinó

la cabeza y se hundió en el sopor. La niña se quitó los zapatos. Después fue a los servicios sanitarios a poner en agua el ramo de flores muertas.

Cuando volvió al asiento la madre le esperaba para comer. Le dio un pedazo de queso, medio bollo de maíz y una galleta dulce, y sacó para ella de la bolsa de material plástico una ración igual. Mientras comían, el tren atravesó muy despacio un puente de hierro y pasó de largo por un pueblo igual a los anteriores, solo que en este había una multitud en la plaza. Una banda de músicos tocaba una pieza alegre bajo el sol aplastante. Al otro lado del pueblo en una llanura cuarteada por la aridez, terminaban las plantaciones.

La mujer dejó de comer.

—Ponte los zapatos —dijo.

La niña miró hacia el exterior. No vio nada más que la llanura desierta por donde el tren empezaba a correr de nuevo, pero metió en la bolsa el último pedazo de galleta y se puso rápidamente los zapatos. La mujer le dio la peineta.

—Péinate —dijo.

El tren empezó a pitar mientras la niña se peinaba. La mujer se secó el sudor del cuello y se limpió la grasa de la cara con los dedos. Cuando la niña acabó de peinarse, el tren pasó frente a las primeras casas de un pueblo más grande pero más triste que los anteriores.

—Si tienes ganas de hacer algo, hazlo ahora —dijo la mujer—. Después, aunque te estés muriendo de sed no tomes agua en ninguna parte. Sobre todo, no vayas a llorar.

La niña aprobó con la cabeza. Por la ventanilla entraba un viento ardiente y seco, mezclado con el pito de la locomotora y el estrépito de los viejos vagones. La mujer enrolló la bolsa con el resto de los alimentos y la metió en la cartera. Por un instante, la imagen total del pueblo, en el luminoso martes de agosto, resplandeció en la ventanilla. La niña envolvió las flores en los periódicos empapados, se apartó un poco más de la ventanilla y miró fijamente a su madre. Ella le devolvió una expresión apacible. El tren acabó de pitar y disminuyó la marcha. Un momento después se detuvo.

No había nadie en la estación. Del otro lado de la calle, en la acera sombreada por los almendros, solo estaba abierto el salón de billar. El pueblo flotaba en calor. La mujer y la niña descendieron del tren, atravesaron la estación abandonada cuyas baldosas empezaban a cuartearse por la presión de la hierba, y cruzaron la calle hasta la acera de sombra.

Eran casi las dos. A esa hora, agobiado por el sopor, el pueblo hacía la siesta. Los almacenes, las oficinas públicas, la escuela municipal se cerraban desde las once y no volvían a abrirse hasta un poco antes de las cuatro, cuando pasaba el tren de regreso. Solo permanecían abiertos el hotel frente a la estación, su cantina y su salón de billar, y la oficina del telégrafo al lado de la plaza. Las casas, en su mayoría construidas sobre el modelo de la compañía bananera, tenían las puertas cerradas por dentro y las persianas bajas. En algunas hacía tanto calor que sus habitantes almorzaban en el patio. Otros recostaban un asiento a la sombra de los almendros y hacían la siesta sentados en plena calle.

Buscando siempre la protección de los almendros, la mujer y la niña penetraron en el pueblo sin perturbar la siesta. Fueron directamente a la casa cural. La mujer raspó con la uña la red metálica de la puerta, esperó un instante y volvió a llamar.

En el interior zumbaba un ventilador eléctrico. No se oyeron los pasos. Se oyó apenas el leve crujido de una puerta y en seguida una voz cautelosa muy cerca de la red metálica: «¿Quién es?». La mujer trató de ver a través de la red metálica.

—Necesito al padre —dijo.

—Ahora está durmiendo.

—Es urgente —insistió la mujer.

Su voz tenía una tenacidad reposada.

La puerta se entreabrió sin ruido y apareció una mujer madura y regordeta, de cutis muy pálido y cabellos color hierro.

Los ojos parecían demasiado pequeños detrás de los gruesos cristales de los lentes.

—Sigan —dijo, y acabó de abrir la puerta.

Entraron en una sala impregnada de un viejo olor de flores. La mujer de la casa las condujo hasta un escaño de madera y les hizo señas de que se sentaran. La niña lo hizo, pero su madre permaneció de pie, absorta, con la cartera apretada en las dos manos. No se percibía ningún ruido detrás del ventilador eléctrico.

La mujer de la casa apareció en la puerta del fondo.

—Dice que vuelvan después de las tres —dijo en voz muy baja—. Se acostó hace cinco minutos.

—El tren se va a las tres y media —dijo la mujer.

Fue una réplica breve y segura, pero la voz seguía siendo apacible, con muchos matices. La mujer de la casa sonrió por primera vez.

—Bueno —dijo.

Cuando la puerta del fondo volvió a cerrarse, la mujer se sentó junto a su hija. La angosta sala de espera era pobre, ordenada y limpia. Al otro lado de una baranda de madera que dividía la habitación, había una mesa de trabajo, sencilla, con un tapete de hule, y encima de la mesa una máquina de escribir primitiva junto a un vaso con flores. Detrás estaban los archivos parroquiales. Se notaba que era un despacho arreglado por una mujer soltera.

La puerta del fondo se abrió y esta vez apareció el sacerdote limpiando los lentes con un pañuelo. Solo cuando se los puso pareció evidente que era hermano de la mujer que había abierto la puerta.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó.

—Las llaves del cementerio —dijo la mujer.

La niña estaba sentada con las flores en el regazo y los pies cruzados bajo el escaño. El sacerdote la miró, después miró a la mujer y después, a través de la red metálica de la ventana, el cielo brillante y sin nubes.

—Con este calor —dijo—. Han podido esperar a que bajara el sol.

La mujer movió la cabeza en silencio. El sacerdote pasó del otro lado de la baranda, extrajo del armario un cuaderno forrado de hule, un plumero de palo

y un tintero, y se sentó a la mesa. El pelo que le faltaba en la cabeza le sobraba en las manos.

—¿Que tumba van a visitar? —preguntó.

—La de Carlos Centeno —dijo la mujer.

—¿Quién?

—Carlos Centeno —repitió la mujer.

El padre siguió sin entender.

—Es el ladrón que mataron aquí la semana pasada —dijo la mujer en el mismo tono—. Yo soy su madre.

El sacerdote la escrutó. Ella lo miró fijamente, con un dominio reposado, y el padre se ruborizó. Bajó la cabeza para escribir. A medida que llenaba la hoja pedía a la mujer los datos de su identidad, y ella respondía sin vacilación, con detalles precisos, como si estuviera leyendo. El padre empezó a sudar. La niña se desabotonó la trabilla del zapato izquierdo, se descalzó el talón y lo apoyó en el contrafuerte. Hizo lo mismo con el derecho.

Todo había empezado el lunes de la semana anterior, a las tres de la madrugada y a pocas cuadras de allí. La señora Rebeca, una viuda solitaria que vivía en una casa llena de cachivaches, sintió a través del rumor de la llovizna que alguien trataba de forzar desde afuera la puerta de la calle. Se levantó, buscó a tientas en el ropero un revólver arcaico que nadie había disparado desde los tiempos del coronel Aureliano Buendía, y fue a la sala sin encender las luces. Orientándose no tanto por el ruido de la cerradura como por un terror desarrollado en ella por 28 años de soledad, localizó en la imaginación no solo el sitio donde estaba la puerta sino la altura exacta de la cerradura. Agarró el arma con las dos manos, cerró los ojos y apretó el gatillo. Era la primera vez en su vida que disparaba un revólver. Inmediatamente después de la detonación no sintió nada más que el murmullo de la llovizna en el techo de cinc. Después percibió un golpecito metálico en el andén de cemento y una voz muy baja, apacible, pero terriblemente fatigada: «Ay, mi madre». El hombre que amaneció muerto frente a la casa, con la nariz despedazada, vestía una franela a rayas de colores, un pantalón ordinario con una sogá en lugar de cinturón, y estaba descalzo. Nadie lo conocía en el pueblo.

—De manera que se llamaba Carlos Centeno —murmuró el padre cuando acabó de escribir.

—Centeno Ayala —dijo la mujer—. Era el único varón.

El sacerdote volvió al armario. Colgadas de un clavo en el interior de la puerta había dos llaves grandes y oxidadas, como la niña imaginaba y como imaginaba la madre cuando era niña y como debió imaginar el propio sacerdote alguna vez que eran las llaves de san Pedro. Las descolgó, las puso en el cuaderno abierto sobre la baranda y mostró con el índice un lugar en la página escrita, mirando a la mujer.

—Firme aquí.

La mujer garabateó su nombre, sosteniendo la cartera bajo la axila. La niña recogió las flores, se dirigió a la baranda arrastrando los zapatos y observó atentamente a su madre.



El párroco suspiró.

—¿Nunca trató de hacerlo entrar por el buen camino?

La mujer contestó cuando acabó de firmar.

—Era un hombre muy bueno.

El sacerdote miró alternativamente a la mujer y a la niña, y comprobó con una especie de piadoso estupor que no estaban a punto de llorar. La mujer continuó inalterable:

—Yo le decía que nunca robara nada que le hiciera falta a alguien para comer, y él me hacía caso. En cambio, antes, cuando boxeaba, pasaba tres días en la cama postrado por los golpes.

—Se tuvo que sacar todos los dientes —intervino la niña.

—Así es —confirmó la mujer—. Cada bocado que comía en ese tiempo me sabía a los porrazos que le daban a mi hijo los sábados a la noche.

—La voluntad de Dios es inescrutable —dijo el padre.

Pero lo dijo sin mucha convicción, en parte porque la experiencia lo había vuelto un poco escéptico, y en parte por el calor. Les recomendó que se protegieran la cabeza para evitar la insolación. Les indicó bostezando y ya casi completamente dormido, cómo debían hacer para encontrar la tumba de Carlos Centeno. Al regreso no tenían que tocar. Debían meter la llave por debajo de la puerta, y poner allí mismo, si tenían, una limosna para la Iglesia. La mujer escuchó las explicaciones con mucha atención, pero dio las gracias sin sonreír.

Desde antes de abrir la puerta de la calle el padre se dio cuenta de que había alguien mirando hacia adentro, las narices aplastadas contra la red metálica. Era un grupo de niños. Cuando la puerta se abrió por completo, los niños se dispersaron. Suavemente volvió a cerrar la puerta.

—Esperen un minuto —dijo, sin mirar a la mujer.

Su hermana apareció en la puerta del fondo, con una chaqueta negra sobre la camisa de dormir y el cabello suelto en los hombros. Miró al padre en silencio.

—¿Qué fue? —preguntó él.

—La gente se ha dado cuenta —murmuró su hermana.

—Es mejor que salgan por la puerta del patio —dijo el padre.

—Es lo mismo —dijo su hermana—. Todo el mundo está en las ventanas.

La mujer parecía no haber comprendido hasta entonces. Trató de ver la calle a través de la red metálica. Luego le quitó el ramo de flores a la niña y empezó a moverse hacia la puerta. La niña siguió.

—Esperen a que baje el sol —dijo el padre.

—Se van a derretir —dijo su hermana, inmóvil en el fondo de la sala—.

Espérense y les presto una sombrilla.

—Gracias —replicó la mujer—. Así vamos bien.

Tomó a la niña de la mano y salió a la calle.



## LA MESA DEL CÓNDOR

Tradición oral de la Amazonía de Ecuador

**E**n el inicio de los tiempos, la actual comunidad de Tazayacu, ubicada en el sector del «bejuco» y la «guayusa», veía con temor y preocupación cómo disminuía su población; pues quien salía de la casa para llegar al río jamás volvía. Los brujos se reunían cada semana con el afán de resolver el misterio, pero ni la *ayaguashca* ni los ayunos lograban descifrar el enigma de estas continuas y extrañas desapariciones.

Una noche en que el *curaca*<sup>1</sup> y su esposa habían bajado al río, su hija Yajaira se despertó sobresaltada por una especie de graznido escalofriante que provenía del lugar a donde habían ido sus padres; venciendo el innato miedo femenino tomó un machete y muy sigilosamente se acercó a la playa, cuando llegó al sitio del que provenía el diabólico ruido descubrió con horror la causa de las continuas desapariciones de la gente. Allí, a pocos metros del lugar donde ella se encontraba, un gigantesco cóndor, posado sobre una inmensa roca volcánica de color rojizo oscuro, engullía plácidamente los restos de dos seres humanos, los padres de Yajaira. La hermosa chica quedó paralizada de espanto, quiso gritar y su voz se negó a abandonar el refugio de su garganta, sus pies le pesaron como plomo, parecían sembrados en la arena. Y allí permaneció Yajaira hasta que el ave de rapiña terminó de devorar los restos de su macabro festín, e inmediatamente levantando pesadamente el vuelo y casi rozando las copas de los árboles, se fue hacia la cabecera del río Misahuallí.

La espantosa noticia se regó como comején en árbol viejo; a la siguiente noche un grupo de indígenas de los más valientes se apostó en un lugar cercano al sitio señalado por Yajaira en espera del gigantesco cóndor, que llegó a la inmensa piedra volcánica casi al caer la noche con un niño entre sus garras, al que devoró ante la atónita mirada de todos los que ahí se encontraban. La comunidad en pleno se reunió para trazar una estrategia

<sup>1</sup> *Curaca*: jefe. (Información del texto original).

que permitiera liquidar al voraz asesino; la voz llena de autoridad del *shaman* impuso su criterio y él mismo se ofreció para llevar adelante su plan. Después de tres días de ayuno salió con una *ashanga*<sup>2</sup> para traer un cargamento de *pungara*<sup>3</sup>, con este material cubrió la enorme piedra y la convirtió en una *rujilla rumi*<sup>4</sup>, en la que forzosamente tenía que posarse el cóndor para comer y esperó junto con los indígenas más aguerridos de la comunidad.

Al llegar la noche apareció la gigantesca ave con una mujer entre sus garras, cuando se disponía a engullir su desafortunada víctima, todos los hombres de Tazayacu salieron de sus escondites con antorchas encendidas y las lanzas de chonta dispuestas para el enfrentamiento. El gigantesco cóndor al darse cuenta del ataque quiso inmediatamente levantar vuelo, pero no pudo, estaba pegado a la enorme roca volcánica. Los indígenas acometieron con valor y coraje; fueron necesarias sesenta lanzas para intentar acabar con la vida del *anga*<sup>5</sup>.

Ya mal herida lo arrastraron entre todos hasta el playón del río, donde hicieron una enorme fogata y lo quemaron. El ave en sus últimos estertores lanzaba escalofriantes alaridos; al cesar estos, entre el olor de plumas y carne chamuscada, se escucharon quejidos de personas y lamentos inexplicables, que brotaban de las llamas que consumían los restos del gigantesco cóndor.



2 *Ashanga*: canasta.

3 *Pungara*: brea pegajosa.

4 *Rujilla rumi*: trampa de piedra.

5 *Anga*: pájaro enorme. (Toda esta información proviene del texto original).

## LADRONES EN LA IGLESIA

1954

ALBERTO MORAVIA

(italiano)

¿Qué hace el lobo cuando la loba y los lobeznos tienen la panza vacía y sufren hambre, y se lamentan y riñen entre sí? ¿Qué hace? Yo digo que el lobo sale de su guarida y va en busca de algo de comer y, movido por la desesperación, hasta es capaz de bajar al pueblo y meterse en una casa. Y a los campesinos que lo matan no les falta razón para matarlo; pero tampoco le falta al lobo para metérseles en las casas y morderlos. Así, todos tienen razón; y de la razón nace la muerte. Aquel invierno yo estaba como el lobo; más aún, precisamente como un lobo, no vivía en una casa, sino en una gruta, allá abajo, al pie de Monte Mario, en una cantera abandonada. Había muchas grutas, pero las más estaban obstruidas por matorrales tupidos, y solo dos estaban habitadas, la mía y la de un viejo que mendigaba y recogía trapos; se llamaba Puliti. El lugar era un barranco amarillo y pelado, y las bocas de las grutas ahumadas y negras. Delante de la gruta de Puliti siempre había un montón de trapos, y él hurgándolos; delante de la mía había una lata de nafta convertida en brasero, y mi mujer, de pie, con el chico pegado al pecho, agitaba una pantalla para avivar el fuego. Por dentro, la gruta casi era mejor que un cuarto de ladrillos: espaciosa, seca, limpia, el colchón en el fondo de nuestras cosas colgadas de clavos acá y allá. Así pues, yo dejaba a mi familia en la gruta y me iba a Roma en busca de trabajo; era bracero, y por lo general trabajaba en obras de excavación. Después llegó el invierno y, no sé por qué, se fueron haciendo cada vez menos excavaciones, y yo cambié de oficio muchas veces, pero siempre por poco tiempo, y al fin me encontré sin trabajo. Por la noche, cuando volvía a la gruta, y veía a mi mujer echada sobre el colchón, mirándome, y al niño que tenía al pecho, también mirándome, y a los dos más grandecitos que jugaban en el suelo y me miraban, y leía en aquellos ocho ojos la misma expresión famélica, me parecía ser realmente un lobo con una familia de lobos, y pensaba: «Uno de estos días, si no les traigo comida, me desgarrarán a mordiscones». El viejo Puliti, que con su hermosa barba blanca parecía un santo y que, en cuanto abría la boca, dejaba entender lo delincuente que era, solía decirme:

—¿Para qué echáis hijos al mundo? ¿Para que sufran? Y tú, entre tanto, ¿por qué no te dedicas a recoger colillas? Recogiendo colillas, siempre puede uno sacar algo.

Pero yo no tenía ganas de ir recogiendo colillas: yo quería trabajar con mis brazos. Una noche, lleno de desesperación, dije a mi mujer:

—Ya no puedo más... ¿Sabes qué te digo? Me pongo en una esquina, y al primero que pase...

Mi mujer me interrumpió:

—¿Quieres que te metan a la cárcel?

—Por lo menos, en la cárcel comeré —repliqué.

—Tú, sí... ¿pero nosotros? —dijo ella.

Su objeción me pareció decisiva, lo confieso.

Fue Puliti quien me sugirió la idea de la iglesia. Frecuentaba las iglesias para mendigar y puede decirse que las conocía todas. Dijo que si encontraba la manera de hacer que me encerraran por la noche en una iglesia, después, por la mañana, sabiendo arreglármelas, podía escaparme sin que me vieran. Sin embargo, me advirtió:

—Ten cuidado... mira que los curas no son nada tontos... las cosas de valor las guardan en su cajas de caudales, y solo dejan a la vista lo que vale poco.

Añadió que, si yo la pagaba, él se comprometía a vender los objetos que robara. En pocas palabras, me puso, según suele decirse, una pulga en el oído; y aunque yo no pensaba en la cosa, y tanto menos hablaba, el hecho es que las ideas son como las pulgas: caminan solas, y cuando menos se lo espera uno, le pican y le hacen saltar.

Así, una de aquellas noches la idea me picó, y yo hablé con mi mujer. Conviene saber que mi mujer es religiosa y que en el pueblo se pasaba más tiempo en la iglesia que en casa. Me dijo:

—¿Te has vuelto loco?

Yo había previsto semejante objeción, y le contesté:

—No será un robo... ¿Para qué están las cosas en las iglesias? Para hacer el bien... Si nosotros sacamos algo, ¿qué hacemos? Pues, hacemos el bien... ¿A quién, en efecto, habríamos de hacer el bien, sino a nosotros mismos, que padecemos tantas necesidades?

Mis palabras parecieron causarle impresión, y me preguntó:

—¿Cómo has podido pensar estas cosas?

—No te preocupes, y contéstame: ¿acaso no está escrito que hay que dar de comer a los hambrientos?

—Sí.

—¿Estamos o no estamos hambrientos nosotros?

—Sí.

—Y bien: cumpliremos nuestro deber... más aún, haremos obra de bien.

En resumen, tanto le dije, insistiendo con la religión que, según sabía, era su punto débil, que la convencí. Después agregué:

—Pero como no quiero que te quedes sola, me acompañarás... Así, si nos pescan, iremos juntos a la cárcel.

—¿Y los chicos?

—Los chicos se los dejaremos a Puliti... Dios velará por ellos.

De esta manera nos pusimos de acuerdo, y luego hablamos de la cosa con Puliti. Este discutió el plan, y lo aprobó; pero al fin, alisándose la barba, me dijo:

—Domenico, yo soy viejo, hazme caso... no pierdas tiempo con los corazones de plata... valen poco. Ocúpate de las joyas.

Cuando pienso en Puliti, en su barba y en la gravedad con que me daba semejantes consejos, casi me río.

El día establecido dejamos los chicos al cuidado de Puliti y con un tranvía bajamos a Roma: precisamente como dos lobos hambrientos que del monte bajan al pueblo; cualquiera, viéndonos, hubiera podido tomarnos por lobos: mi mujer, baja y toda hombros y pecho, levantado el pelo crespo que le formaba como una llamarada en la cabeza, la expresión decidida; yo, flaco, demacrado, la cara sucia de barba, los ojos hundidos y relucientes. Habíamos elegido una iglesia antigua, situada en una calle transversal del Corso. Era una iglesia grande, y muy oscura para estar rodeada de altas casas; tenía dos filas de columnas y, más allá de estas, dos naves angostas y tenebrosas con una serie de capillitas llenas de tesoros. Había gran cantidad de vidrieras colgadas a las paredes, llenas de corazones plateados y dorados. Pero yo había observado una vidriera más pequeña, en la cual, en medio de corazones algo más valiosos, se veía un collar de lapislázuli sobre un fondo de terciopelo rojo. Esta vidriera se encontraba en una capilla dedicada a la Virgen; y, en efecto, en lo alto del altar, debajo de un dosel, se veía una estatua de la Virgen, de tamaño natural, pintada y con la cabeza rodeada de lamparillas; tenía a sus pies números floreros y candelabros. Ya anochecido, entrados en la iglesia, y en un momento en que no había nadie, nos escondimos detrás del altar, en la capilla de la vidriera. Había, detrás una estatua, dos o tres gradas, y nos sentamos en ellas. Más tarde el sacristán empezó a dar vueltas por la iglesia, arrastrando los pies y rezongando: «Es hora de cerrar»; pero no vino hasta detrás de aquel altar, limitándose a entrar en la capilla para apagar las luces, excepto dos lamparillas rojas, una a cada lado. Después le oímos cerrar las puertas y recorrer la iglesia todo a lo largo para desaparecer en la sacristía. Nos encontramos así solos y en la oscuridad, metidos en aquella especie de hueco entre el altar y el ábside. Yo estaba febricitante y le dije a mi mujer en voz baja:

—Vamos... abramos la vidriera.

—Espera. ¿Qué prisa tienes? —contestó ella.

En seguida la vi salir del escondrijo. Se colocó en el centro de la capilla, y allí, en la penumbra, se inclinó, se persignó y luego caminando hacia atrás, volvió a inclinarse y a persignarse. Al fin vi que se arrodillaba en el suelo, en un rincón de la capilla, y juntaba las manos para rezar. No sabría decir qué rezaba, pero comprendí que no debía estar muy convencida de obrar bien, y deseaba tomar precauciones. La veía inclinar la cabeza, ocultando la cara bajo los cabellos, y

luego levantarla en la penumbra rojiza y mover los labios, y volver a inclinarla, como si rezara el rosario. Me le acerqué y le murmuré, inquieto:

—Podías haber rezado en casa, ¿no?

—¡Déjame! —contestó con rudeza—. Aléjate, date unas vueltas... la iglesia es grande. ¿Para qué te me quedas pegado?

—¿Quieres que abra la vidriera mientras tú rezas? —murmuré.

—¡No quiero nada! —replicó ella, con rudeza—. Ese fierro... ¡dámelo!

El fierro que había traído era un instrumento más que suficiente para abrir aquella vidriera tan frágil. Se lo entregué y me alejé.

Empecé a dar vueltas por la iglesia, sin saber qué hacer. La iglesia, tan oscura, me infundía miedo, con sus bóvedas altas y tenebrosas que resonaban al menor suspiro; con el altar mayor, allá en el fondo, apenas iluminado, con los confesionarios negros y cerrados, agazapados en las tinieblas de las naves laterales. Caminando de puntillas entre los bancos vacíos, me acerqué a la puerta, sintiendo frío con la espalda, como si alguien me estuviera siguiendo. Quise abrir la puerta, pero vi que estaba bien cerrada, y entonces volví atrás y fui a sentarme en la nave de la izquierda, ante una tumba alumbrada por una lamparilla roja. La tumba, metida en la pared, tenía una lápida de mármol negro, brillantes, con dos figuras, una a cada lado: un esqueleto que empuñaba una guadaña y una mujer desnuda que se cubría con sus propios cabellos. Ambas figuras eran de mármol amarillento, brillante, muy bien trabajado; me distraje un poco observándolas y a fuerza de mirarlas, quizá a causa de la oscuridad, me pareció que se movían y que la mujer quisiese huir ante el esqueleto, y este, galantemente, la retuviese por un brazo. Entonces, para sobreponerme, pensé en la gruta, en mis chicos, en Puliti, y me dije que si en aquel momento me proponían volver atrás y volver a pensar en qué debía hacer, yo decidía hacer lo que estaba haciendo o, por lo menos, algo muy parecido. En resumen, no me encontraba en la iglesia por simple azar; ni era por azar que estaba allí con tal fin, ni tampoco era por azar que no podía encontrar nada mejor que hacer. En medio de estos pensamientos me sorprendió el sueño y me quedé dormido. Fue un sueño pesado, sin visiones, sellado por un frío como de sótano. Así dormí y no me di cuenta de nada.

Después alguien me sacudía y yo, todavía dormido, le dije:

—¡Espacio!... ¿Qué pasa?

Al fin, como seguían sacudiéndome, abrí los ojos y vi gente: el sacristán, mirándome con ojos desorbitados; el párroco, un viejo de pelo blanco despeinado y la sotana desabotonada, dos o tres vigilantes, y mi mujer, más tétrica que nunca, en medio de los vigilantes. Dije, casi sin moverme:

—Dejadnos tranquilos... Somos prófugos, y hemos entrado en la iglesia para dormir.

Entonces uno de los vigilantes me mostró algo que al principio, atontado de sueño como estaba, me pareció un rosario: el collar de lapislázuli.

— ¿Y esto?... ¿Para dormir, también?

En resumen, al cabo de algunas otras explicaciones, los vigilantes nos sacaron de la iglesia. Todavía era de noche, faltaba poco para el alba, las calles estaban desiertas y húmedas. Marchábamos rápidamente, entre los vigilantes, silenciosos y con la cabeza gacha. Viendo a mi mujer, pobrecilla, que caminaba delante de mí, tan baja y retacona, con su falda corta y sus cabellos crespos levantados, me dio lástima, y le dije a uno de los vigilantes:

—Lo siento por ella y por mis hijos.

—¿Dónde están tus hijos? —me preguntó el vigilante.

Se lo dije. Y él:

—Pero tú, un padre de familia... ¿Cómo se te ha ocurrido?... ¿No te acordaste de tus hijos?

Yo le contesté:

—Fue precisamente porque no hacía más que pensar en ellos...

En la comisaría, un joven rubio sentado ante un escritorio dijo al vernos:

—Ladrones sacrílegos, ¿eh?

Entonces mi mujer, de pronto, gritó con voz terrible:

—¡Ante Dios, no soy culpable!

Yo no le conocía semejante voz y me quedé boquiabierto. El comisario dijo:

—¿Entonces el culpable es tu marido?

—Tampoco.

—¡Vamos! Ahora va a resultar que el culpable soy yo... ¿Y cómo tenías el collar, entonces?

—La Virgen bajó del altar —contestó mi mujer—, abrió con sus propias manos la vidriera y me dio el collar.

—La Virgen, ¿eh?... ¿Y ese fierro también te lo dio la Virgen?

Mi mujer, siempre con igual voz, levantando una mano, profirió:

—¡Que me caiga muerta, si no he dicho la verdad!

Siguieron interrogándonos, no sé durante cuánto tiempo; yo decía que no había visto absolutamente nada, como era la verdad; y mi mujer repetía que la misma Virgen le había dado el collar. Y de cuando en cuando gritaba:

—¡Hombre, arrodíllate ante el milagro!

En resumen, parecía estar exaltada, acaso haberse vuelto loca. Acabó que se la llevaron mientras seguía gritando e invocando a la Virgen: creo que la mandaron a la enfermería. Después el comisario quiso que yo le dijera si creía que mi mujer estaba loca, y yo exclamé:

—Ojalá lo estuviera.

Al decirlo, pensaba en que los locos no sufren, y ven las cosas como quieren verlas. Pero también pensaba que era posible que mi mujer hubiera dicho la verdad, y casi lamentaba no haber visto con mis propios ojos a la Virgen y bajar del altar, abrir la vidriera y entregar el collar a mi mujer.





## MANIFIESTO

1963

NICANOR PARRA

(chileno)



Señoras y señores  
Esta es nuestra última palabra.  
—Nuestra primera y última palabra—  
Los poetas bajaron del Olimpo.

Para nuestros mayores  
La poesía fue un objeto de lujo  
Pero para nosotros  
Es un artículo de primera necesidad:  
No podemos vivir sin poesía.

A diferencia de nuestros mayores  
—Y esto lo digo con todo respeto—  
Nosotros sostenemos  
Que el poeta no es un alquimista  
El poeta es un hombre como todos  
Un albañil que construye su muro:  
Un constructor de puertas y ventanas.

Nosotros conversamos  
En el lenguaje de todos los días  
No creemos en signos cabalísticos.

Además una cosa:  
El poeta está ahí  
Para que el árbol no crezca torcido.

Este es nuestro mensaje.  
Nosotros denunciarnos al poeta demiurgo  
Al poeta Barata  
Al poeta Ratón de Biblioteca.  
Todos estos señores  
—Y esto lo digo con mucho respeto—  
Deben ser procesados y juzgados  
Por construir castillos en el aire  
Por malgastar el espacio y el tiempo  
Redactando sonetos a la luna  
Por agrupar palabras al azar  
A la última moda de París.  
Para nosotros no:  
El pensamiento no nace en la boca  
Nace en el corazón del corazón.

Nosotros repudiamos  
La poesía de gafas oscuras  
La poesía de capa y espada  
La poesía de sombrero alón.  
Propiciamos en cambio  
La poesía a ojo desnudo  
La poesía a pecho descubierto  
La poesía a cabeza desnuda.

No creemos en ninfas ni tritones.  
La poesía tiene que ser esto:  
Una muchacha rodeada de espigas  
O no ser absolutamente nada.

Ahora bien, en el plano político  
Ellos, nuestros abuelos inmediatos,  
¡Nuestros buenos abuelos inmediatos!  
Se retractaron y se dispersaron  
Al pasar por el prisma de cristal.  
Unos pocos se hicieron comunistas.  
Yo no sé si lo fueron realmente.  
Supongamos que fueron comunistas,  
Lo que sé es una cosa:  
Que no fueron poetas populares,  
Fueron unos reverendos poetas burgueses.

Hay que decir las cosas como son:  
Solo uno que otro  
Supo llegar al corazón del pueblo.  
Cada vez que pudieron  
Se declararon de palabra y de hecho  
Contra la poesía dirigida  
Contra la poesía del presente  
Contra la poesía proletaria.

Aceptemos que fueron comunistas  
Pero la poesía fue un desastre  
Surrealismo de segunda mano  
Decadentismo de tercera mano,  
Tablas viejas devueltas por el mar.  
Poesía adjetiva  
Poesía nasal y gutural  
Poesía arbitraria  
Poesía copiada de los libros  
Poesía basada  
En la revolución de la palabra  
En circunstancias de que debe fundarse  
En la revolución de las ideas.  
Poesía de círculo vicioso  
Para media docena de elegidos:  
«Libertad absoluta de expresión».  
Hoy nos hacemos cruces preguntando  
Para qué escribirían esas cosas  
¿Para asustar al pequeño burgués?  
¡Tiempo perdido miserablemente!  
El pequeño burgués no reacciona  
Sino cuando se trata del estómago.

¡Qué lo van a asustar con poesías!  
La situación es esta:  
Mientras ellos estaban  
Por una poesía del crepúsculo  
Por una poesía de la noche  
Nosotros propugnamos  
La poesía del amanecer.  
Este es nuestro mensaje,  
Los resplandores de la poesía  
Deben llegar a todos por igual  
La poesía alcanza para todos.

Nada más, compañeros  
Nosotros condenamos  
—Y esto sí que lo digo con respeto—  
La poesía de pequeño dios  
La poesía de vaca sagrada  
La poesía de toro furioso.

Contra la poesía de las nubes  
Nosotros oponemos  
La poesía de la tierra firme  
—Cabeza fría, corazón caliente  
Somos tierrafirmistas decididos—  
Contra la poesía de café  
La poesía de la naturaleza  
Contra la poesía de salón  
La poesía de la plaza pública  
La poesía de protesta social.

Los poetas bajaron del Olimpo.



## EL LENGUADO

1984

MARIELLA SALA

(peruana)



Como todas las tardes, calentaba su cuerpo bajo el sol, la espalda tibia mientras demoraba el momento de darse el último chapuzón en el mar. Se acercaba la hora del lonche. Lo notó por las sombras que bajaban de los cerros y un ligero frío en el estómago que la hizo imaginar los panes recién salidos del horno de la única panadería del balneario. Jugó un rato más con la arena, mirando cómo los granitos se escurrían entre los dedos y caían blandamente. Era el tiempo evocado en el cuaderno de sexto grado. Escuchó entonces la voz de Margarita al otro lado de la playa. Venía corriendo como un potro desbocado.

—Adivina qué —dijo—. Mañana me prestan el bote.

—¡Júrame que es verdad! —exclamó Johanna, entusiasmada.

—Lo juro —enfaticó solemnemente Margarita, y ambas cruzaron las manos tocándose las muñecas. Habían decidido que esa sería su forma de juramentar y asegurar que las promesas se cumplieran.

Ambas rieron a carcajadas y fueron a bañarse en el mar para luego salir corriendo a pedir permiso a las mamás.

Toda la semana habían estado planeando el día de pesca y al fin les prestaban el *Delfín*.

—Nos vamos a demorar, porque un remo está roto —advirtió Margarita mientras subían al pueblo.

—No importa —replicó rápidamente ella. Estaba tan contenta que ese detalle no tenía ninguna importancia. Más bien le propuso: mañana nos levantamos temprano y compramos cosas para comer.

—De acuerdo —dijo Margarita, y se despidieron hasta la noche.

Cuando Johanna llegó al muelle al día siguiente, encontró a Margarita con los remos en ambos brazos. Los encargaron a un pescador amigo y fueron a comprar carnada: luego gaseosas y chocolates, pues ese sería su almuerzo. Gastaron toda su propina, pero sintieron que almorzarían mejor que nunca. Ya en el bote, respiraron profundamente dando inicio así a la

aventura: el primer día de pesca de la temporada, la primera tarde que saldrían todo el día solas. El mar estaba brillante como todas las mañanas. Las gaviotas sobrevolaban el *Delfín*.

—Esta vez no les damos nada, Marga —dijo Johanna mirando las gaviotas. Vamos a estar todo el día de pesca, y quién sabe si nos faltará. Se percibía una loca alegría en la entonación de su voz, y es que se sentía ¡tan importante!

—Pero si hay un montón de carnada: nunca hemos tenido tanta —respondió Marga, eufórica.

—Mujer precavida vale por dos —respondió con seriedad Johanna. Su madre siempre le decía esa frase y de pronto se sintió adulta.

Margarita se echó a reír y Johanna se contagió. Marga era su mejor amiga y no había nada que le gustara más que estar con ella. Además, eran las únicas chicas de doce años que todavía no querían tener enamorado, porque con ellos no podían hacer nada de lo que en verdad las divertía; por ejemplo, ir a pescar en bote. Cuando los hombres las acompañaban querían remar, colocarles la carnada; se hacían los que sabían todo y eso, a ellas, les daba mucha cólera.

Pasaron por la Casa Ballena y el Torreón con mucho cuidado de no golpear el *Delfín* contra las rocas en las partes más bajas del estrecho. Continuaron remando hasta dejar la bahía y ahí, en el mar abierto, comenzaron a apostar cuánto pescarían.

—Cuatro caballas, seis tramboyes y... veinte borrachos —adivinó divertida Johanna.

—Puro borracho nomás —rio Margarita. Pero acuérdate que aunque pesquemos solo anguilas, no podemos botar nada.

Parte del acuerdo entre ellas era dejar que todo el balneario viera lo que habían pescado fuera lo que fuera. Los llevarían todos colgados del cordel como habían visto hacer a algunos pescadores de anzuelo y también a sus padres; aunque, claro, ellos pescaban corvinas y lenguados enormes porque se iban mucho más lejos con *jeeps* que cruzaban los arenales y luego en botes de motor. Además, acampaban durante varios días en playas solitarias, cocinando sus propios pescados y comiéndoselos crudos con un poco de limón.

—Yo voy a pescar un lenguado —sentenció Margarita—. Te lo prometo.

—Para eso tendríamos que irnos más allá de Lobo Varado —contestó Johanna—. Mira, si acabamos de salir de la bahía.

—Es cierto, y estoy cansada y con calor. ¿Qué tal si nos bañamos para después remar con más fuerza? —propuso. Johanna aceptó de inmediato.

Nadaron y bucearon un buen rato hasta que se percataron de que el bote se había alejado. Tuvieron que nadar rápidamente para lograr subirse a él. Como el bote era grande y pesado, avanzaba lentamente. Diez metros más allá, decidieron anclarlo para tentar suerte. Durante media hora no pescaron nada: puro yuyo no más. De pronto, Margarita gritó: «¡Es enorme, es enorme!». Tiraba del cordel con tanta fuerza que el bote parecía a punto

de voltearse. Al fin salió. Era un borrachito pequeño que se movía con las justas, pues había sido pescado por el vientre.

—Bótalo —dijo Johanna desencantada, pero Margarita se molestó y le hizo recordar el pacto de llevar a tierra todo lo que pescaran.

Se movieron todavía unos metros más allá, alejándose siempre de las rocas. Recordaban muchas historias de ahogados cuyas embarcaciones se habían estrellado contra ellas, al subir sorpresivamente la marea. Luego de comer los chocolates y tomar un poco de agua gaseosa, intentaron nuevamente la pesca en un lugar que parecía más adecuado por el silencio que había, distante de las lanchas de motor que ahuyentaban a los peces.

Efectivamente, allí empezaron a pescar con bastante suerte. Margarita había pescado ya una caballa y tres tramboyes, además de montones de borrachos, Johanna tenía cuatro tramboyes: los borrachos no quería ni contarlos. Era la mejor hora de sol, y les provocó bañarse nuevamente; pero cuando Margarita se zambulló en el mar, Johanna —no supo por qué— echó su anzuelo una vez más. Casi inmediatamente sintió un leve tirón, justo en el momento en que Margarita la llamaba para que se uniera a ella. Levantó el anzuelo pensando que era un yuyo, porque no se movía mucho, y de pronto vio, saliendo del mar, un lenguado chico. Lo subió cuidadosamente. Se le cortaba la respiración. Solo cuando lo tuvo bien seguro dentro del bote, pudo gritar.

—¡Un lenguado, Marga! ¡He pescado un lenguado!

Ella subió con un gran salto y quiso agarrarlo, pero Johanna no se lo permitió. Estaba muy nerviosa tratando de sacarle el anzuelo sin hacerle daño. Cuando lo liberó, lo miró con orgullo. Sentía que iba a estallar de alegría; pocas veces en su vida se había sentido tan feliz. Luego de darse un chapuzón, siguió pescando más entusiasmadamente que nunca, sabiendo ya que era capaz de sacar más lenguados y hasta una corvina. Margarita, por su parte, se había quedado callada, como resentida.

Atardecía cuando Margarita se empezó a aburrir. Tomaba gaseosa y la escupía al mar imaginándose que los peces subirían a tomarla.

—Mira, mira —decía—. Se distingue el color anaranjado. ¿Tú no crees que los peces sientan un olor diferente y suban a ver qué es?

—Los peces no tienen olfato —respondió Johanna.

No sabía si era por la emoción del lenguado, pero ella no se cansaba de pescar, aunque solo picaban borrachitos. Margarita se puso a contar los pescados. Ella tenía catorce y Johanna solo doce, pero claro, ella tenía su lenguado. Marga se acercó para mirarlo.

—Es lindo —dijo—, pero está lleno de baba. Voy a lavarlo.

—¡No! —replicó Johanna—. Se te va a caer.

—Pero míralo, está horrible —contestó ella de inmediato.

—Cuando terminemos de pescar amarramos todos y solo entonces los lavamos —sentenció Johanna, porque sabía que la baba podía hacer que el lenguado se le deslizara de las manos.

Minutos después, sin embargo, Margarita se puso a lavarlo. Johanna entonces vio su rostro diferente, como si se hubiera transformado en otra persona. Una chispa extraña centelleaba en sus ojos y no se atrevió a decirle nada. De pronto Marga dijo, con una voz suave y ronca, extraña: se me resbaló. Johanna no podía creerlo. Sentía una sensación rara, desconocida hasta entonces. Algo como un derrumbamiento. Estaba a punto de llorar. En un instante había desaparecido de su mente la imagen que había guardado durante todo el día. Se había visto ya bajando del muelle con el lenguado, los rostros de sorpresa de todos los chicos del grupo, recibiendo las felicitaciones de los pescadores viejos, sintiéndose más cerca de ellos.

Por más que Margarita la consoló y prometió que pescaría otro igual para dárselo, no podía sacarse de encima esa horrible sensación. Sentía además que odiaba a su amiga. A pesar de ello, siguieron pescando en silencio hasta que se hizo de noche. En la playa las esperaban asustados, pensando que les había ocurrido algo malo, preparando el rescate con las anclas de los botes levantadas. Antes de bajar, Margarita quiso regalarle la caballa a Johanna, pero ella se negó con rabia. Sabía que no aceptarla significaba dejar de ser tan amigas como habían sido hasta entonces, pero ya nada le importaba. Cuando desembarcaron, Johanna quedó en silencio sin mostrar nada de lo que había pescado, mientras miraba de reojo a Margarita exhibiendo orgullosa su caballa. En ese instante Johanna comprendió que la dolorosa sensación que la embargaba no era solo por haber perdido un lenguado.





## FUENTE OVEJUNA

1619

FÉLIX LOPE DE VEGA

(español)



### ACTO III (FRAGMENTO) [ESCENA III]

*Sale Laurencia, desmelenada.*

Laurencia:      Dejádme entrar, que bien puedo,  
                         en consejo de los hombres;  
                         que bien puede una mujer,  
                         si no dar voto, a dar voces.  
                         ¿Conoceisme?

Esteban:                              ¡Santo cielo!  
                         ¿No es mi hija?

Juan:                                      ¿No conoces  
                         a Laurencia?

Laurencia:                              Vengo tal,  
                         que mi diferencia os pone  
                         en contingencia quién soy.

Esteban:                              ¡Hija mía!

Laurencia:                              No me nombres  
                         tu hija.

Esteban:                              ¿Por qué, mis ojos?  
                         ¿Por qué?

Laurencia:

¡Por muchas razones!

Y sean las principales,  
porque dejás que me roben  
tiranos sin que me vengues,  
traidores sin que me cobres.  
Aún no era yo de Frondoso,  
para que digas que tome,  
como marido, venganza,  
que aquí por tu cuenta corre;  
que en tanto que de las bodas  
que no haya llegado la noche,  
del padre y no del marido,  
la obligación presupone;  
que en tanto que no me entregan  
una joya, aunque la compre,  
no ha de correr por mi cuenta  
las guardas ni los ladrones.  
Llevome de vuestros ojos  
a su casa Fernán Gómez;  
la oveja al lobo dejáis,  
como cobardes pastores.  
¿Qué dagas no vi en mi pecho?  
¿Qué desatinos enormes,  
qué palabras, qué amenazas,  
y qué delitos atroces  
por rendir mi castidad  
a sus apetitos torpes!  
Mis cabellos, ¿no lo dicen?  
¿No se ven aquí los golpes,  
de la sangre, y las señales?  
¿Vosotros sois hombres nobles?  
¿Vosotros, padres y deudos?  
¿Vosotros, que no se os rompen  
las entrañas de dolor,  
de verme en tantos dolores?  
Ovejas sois, bien lo dice  
de Fuente Ovejuna el nombre.  
¡Dadme unas armas a mí,  
pues sois piedra, pues sois bronces,  
pues sois jaspes, pues sois tigres...!  
Tigres no, porque feroces  
siguen quien roba sus hijos,  
matando los cazadores

antes que entren por el mar,  
y por sus ondas se arrojen.  
Liebres cobardes nacistes;  
bárbaros sois, no españoles.  
¡Gallinas, vuestras mujeres  
sufrís que otros hombres gocen!  
¡Poneos ruelas en la cinta!  
¿Para qué os ceñís estoques?  
¡Vive Dios, que he de trazar  
que solas las mujeres cobren  
la honra, de estos tiranos,  
la sangre, de estos traidores!  
¡Y que os han de tirar piedras,  
hilanderas, maricones,  
amujerados, cobardes!  
¡Y que mañana os adornen  
nuestras tocas y basquiñas,  
solimanes y colores!  
A Frondoso quiere ya,  
sin sentencia, sin pregones,  
colgar el Comendador  
del almena de una torre;  
de todos hará lo mismo;  
y yo me huelgo, medio hombres,  
porque quede sin mujeres  
esta villa honrada, y torne  
aquel siglo de amazonas,  
eterno espanto del orbe.

- Esteban: Yo, hija, no soy de aquellos  
que permiten que los nombres  
con esos títulos viles.  
Iré solo, si se pone  
todo el mundo contra mí.
- Juan: Y yo, por más que me asombre  
la grandeza del contrario.
- Regidor: Muramos todos.

Barrildo: Descoge  
un lienzo al viento en un palo,  
y mueran estos inormes.

Juan: ¿Qué orden pensáis tener?

Mengo: Ir a matarle sin orden.  
Juntad el pueblo a una voz,  
que todos están conformes  
en que los tiranos mueran.

Esteban: Tomad espadas, lanzones,  
ballestas, chuzos y palos.

Mengo: ¡Los reyes, nuestros señores,  
vivan!

Todos: ¡Vivan muchos años!

Mengo: ¡Mueran tiranos traidores!

Todos: ¡Traidores tiranos mueran!

*Vanse todos.*



## LA SIESTA DEL MARTES

«La siesta del martes» es un cuento escrito por el premio Nobel Gabriel García Márquez y en él se aprecian las características del realismo mágico. Una de ellas es la presencia de descripciones impactantes. Por ejemplo:

«La mujer parecía demasiado vieja para ser su madre, a causa de las venas azules en los párpados y del cuerpo pequeño, blando y sin formas, en un traje cortado como una sotana. Viajaba con la columna vertebral firmemente apoyada contra el espaldar del asiento, sosteniendo en el regazo con ambas manos una cartera de charol desconchado. Tenía la serenidad escrupulosa de la gente acostumbrada a la pobreza».

En esta descripción, se da cuenta del aspecto físico del personaje. Imagina cómo es su personalidad y descríbela brevemente.

---



---

Este cuento muestra algunas costumbres de un pueblo pequeño. ¿Estás familiarizado con algunas de ellas?, ¿con cuál? ¿Qué diferencias encuentras con un martes cualquiera en el lugar en que vives?

---



---



---

¿Por qué crees que la mujer se esfuerza, mediante su actitud y discurso, por mostrarse dura, incluso prohibiendo a la niña que lllore?

---

La censura moral del sacerdote contrasta con las explicaciones que da la madre sobre el proceder de su hijo muerto, haciéndonos comprender que las historias pueden ser vistas desde diferentes perspectivas. ¿A quién le crees más? ¿Por qué?

---



---

## LA MESA DEL CÓNDOR

«La mesa del cóndor» es un relato que se ha transmitido de manera oral, de generación en generación. Resume brevemente las acciones principales que suceden en esta historia.

---



---



---

Cuando el cóndor es descubierto, el pueblo entero se une para atacarlo. ¿Por qué crees que se unen?

---



---

En los relatos de tradición oral, el cóndor es representado como símbolo de grandeza; sin embargo, en esta oportunidad se resalta su violencia. ¿Por qué crees que se presenta este contraste? Menciona, con referencias del texto, algunas de las características que posee este legendario animal.

---



---



---

**LADRONES EN LA IGLESIA**

En este cuento, Alberto Moravia recrea un ambiente pobre. Escribe algunas ideas que transmitan esta imagen.

---



---



---

El robo es un acto delictivo; sin embargo, desde la perspectiva de esta narración, existe una serie de eventos que suavizan esta condición. Señala dos o tres situaciones que aminoran el acto delictivo.

---



---



---

¿Cómo justifica la mujer su robo? ¿Qué opinas al respecto?

---



---



---

La religiosidad representada por la mujer resulta irónica cuando se entiende que está participando en el robo de una iglesia. ¿Qué crees que quiere transmitir el autor con este hecho?

---



---



---

¿Consideras que las creencias de la pareja son reales o solo oportunistas dada su situación? Responde con dos argumentos que contengan referencias a la historia.

---



---



---



## MANIFIESTO

Imagina que Nicanor Parra te pidió consejo acerca de su poema «Manifiesto». Él duda sobre utilizar la primera persona del plural para su poema. ¿Qué consejo podrías darle? ¿Crees que es una buena opción?, ¿por qué?

---



---

Desde el título del poema, se aprecia la intencionalidad de la voz poética de expresar o manifestar una posición. Relaciona la sencillez y el sentido del título con el contenido que se desarrolla en el poema.

---



---

¿Por qué crees que el autor del poema utiliza un lenguaje coloquial y directo?

---



---



---

El cierre del poema, en un solo verso, es: «Los poetas bajaron del Olimpo». ¿Consideras que el final es apropiado?, ¿por qué?

---



---

## EL LENGUADO

¿Por qué se pelean las amigas? ¿Cuáles son las emociones principales que deterioran esta amistad?

---



---

¿Consideras que Margarita perdió el lenguado a propósito? ¿Qué indicios da el cuento de que haya sido así?

---



---

Imagina que tú eres Johanna y que Margarita te acaba de decir lo que ha pasado con el lenguado. Esta vez no te quedas en silencio. Considerando que es tu amiga y de acuerdo con la secuencia de lo sucedido en la historia, ¿qué le contestarías?

---



---



---



---

Este cuento revela la fragilidad de una amistad. ¿Crees que Johanna y Margarita debieron pelearse? ¿Cómo pudieron solucionarlo según tu punto de vista?

---



---



---



---

**FUENTE OVEJUNA**

Laurencia reclama a su padre su actitud pasiva ante las injusticias cometidas a su honor. El tono del lenguaje empleado por ella es violento, ¿crees que se justifica que le hable así a su padre? Explica tus razones.

---



---

La posición de Laurencia ante su padre es reveladora, pues adquiere una actitud enérgica que contrasta con las costumbres de aquella época. Relee el fragmento y señala tres ejemplos que ilustren esta actitud.

---



---

¿En qué consiste el reclamo de Laurencia? ¿Lo consideras justo? ¿Por qué?

---



---



---

La actitud del padre ante el reclamo de su hija tiene un tono revolucionario. Explica el porqué de esta afirmación citando ejemplos del fragmento.

---



---



---



---



---



---



---



---









## ENDECHAS

1971

ALEJANDRA PIZARNIK

(argentina)



### I

El lenguaje silencioso engendra fuego. El silencio se propaga, el silencio es fuego.

Era preciso decir acerca del agua o simplemente apenas nombrarla, de modo de atraerse la palabra agua para que apague las llamas de silencio.

Porque no cantó, su sombra canta. Donde una vez sus ojos hechizaron mi infancia, el silencio al rojo rueda como un sol.

En el corazón de la palabra lo alcanzaron; y yo no puedo narrar el espacio ausente y azul creado por sus ojos.

### II

Con una esponja húmeda de lluvia gris borraron el ramo de lilas dibujado en su cerebro.

El signo de su estar es la enlutada escritura de los mensajes que se envía. Ella se prueba en su nuevo lenguaje e indaga el peso del muerto en la balanza de su corazón.

### III

Y el signo de su estar crea el corazón de la noche.

Apasionada: alguna vez se olvidarán las culpas, se emparentarán los vivos y los muertos.

Aprisionada: no has sabido prever que su final iría a ser la gruta a donde iban los malos en los cuentos para niños.

Aprisionada: deja que se cante como se pueda y se quiera. Hasta que en la merecida noche se cierna la brusca desocultada. A exceso de sufrimiento exceso de noche y de silencio.

#### IV

Las metáforas de asfixia se despojan del sudario, el poema. El terror es nombrado con el modelo delante, a fin de no equivocarse.

#### V

Y yo sola con mis voces, y tú, tanto estás del otro lado que te confundo conmigo.



## ¡DILES QUE NO ME MATEN!

1951

JUAN RULFO

(mexicano)



— ¡Diles que no me maten, Justino! Anda, vete a decirles eso. Que por caridad. Así diles. Diles que lo hagan por caridad.

—No puedo. Hay allí un sargento que no quiere oír hablar nada de ti.

—Haz que te oigan. Date tus mañas y dile que para sustos ya ha estado bueno. Dile que lo haga por caridad de Dios.

—No se trata de sustos. Parece que te van a matar de a de veras. Y yo ya no quiero volver allá.

—Anda otra vez. Solamente otra vez, a ver qué consigues.

—No. No tengo ganas de ir. Según eso, yo soy tu hijo. Y, si voy mucho con ellos, acabarán por saber quién soy y les dará por afusilarme a mí también. Es mejor dejar las cosas de este tamaño.

—Anda, Justino. Diles que tengan tantita lástima de mí. Nomás eso diles.

Justino apretó los dientes y movió la cabeza diciendo:

—No.

Y siguió sacudiendo la cabeza durante mucho rato.

—Dile al sargento que te deje ver al coronel. Y cuéntale lo viejo que estoy. Lo poco que valgo. ¿Qué ganancia sacará con matarme? Ninguna ganancia. Al fin y al cabo él debe de tener un alma. Dile que lo haga por la bendita salvación de su alma.

Justino se levantó de la pila de piedras en que estaba sentado y caminó hasta la puerta del corral. Luego se dio vuelta para decir:

—Voy, pues. Pero si de perdida me afusilan a mí también, ¿quién cuidará de mi mujer y de los hijos?

—La Providencia, Justino. Ella se encargará de ellos. Ocúpate de ir allá y ver qué cosas haces por mí. Eso es lo que urge.

Lo habían traído de madrugada. Y ahora era ya entrada la mañana y él seguía todavía allí, amarrado a un horcón, esperando. No se podía estar quieto. Había hecho el intento de dormir un rato para apaciguarse, pero el sueño se le había ido. También se le había ido el hambre. No tenía ganas de nada. Solo de vivir. Ahora que sabía bien a bien que lo iban a matar, le habían entrado unas ganas tan grandes de vivir como solo las puede sentir un recién resucitado.

Quién le iba a decir que volvería aquel asunto tan viejo, tan rancio, tan enterrado como creía que estaba. Aquel asunto de cuando tuvo que matar a don Lupe. No nada más por nomás, como quisieron hacerle ver los de Alima, sino porque tuvo sus razones. Él se acordaba:

Don Lupe Terreros, el dueño de la Puerta de Piedra, por más señas su compadre. Al que él, Juvencio Nava, tuvo que matar por eso; por ser el dueño de la Puerta de Piedra y que, siendo también su compadre, le negó el pasto para sus animales.

Primero se aguantó por puro compromiso. Pero después, cuando la sequía, en que vio cómo se le morían uno tras otro sus animales hostigados por el hambre y que su compadre don Lupe seguía negándole la yerba de sus potreros, entonces fue cuando se puso a romper la cerca y a arrear la bola de animales flacos hasta las paraneras para que se hartaran de comer. Y eso no le había gustado a don Lupe, que mandó tapar otra vez la cerca, para que él, Juvencio Nava, le volviera a abrir otra vez el agujero. Así, de día se tapaba el agujero y de noche se volvía a abrir, mientras el ganado estaba allí, siempre pegado a la cerca, siempre esperando; aquel ganado suyo que antes nomás se vivía oliendo el pasto sin poder probarlo.

Y él y don Lupe alegaban y volvían a alegar sin llegar a ponerse de acuerdo.

Hasta que una vez don Lupe le dijo:

—Mira, Juvencio, otro animal más que metas al potrero y te lo mato.

Y él contestó:

—Mire, don Lupe, yo no tengo la culpa de que los animales busquen su acomodo. Ellos son inocentes. Ahí se lo haiga si me los mata.

«Y me mató un novillo.

»Esto pasó hace treinta y cinco años, por marzo, porque ya en abril andaba yo en el monte, corriendo del exhorto. No me valieron ni las diez vacas que le di al juez, ni el embargo de mi casa para pagarle la salida de la cárcel. Todavía después se pagaron con lo que quedaba nomás por no perseguirme, aunque de todos modos me perseguían. Por eso me vine a vivir junto con mi hijo a este otro terrenito que yo tenía y que se nombra Palo de Venado. Y mi hijo creció y se casó con la nuera Ignacia y tuvo ya ocho hijos. Así que la cosa ya va para viejo, y según eso debería estar olvidada. Pero, según eso, no lo está.

»Yo entonces calculé que con unos cien pesos quedaba arreglado todo. El difunto don Lupe era solo, solamente con su mujer y los dos muchachitos todavía de a gatas. Y la viuda pronto murió también dizque de pena. Y a los muchachitos se los llevaron lejos, donde unos parientes. Así que, por parte de ellos, no había que tener miedo.

»Pero los demás se atuvieron a que yo andaba exhortado y enjuiciado para asustarme y seguir robándome. Cada que llegaba alguien al pueblo me avisaban:

»—Por ahí andan unos fuereños, Juvencio.

»Y yo echaba pal monte, entreverándome entre los madroños y pasándome los días comiendo solo verdolagas. A veces tenía que salir a la medianoche, como si me fueran correteando los perros. Eso duró toda la vida. No fue un año ni dos. Fue toda la vida».

Y ahora habían ido por él, cuando no esperaba ya a nadie, confiado en el olvido en que lo tenía la gente; creyendo que al menos sus últimos días los pasaría tranquilo. «Al menos esto —pensó— conseguiré con estar viejo. Me dejarán en paz».

Se había dado a esta esperanza por entero. Por eso era que le costaba trabajo imaginar morir así, de repente, a estas alturas de su vida, después de tanto pelear para librarse de la muerte; de haberse pasado su mejor tiempo tirando de un lado para otro arrastrado por los sobresaltos y cuando su cuerpo había acabado por ser un puro pellejo correoso curtido por los malos días en que tuvo que andar escondiéndose de todos.

Por si acaso, ¿no había dejado hasta que se le fuera su mujer? Aquel día en que amaneció con la nueva de que su mujer se le había ido, ni siquiera le pasó por la cabeza la intención de salir a buscarla. Dejó que se fuera sin indagar para nada ni con quién ni para dónde, con tal de no bajar al pueblo. Dejó que se fuera como se le había ido todo lo demás, sin meter las manos. Ya

lo único que le quedaba para cuidar era la vida, y esta la conservaría a como diera lugar. No podía dejar que lo mataran. No podía. Mucho menos ahora.

Pero para eso lo habían traído de allá, de Palo de Venado. No necesitaron amarrarlo para que los siguiera. Él anduvo solo, únicamente maniatado por el miedo. Ellos se dieron cuenta de que no podía correr con aquel cuerpo viejo, con aquellas piernas flacas como sicuas secas, acalambradas por el miedo de morir. Porque a eso iba. A morir. Se lo dijeron.

Desde entonces lo supo. Comenzó a sentir esa comezón en el estómago, que le llegaba de pronto siempre que veía de cerca la muerte y que le sacaba el ansia por los ojos, y que le hinchaba la boca con aquellos buches de agua agria que tenía que tragarse sin querer. Y esa cosa que le hacía los pies pesados mientras su cabeza se le ablandaba y el corazón le pegaba con todas sus fuerzas en las costillas. No, no podía acostumbrarse a la idea de que lo mataran.

Tenía que haber alguna esperanza. En algún lugar podría aún quedar alguna esperanza. Tal vez ellos se hubieran equivocado. Quizá buscaban a otro Juvencio Nava y no al Juvencio Nava que era él.

Caminó entre aquellos hombres en silencio, con los brazos caídos. La madrugada era oscura, sin estrellas. El viento soplabo despacio, se llevaba la tierra seca y traía más, llena de ese olor como de orines que tiene el polvo de los caminos.

Sus ojos, que se habían apeñuscado con los años, venían viendo la tierra, aquí, debajo de sus pies, a pesar de la oscuridad. Allí en la tierra estaba toda su vida. Sesenta años de vivir sobre de ella, de encerrarla entre sus manos, de haberla probado como se prueba el sabor de la carne. Se vino largo rato desmenuzándola con los ojos, saboreando cada pedazo como si fuera el último, sabiendo casi que sería el último.

Luego, como queriendo decir algo, miraba a los hombres que iban junto a él. Iba a decirles que lo soltaran, que lo dejaran que se fuera: «Yo no le he hecho daño a nadie, muchachos», iba a decirles, pero se quedaba callado. «Más adelantito se los diré», pensaba. Y solo los veía. Podía hasta imaginar que eran sus amigos; pero no quería hacerlo. No lo eran. No sabía quiénes eran. Los veía a su lado ladeándose y agachándose de vez en cuando para ver por dónde seguía el camino.

Los había visto por primera vez al pardear de la tarde, en esa hora desteñida en que todo parece chamuscado. Habían atravesado los surcos pisando la milpa tierna. Y él había bajado a eso: a decirles que allí estaba comenzando a crecer la milpa. Pero ellos no se detuvieron.

Los había visto con tiempo. Siempre tuvo la suerte de ver con tiempo todo. Pudo haberse escondido, caminar unas cuantas horas por el cerro mientras ellos se iban y después volver a bajar. Al fin y al cabo la milpa no se lograría de ningún modo. Ya era tiempo de que hubieran venido las



aguas y las aguas no aparecían y la milpa comenzaba a marchitarse. No tardaría en estar seca del todo.

Así que ni valía la pena de haber bajado; haberse metido entre aquellos hombres como en un agujero, para ya no volver a salir.

Y ahora seguía junto a ellos, aguantándose las ganas de decirles que lo soltaran. No les veía la cara; solo veía los bultos que se repegaban o se separaban de él. De manera que cuando se puso a hablar, no supo si lo habían oído. Dijo:

—Yo nunca le he hecho daño a nadie —eso dijo. Pero nada cambió. Ninguno de los bultos pareció darse cuenta. Las caras no se volvieron a verlo. Siguieron igual, como si hubieran venido dormidos.

Entonces pensó que no tenía nada más que decir, que tendría que buscar la esperanza en algún otro lado. Dejó caer otra vez los brazos y entró en las primeras casas del pueblo en medio de aquellos cuatro hombres oscurecidos por el color negro de la noche.

—Mi coronel, aquí está el hombre.

Se habían detenido delante del boquete de la puerta. Él, con el sombrero en la mano, por respeto, esperando ver salir a alguien. Pero solo salió la voz:

—¿Cuál hombre? —preguntaron.

—El de Palo de Venado, mi coronel. El que usted nos mandó a traer.

—Pregúntale que si ha vivido alguna vez en Alima —volvió a decir la voz de allá adentro.

—¡Ey, tú! ¿Que si has habitado en Alima? —repitió la pregunta el sargento que estaba frente a él.

—Sí. Dile al coronel que de allá mismo soy. Y que allí he vivido hasta hace poco.

—Pregúntale que si conoció a Guadalupe Terreros.

—Que dizque si conociste a Guadalupe Terreros.

—¿A don Lupe? Sí. Dile que sí lo conocí. Ya murió.

Entonces la voz de allá adentro cambió de tono:

—Ya sé que murió —dijo. Y siguió hablando como si platicara con alguien allá, al otro lado de la pared de carrizos.

—Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta. Con nosotros, eso pasó.

»Luego supe que lo habían matado a machetazos, clavándole después

una pica de buey en el estómago. Me contaron que duró más de dos días perdido y que, cuando lo encontraron, tirado en un arroyo, todavía estaba agonizando y pidiendo el encargo de que le cuidaran a su familia.

»Esto, con el tiempo, parece olvidarse. Uno trata de olvidarlo. Lo que no se olvida es llegar a saber que el que hizo aquello está aún vivo, alimentando su alma podrida con la ilusión de la vida eterna. No podría perdonar a ese, aunque no lo conozco; pero el hecho de que se haya puesto en el lugar donde yo sé que está, me da ánimos para acabar con él. No puedo perdonarle que siga viviendo. No debía haber nacido nunca».

Desde acá, desde afuera, se oyó bien claro cuanto dijo. Después ordenó:

—¡Llévenselo y amárrenlo un rato, para que padezca, y luego fusílenlo!

—¡Mírame, coronel! —pidió él—. Ya no valgo nada. No tardaré en morirme solito, derrengado de viejo. ¡No me mates...!

—¡Llévenselo! —volvió a decir la voz de adentro.

—... Ya he pagado, coronel. He pagado muchas veces. Todo me lo quitaron. Me castigaron de muchos modos. Me he pasado cosa de cuarenta años escondido como un apestado, siempre con el pálpito de que en cualquier rato me matarían. No merezco morir así, coronel. Déjame que, al menos, el Señor me perdone. ¡No me mates! ¡Diles que no me maten!

Estaba allí, como si lo hubieran golpeado, sacudiendo su sombrero contra la tierra. Gritando.

En seguida la voz de allá adentro dijo:

—Amárrenlo y denle algo de beber hasta que se emborrache para que no le duelan los tiros.

Ahora, por fin, se había apaciguado. Estaba allí arrinconado al pie del horcón. Había venido su hijo Justino y su hijo Justino se había ido y había vuelto y ahora otra vez venía.

Lo echó encima del burro. Lo apretaló bien apretado al aparejo para que no se fuese a caer por el camino. Le metió su cabeza dentro de un costal para que no diera mala impresión. Y luego le hizo pelos al burro y se fueron, arrebiatados, de prisa, para llegar a Palo de Venado todavía con tiempo para arreglar el velorio del difunto.

—Tu nuera y los nietos te extrañarán —iba diciéndole—. Te mirarán a la cara y creerán que no eres tú. Se les afigurará que te ha comido el coyote, cuando te vean con esa cara tan llena de boquetes por tanto tiro de gracia como te dieron.

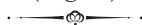


## UNA SALITA CERCA DE LA CALLE EDGWARE

1947

GRAHAM GREENE

(inglés)



**B**ajo la suave llovizna estival, Craven pasó junto a la estatua de Aquiles. Acababan de encender las luces, pero ya los coches se apiñaban en dirección de Marbel Arch, y sus angulosos y calculadores rostros judíos se asomaban a la calle, dispuestos a pasar un buen rato con cualquier cosa que les saliera al paso. Amargamente, Craven pasaba a su lado, con el cuello del impermeable cerrado hasta la garganta; era uno de sus días malos.

Durante todo el trayecto a través del parque se vio obligado a recordar que el amor existía; pero el amor exigía dinero. Un pobre debía conformarse con el placer físico. El amor exigía un buen traje, un coche, un departamento en alguna parte, o un buen hotel. Exigía que lo envolvieran en celofán. Todo el tiempo tenía conciencia de su raída corbata bajo el impermeable, y de sus mangas gastadas; iba con su cuerpo como con alguien a quien odiara (solía tener momentos de felicidad en el salón de lectura del British Museum, pero el cuerpo lo llamaba a la realidad). Sus únicos sentimientos eran algunos recuerdos de feos actos cometidos en los bancos de las plazas. Para la mayoría de la gente, el cuerpo moría demasiado pronto; pero ese no era el inconveniente para Craven, de ningún modo. El cuerpo seguía viviendo; a través de la brillante y metálica lluvia, de paso hacia alguna tribuna, cruzó un hombrecito de negro con una bandera: «El cuerpo renacerá del polvo». Recordó un sueño; un sueño del cual ya había despertado tres veces temblando: estaba solo en el enorme, oscuro y cavernoso cementerio del mundo; el globo terrestre era un panal de muertos, y en el sueño descubría que el cuerpo no se destruye. No hay gusanos ni disolución. Debajo de la superficie, el mundo está repleto de masas de carne muerta preparada para volver a levantarse con sus verrugas, sus forúnculos y sus erupciones. Después, permanecía tendido en su lecho, recordando —como «anuncios de gran alegría»— que, después de todo, el cuerpo se corrompe.

Con rápido paso, tomó por la calle Edgware; los soldados de la Guardia se paseaban en parejas, como grandes y alargadas bestias lánguidas; dentro de sus

pantalones ajustados, sus cuerpos parecían gusanos. Los odiaba, y odiaba su odio porque sabía lo que era: envidia. Sabía que cada uno de ellos tenía un cuerpo mejor que el suyo; la indigestión le consumía el estómago; estaba seguro de que su aliento era repugnante, pero, ¿a quién podría preguntárselo? A veces se perfumaba secretamente, aquí y allá; era uno de los más feos de sus secretos. ¿Por qué le pedía que creyera en la resurrección del cuerpo que él tanto deseaba olvidar? A veces rezaba, de noche (un dejo de creencia religiosa se alojaba en su pecho como un gusano en una nuez), para que por lo menos su cuerpo no resurgiera.

Conocía demasiado bien las calles laterales que cruzaban la calle Edgware; cuando estaba de mal humor, caminaba simplemente hasta cansarse, mirando de reojo su propia imagen en las vidrieras de Salmon y Gluckstein y del A. B. C. Por eso advirtió de inmediato los carteles frente al teatro abandonado de la calle Culpar. No eran muy inusitados, porque a veces la Sociedad Dramática de Barclays Bank alquilaba por una noche el local; otras veces pasaba alguna oscura película con fines comerciales. El teatro había sido construido en 1920 por un optimista que pensó que la baratura del terreno compensaría de sobra la desventaja de que estuviera situado a una milla de distancia de la zona de los teatros. Pero ninguna obra tuvo éxito en él, y pronto el local quedó abandonado, llenándose poco a poco de nidos de ratas y telarañas. El forro de los asientos no fue nunca renovado; y la única vida del lugar consistía en la temporaria y falsa agitación de alguna obra de aficionados, o de alguna función de beneficencia.

Craven se detuvo y leyó; parecía que todavía había optimistas en 1939, porque solo el más ciego optimista podía alimentar la esperanza de ganar dinero en ese lugar convirtiéndolo en «El hogar del cine mudo». Se anunciaba la primera temporada de «primitivos» (una expresión *snob*<sup>1</sup>); no habría nunca una segunda. Bueno, la entrada era barata, y ya que estaba cansado, quizá valiera un chelín meterse en cualquier parte para salir de la lluvia. Craven compró una entrada, y se sumergió en las tinieblas de la platea.

En la profunda oscuridad, un piano tintineaba algo que monótonamente recordaba a Mendelssohn; Craven se sentó en un asiento lateral, e inmediatamente tuvo conciencia del vacío que lo rodeaba. No, no habría una segunda temporada. En la pantalla, una mujer voluminosa con una especie de toga se retorció las manos, y luego se dirigía hacia un diván, bamboleándose con extraños movimientos y sacudidas. Allí se sentó, y se quedó mirando desesperadamente hacia delante, como un perro ovejero, a través de su pelo, suelto, oscuro y acordonado. A veces parecía disolverse definitivamente en puntos, lucecitas y líneas onduladas. Un subtítulo decía: «Pompilia traicionada por su amante Augusto trata de poner fin a sus desdichas».

Por fin Craven comenzó a ver un confuso desierto de plateas. No había más de veinte personas en el local; unas cuantas parejas que murmuraban con las cabezas juntas, y unos cuantos hombres solitarios que llevaban como él el mismo uniforme impermeable barato. Estaban diseminados a intervalos, como

1 *Snob*: persona que imita con afectación las maneras, opiniones, etc., de aquellos a quienes considera distinguidos.

cadáveres; y nuevamente volvió la obsesión de Craven, el dolor de muelas del terror. Pensó angustiado: «Estoy enloqueciendo; los demás no sienten estas cosas». Hasta un teatro abandonado le recordaba esas interminables cavernas donde los cadáveres esperan la resurrección.

«Esclavo de la pasión, Augusto pide más vino».

Un obeso y maduro actor teutón yacía sobre un codo en un diván, abrazado a una vasta mujer. La *Canción de primavera* tintineaba ineptamente, y la pantalla fluctuaba como una indigestión. Alguien se acercó tanteando en la oscuridad, tropezando con las rodillas de Craven; era un hombre bajo. Craven experimentó la desagradable sensación de una larga barba que le acariciaba la boca. Luego oyó un profundo suspiro, mientras el recién llegado se ubicaba en el asiento contiguo; en la pantalla los acontecimientos habían adelantado con tal rapidez que Pompilia ya se había matado con un puñal —por lo menos, eso supuso Craven— y yacía inmóvil y opulenta entre sus lacrimosas esclavas.

Una voz fatigada y baja suspiró cerca de la oreja de Craven:

—¿Qué pasó? ¿Está durmiendo?

—No. Está muerta.

—¿Asesinada? —preguntó la voz, con intenso interés.

—No creo. Se suicidó.

Nadie chistó; nadie estaba tan interesado como para reprochar una conversación; los espectadores yacían en sus diversos asientos en actitudes de cansada distracción.

La película no terminaba allí; había que considerar todavía ciertas criaturas; ¿continuaría todo en la segunda generación? Pero el hombrecito barbudo sentado junto a Craven solo parecía interesarse en la muerte de Pompilia. El hecho de haber entrado en ese momento parecía fascinarlo. Craven oyó dos veces la palabra «coincidencia»; el viejo siguió hablando solo, con voz baja y anhelante. «Pensándolo bien, ¡qué absurdo!», y luego: «nada de sangre». Craven no escuchaba; seguía sentado con las manos apretadas entre las rodillas, analizando el hecho que tantas veces había considerado: que corría el riesgo de volverse loco. Tenía que hacer un esfuerzo, tomarse unas vacaciones, ver un médico (Dios sabía qué infección corría por sus venas). Advirtió que su vecino le hablaba.

—¿Qué? —le preguntó impaciente—. ¿Qué decía?

—Que usted no puede imaginarse la cantidad de sangre que habría.

—¿A qué se refiere?

Cuando el hombre le hablaba, lo rociaba con su aliento húmedo. Había en su voz una pequeña burbuja, algo como un impedimento.

—Cuando uno mata a un hombre... —dijo.

—Esta era una mujer —dijo Craven con impaciencia.

—Es lo mismo.

—Y esto no tiene nada que ver con un asesinato, por otra parte.

—No importa.

Parecían haberse internado en una absurda e insensata disputa, en la oscuridad.

—Yo sé, ¿sabe? —dijo el barbudo con un tono de enorme orgullo.

—¿Sabe qué?

—Cómo son esas cosas —dijo con cautelosa ambigüedad.

Craven se volvió y trató de verlo más claramente. ¿Estaría loco? ¿Sería esto un anuncio de lo que podía ocurrirle a él? ¿Algún día se dedicaría a murmurar palabras incomprensibles a los desconocidos en los cinematógrafos? Mientras trataba de seguir la película, pensó: «No, por Dios; no me volveré loco todavía. No me volveré loco nunca». No podía distinguir nada, excepto la mancha negra del cuerpo de su vecino, como una bolsa. El hombre había empezado nuevamente a hablar consigo mismo. Decía: «Charla, tanta charla. Dirán que fue por las cincuenta libras. Pero es mentira. Hay motivos y motivos. Siempre se conforman con el primer motivo. No buscan nunca más allá. Treinta años de motivos. Son tan simples», agregó finalmente con el mismo tono de anhelante ilimitado orgullo. Así que esto era la locura. Mientras pudiera darse cuenta de ello, sería cuerdo... relativamente hablando. No tan cuerdo quizá como los judíos del parque o los guardias de la calle Edgware, pero más cuerdo que esto. Era como un mensaje de estímulo, mientras el piano seguía tintineando.

Luego el hombrecito se volvió hacia él y nuevamente lo roció: «¿Se mató, dice usted? Pero, ¿quién puede saberlo? No basta saber qué mano sostenía el cuchillo». Repentina y confiadamente apoyó su mano sobre la de Craven; una mano húmeda y pegajosa. Al comprender el posible significado de sus palabras, Craven dijo horrorizado:

—¿De qué está usted hablando?

—Yo sé —insistió el hombrecito—. Un hombre en mi posición llega a saber casi todo.

—¿Cuál es su posición? —dijo Craven, sintiendo sobre la suya la mano pegajosa; quizá se estaba portando como un histérico; después de todo, había decenas de explicaciones; podía ser alquitrán.

—Una posición que a *usted* le parecería bastante desesperada.

A veces, la voz se ahogaba completamente en la garganta. Algo incomprensible había ocurrido en la pantalla; quita uno un momento la mirada de esas películas antiguas, y el argumento avanza hasta volverse irreconocible. Solo los actores se movían lentamente y a sacudidas. Una joven en camión parecía llorar en brazos de un centurión romano: Craven no había visto antes a ninguno de los dos. «No temo a la muerte, Lucius, en tus brazos».

El hombrecito comenzó a reírse burlonamente, con aire de entendido. Otra vez hablaba solo. Hubiera sido fácil no prestarle ninguna atención, si no hubiera sido por esa mano pegajosa que ahora se había retirado. Parecía estar tanteando el asiento frente a él. Tenía la costumbre de dejar caer la cabeza repentinamente hacia un costado, como un retardado. Dijo clara e insólitamente: «La tragedia de Bayswater».

—¿Qué es eso? —preguntó con sequedad Craven. Había visto esas palabras en un diario, antes de cruzar el parque.

—¿Qué?

—Eso de la tragedia.

—Pensar que a Cullen Mews lo llaman Bayswater.

De pronto, el hombrecito comenzó a toser, volviendo la cara hacia Craven y tosiéndole encima; parecía una venganza. Luego dijo con voz cascada:

—¿Dónde está? Mi paraguas.

Se levantó del asiento.

—Usted no tenía paraguas.

—Mi paraguas —repitió—. Mi... —y pareció perder definitivamente la palabra. Salió tropezando con las rodillas de Craven.

Craven lo dejó salir, pero antes de que tuviera tiempo de llegar hasta las ondulantes y polvorientas cortinas de la salida, la pantalla apareció vacía e iluminada; la película se había cortado, y alguien encendió inmediatamente una araña cubierta de tierra, que pendía en medio de la sala. La luz era suficiente para que Craven pudiera ver las manchas de sus manos. Esto no era histeria; esto era un hecho. No estaba loco; había estado sentado al lado de un loco que en algún lugar... ¿cómo se llamaba, Colon, Collin...? Craven se levantó de un salto y salió; la cortina negra le golpeó la cara. Pero ya era demasiado tarde; el hombre se había ido, y tenía tres esquinas para elegir. Eligió en cambio una casilla telefónica y marcó, con una sensación curiosa de cordura y decisión, el 999.

No tardó más de dos minutos en dar con la sección que buscaba. Se mostraron interesados y muy atentos. Sí había habido un crimen en Cullen Mews. Habían degollado a un hombre de oreja a oreja con un cuchillo de cortar pan; un crimen horrible. Craven empezó a decirles que había estado sentado al lado del asesino en un cinematógrafo; no podía ser otra persona; todavía tenía las manos manchadas de sangre; y mientras hablaba, recordó con repugnancia la barba húmeda. Pero la voz de Scotland Yard lo interrumpió.

—¡Oh, no! —decía—, tenemos al asesino... de eso no cabe duda ninguna. Es el cadáver lo que ha desaparecido.

Craven colgó el receptor. Se dijo en voz alta: «¿Por qué tenía que sucederme esto a *mí*? ¿Por qué a *mí*?». Volvió a penetrar en el horror de su sueño; la escuálida y oscura calle era uno de los innumerables túneles que comunicaban las tumbas donde los cuerpos imperecederos yacían.

«Fue un sueño», se dijo, y al apoyarse en la pared vio en el espejo, arriba del teléfono, su propia cara rociada por diminutas gotitas de sangre, como el rocío de un perfumero. Comenzó a gritar.

—No quiero volverme loco. No quiero volverme loco. Estoy en mis cabales. No quiero volverme loco.

Una pequeña multitud empezó a reunirse, y pronto acudió un policía.



## EL CIERVO ESCONDIDO

siglo IV a. C.

LIEHTSE

(chino)



**U**n leñador de Cheng se encontró en el campo con un ciervo asustado y lo mató. Para evitar que otros lo descubrieran, lo enterró en el bosque y lo tapó con hojas y ramas. Poco después olvidó el sitio donde lo había ocultado y creyó que todo había ocurrido en un sueño. Lo contó, como si fuera un sueño, a toda la gente. Entre los oyentes hubo uno que fue a buscar al ciervo escondido y lo encontró. Lo llevó a su casa y dijo a su mujer:

—Un leñador soñó que había matado un ciervo y olvidó dónde lo había escondido y ahora yo lo he encontrado. Ese hombre sí que es un soñador.

—Tú habrás soñado que viste un leñador que había matado un ciervo. ¿Realmente crees que hubo un leñador? Pero como aquí está el ciervo, tu sueño debe ser verdadero —dijo la mujer.

—Aun suponiendo que encontré al ciervo por un sueño —contestó el marido—, ¿a qué preocuparse averiguando cuál de los dos soñó?

Aquella noche el leñador volvió a su casa, pensando todavía en el ciervo, y realmente soñó, y en el sueño soñó el lugar donde había ocultado al ciervo y también soñó quién lo había encontrado. Al alba fue a casa del otro, y encontró al ciervo. Ambos discutieron y fueron ante un juez para que resolviera el asunto. El juez le dijo al leñador:

—Realmente mataste un ciervo y creíste que era un sueño. Después soñaste realmente y creíste que era verdad. El otro encontró al ciervo y ahora te lo disputa, pero su mujer piensa que soñó que había encontrado un ciervo que otro había matado. Luego, nadie mató al ciervo. Pero como aquí está el ciervo, lo mejor es que se lo repartan.

El caso llegó a oídos del rey de Cheng y el rey de Cheng dijo:

—¿Y ese juez no estará soñando que reparte un ciervo?





## TALES ERAN SUS ROSTROS

1961

SILVINA OCAMPO

(argentina)

*Tales eran sus rostros; y tenían sus alas  
extendidas por encima, dos cada uno, las  
cuales se juntaban.*

Ezequiel I, 11

¿Cómo los niños menores llegaron a saberlo? Nunca se explicará. Además, falta dilucidar qué llegaron a saber, y si ya no lo sabrían los mayores. Se presume, sin embargo, que fue un hecho real, no una fantasía, y que solo personas que no los conocieron y que no conocieron el colegio y a sus maestras podrían negarlo sin sentir algún escrúpulo.

A la hora en que tocaron, inútilmente, como siempre, para mantener un rito, la campana que anuncia la leche, o un poco más tarde en el recreo, cuando se dirigieron corriendo al patio del fondo, o bien, lo que es más probable, inconscientemente, paulatinamente, diariamente, sin orden de edades ni sexos, llegaron a saberlo, y digo *llegaron*, porque se advirtió por múltiples manifestaciones que estaban esperando, hasta ese momento, algo que les permitiría esperar de nuevo y, definitivamente, algo muy importante. A ciencia cierta, sabemos, que a partir de ese instante, que menciono de modo impreciso, pero sobre el cual se hacen miles de conjeturas, sin perder la inocencia, pero perdiendo esa despreocupación aparente, tan característica de la infancia, los niños no pensaron en otra cosa.

Después de meditarlo, todo deja presumir que los niños lo supieron simultáneamente. En los dormitorios, al dormirse; en el comedor, al comer; en la capilla, al rezar; en los patios, al jugar a la mancha o al Martín Pescador, sentados frente a los pupitres, al hacer los deberes o cumpliendo penitencias; en la plaza cuando se hamacaban; o en los baños, dedicados a la higiene corporal (momentos importantes, porque en ellos las preocupaciones se olvidan), con la misma mirada hosca y abstraída, sus mentes, como

pequeñas máquinas, hilaban la trama de un mismo pensamiento, de un mismo anhelo, de una misma expectación.

La gente que los veía pasar endomingados, limpios y bien peinados, en los días patrios, en las fiestas de la iglesia, o en cualquier domingo, decía:

«Estos niños pertenecen a una misma familia o a una cofradía misteriosa. Son idénticos. ¡Pobres padres! ¡No reconocerán al hijo! Estos tiempos modernos, una misma tijera corta todos los niños (las niñas parecen varones y los varones, niñas); tiempos sin espiritualidad, son crueles».

En efecto, sus caras eran tan parecidas entre sí, tan inexpresivas como las caras de las escarapelas o de la vírgenes de Luján en las medallas que lucían sobre sus pechos.

Pero ellos, cada uno de ellos, en el primer momento, se sentían solos, como si una armadura de hierro los revistiera, incomunicándolos, endureciéndolos. El dolor de cada uno era un dolor individual y terrible; la alegría también y por lo mismo era dolorosa. Humillados, se figuraban diferentes los unos de los otros, como los perros con sus razas tan dispares, o como los monstruos prehistóricos de las láminas. Creían que el secreto, que en ese mismo momento se bifurcaba en cuarenta secretos, no era compartido y no sería jamás compartido. Pero un ángel llegó, el ángel que asiste a veces a las muchedumbres; llegó con su reluciente espejo en alto, como el retrato del candidato, del héroe o del tirano que llevan los manifestantes, y les mostró la identidad de sus caras. Cuarenta caras eran la misma cara; cuarenta conciencias eran la misma conciencia, a pesar de la diferencia de edades y de familia.

Por horrible que sea un secreto, compartido deja a veces de ser horrible, porque su horror da placer: el placer de la comunicación incesante.

Pero quien supone que fuera horrible se adelanta a los acontecimientos. En realidad no se sabe si era horrible y se volvía hermoso, o si era hermoso y se volvía horrible.

Cuando se sintieron más seguros de sí mismos, se escribieron cartas, en papeles de diversos colores, con festones de puntillas o con figuritas pegadas. Al principio eran lacónicas; luego largas y más confusas. Eligieron lugares estratégicos, que servían de estafeta, para que los otros las recogieran.

Porque eran cómplices felices, los inconvenientes habituales de la vida no los molestaban ya.

Si alguno pensaba tomar una decisión, los otros inmediatamente resolvían hacer lo mismo.

Como si desearan igualarse, los menores caminaban de puntillas para parecer más altos; los mayores se encorvaban para parecer más bajos. Se hubiera dicho que los pelirrojos apagaban el fuego de sus cabelleras y que los morenos moderaban la oscuridad de una tez apasionadamente oscura. Los ojos lucían todos las mismas rayitas castañas o grises, que caracterizan los ojos claros. Ya ninguno se comía las uñas, y el único que se chupaba el dedo dejó de hacerlo.

Estaban unidos también por la violencia de los ademanes, por las risas simultáneas, por una solidaridad bulliciosa y súbitamente triste que se refugiaba en los ojos, en el pelo lacio o levemente encrespado. Tan indisolublemente unidos, hubieran derrotado un ejército, una manada de lobos hambrientos, una peste, el hambre, la sed, o el cansancio aplicado que extermina a las civilizaciones.

En lo alto de un tobogán, no por maldad sino por frenesí, estuvieron a punto de matar a un niño, que se metió entre ellos. En una calle, bajo el entusiasmo admirativo de todos, un vendedor de flores ambulante por poco no pereció con su mercadería.

En los guardarropas, de noche, las faldas azul marino, tableadas, los pantalones, las blusas, la ropa interior áspera y blanca, los pañuelos se apretujaban en la oscuridad, con esa vida que les habían transmitido sus dueños, durante la vigilia. Los zapatos juntos, cada vez más juntos, formaban un ejército enérgico y organizado: caminaban tanto de noche sin ellos, como de día con ellos. Un barro espiritual se adhería a las suelas. ¡Ya bastante patéticos son los zapatos cuando están solos! El jabón que pasa de mano en mano, de boca en boca, de pecho en pecho, adquiriría la forma de sus almas. ¡Jabones perdidos entre el dentífrico y los cepillos de uñas y dientes! ¡Todos iguales!

«La voz dispersa a los que hablan. Los que no hablan transmiten su fuerza a los objetos que los circundan», dijo Fabia Hernández, una de las maestras; pero ni ella ni Lelia Isnaga ni Albina Romarín, sus colegas, penetraban en el mundo cerrado que a veces mora en el corazón de un hombre solo (que se defiende y que se entrega a su desventura o a su dicha). ¡Ese mundo cerrado moraba en el corazón de cuarenta niños! Ellas, por amor a su trabajo, con suma dedicación, querían sorprender el secreto. Sabían que un secreto puede ser venenoso para el alma. Las madres lo temen para sus hijos; por hermoso que sea, piensan, ¡quién sabe qué víboras atesora!

Querían sorprenderlos. Encendían las luces de los dormitorios intempestivamente, con el pretexto de revisar el techo donde una cañería se había roto, o con el de cazar lauchas<sup>1</sup> que habían invadido las dependencias principales; con el pretexto de imponer silencio interrumpían los recreos, diciendo que la bulla molestaba a algún vecino enfermo o la ceremonia de algún velorio; con el pretexto de vigilar la conducta religiosa, entraban en la capilla, donde el misticismo exacerbado permitía en raptos de amor divino la articulación de palabras desmembradas, pero estruendosas y difíciles, frente a las llamas de los cirios que iluminaban los rostros herméticos.

Los niños, como pájaros aleteando, irrumpían en los cinematógrafos o en los teatros o en alguna función de beneficencia, pues tenían oportunidad de divertirse o de distraerse con espectáculos pintorescos. Las cabezas giraban de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, al mismo tiempo, revelando la plenitud de la simulación.

<sup>1</sup> Lauchas: ratones.

La señorita Fabia Hernández fue la primera en advertir que los niños tenían los mismos sueños; que cometían los mismos errores en los cuadernos y cuando les reprochó el no tener personalidad sonrieron dulcemente, cosa que no era habitual en ellos.

Ninguno tenía inconveniente en pagar por las travesuras de su compañero. Ninguno tenía inconveniente en ver premiado por mérito suyo a otros compañeros.

En varias oportunidades las maestras acusaron a uno o a dos de ellos de hacer los deberes del resto de los alumnos, pues de otro modo no se podía explicar que la letra fuera tan parecida y las frases de las composiciones tan idénticas. Las maestras comprobaron que ellas se habían equivocado.

Cuando en la clase de dibujo, la profesora, para estimularles la imaginación, les pidió que dibujaran cualquier objeto que sentían, todos dibujaron, durante un tiempo alarmante, alas, cuyas formas y dimensiones variaban al infinito sin restar, según ella, monotonía al conjunto. Cuando se les reprendió por dibujar siempre lo mismo, rezongaron y, por último, escribieron en el pizarrón: «Sentimos las alas, señorita».

Sin incurrir en un irrespetuoso error, ¿cabría decir que eran felices? Dentro de lo que pueden serlo niños con sus limitaciones, todo induce a creer que lo eran, salvo en verano. El calor de la ciudad pesaba sobre las maestras. A la hora en que a los niños les gustaba correr, trepar los árboles, retozar en el pasto o bajar rodando las barrancas, la siesta, la temida costumbre de la siesta, reemplazaba los paseos. Cantaban las chicharras, pero ellos no oían ese canto que vuelve el calor más intenso. Vociferaban las radios, pero ellos no oían ese ruido que vuelve intolerable al verano, con su asfalto pegajoso.

Perdían las horas esperando a la zaga de las maestras, con pantallas, que bajara el sol o que amainara el calor, haciendo cuando los dejaban solos involuntarias travesuras como llamar desde el balcón a algún perro que al ver tantos amos simultáneos daba un salto delirante para alcanzarlos, o con pitos catalanes provocaban la ira de alguna señora que tocaba el timbre para quejarse de tanta insolencia.

Una inesperada donación permitió que fueran a veranear al borde del mar. Las niñas confeccionaron ellas mismas púdicos trajes de baño; los niños adquirieron los suyos en una tienda económica, cuyos géneros olían a aceite de ricino, pero que eran de corte moderno, de esos que caen bien a cualquiera.

Para dar más importancia al hecho de que veranearan por primera vez, las maestras les mostraron con un puntero, sobre el mapa, el punto azul, junto al Atlántico, hacia donde viajarían.

Soñaron con el Atlántico, con la arena, todos el mismo sueño.

Cuando el tren partió de la estación, los pañuelos se agitaron en las ventanillas como una bandada de palomas; esto lo registra una fotografía que salió en los diarios.

Cuando llegaron al mar apenas lo miraron; siguieron viendo el mar imaginado antes de ver el verdadero. Cuando se habituaron al nuevo paisaje, fue difícil contenerlos. Corrían detrás de la espuma que formaba copos parecidos a los que forma la nieve. Pero el júbilo no les hacía olvidar el secreto y gravemente volvían a las habitaciones, donde la comunicación entre ellos se volvía más placentera. Si no estaba en juego el amor, algo muy parecido al amor los unía, los alegraba, los exaltaba. Los mayores, influidos por los menores, se ruborizaban cuando las maestras les hacían preguntas capciosas y respondían con rápidos movimientos de cabeza. Los menores, con gravedad, parecían adultos a quienes nada perturba. La mayoría tenía nombres de flores, como Jacinto, Delio, Margarita, Jazmín, Violeta, Lila, Azuceno, Narciso, Hortensio, Camelio: apelativos cariñosos elegidos por los padres. Los grababan en los troncos de los árboles, con uñas duras como de tigre; los escribían sobre las paredes, con lápices carcomidos; en la arena húmeda, con un dedo.

Emprendieron el regreso a la ciudad, con el corazón rebotando de dicha, pues viajarían, de regreso, en avión. Se iniciaba un festival de cine aquel día y pudieron entrever furtivas estrellas en el aeródromo. De tanto reír les dolía la garganta. De tanto mirar, los ojos se les pusieron punzó<sup>2</sup>.

La noticia apareció en los periódicos; he aquí un texto: «El avión en que viajaban cuarenta niños de un colegio de sordomudos, que volvían de su primer veraneo en el mar, sufrió un accidente imprevisto. Una portezuela que se abrió en pleno vuelo ocasionó la catástrofe. Solo se salvaron las maestras, el piloto y el resto de los tripulantes. La señorita Fabia Hernández, que fue entrevistada, asegura que los niños al precipitarse en el abismo tenían alas. Quiso detener al último, que se arrancó de sus brazos para seguir como un ángel detrás de los otros. La escena la deslumbró tanto por su intensa belleza que no pudo considerarla en un primer momento una catástrofe, sino una visión celestial, que jamás olvidará. Todavía no cree en la desaparición de esos niños».

—Mostrarnos el cielo para precipitarnos en el infierno, sería una mala jugada de Dios —declara la señorita Lelia Isnaga—. No creo en la catástrofe. Dice Albina Romarín:

—Todo fue un sueño de los niños, que quisieron deslumbrarnos, como lo hacían en los columpios de la plaza. Nadie me persuadirá que han desaparecido.

Ni el cartel rojo que anuncia el alquiler de la casa donde funcionaba el colegio ni las persianas cerradas desaniman a Fabia Hernández. Con sus colegas, a las cuales está unida, como los niños lo estaban entre ellos, visita el viejo edificio y contempla los nombres de los alumnos escritos en la paredes (inscripciones por las que los reprendían) y algunas alas dibujadas con destreza infantil testimonian el milagro.



<sup>2</sup> Punzó: color rojo muy vivo.

## ESA VEZ DEL HUAICO

1953

ELEODORO VARGAS VICUÑA

(peruano)

### I

Alrededor de don Teófilo Navarro no queda sino contagiador aire entristecido. Su casa, pura pampa quedó después del huaico —agua de mala entraña— que lo tumbó todo.

Los vecinos están medio que están nomás. La mitad se les fue tratando de levantar pared con la mirada y la otra mitad para consolarlo:

—Con un poco de voluntad, podrá usted levantarse de nuevo.

El caso fue así:

Todas las veces de susto le decían:

—Don Tofe, haga usted construir muro de piedra a su casa, no sea que el huaico...

Pero él se reía con suficiencia, y para decir algo por contestar, repetía:

—Que venga el huaico. Que me lleve. De resbaladera acabará la pena.

Lo decía por decir porque en el pueblo, con penas y todo, siempre somos felices.

Después que levantó su casa, en que hubo apurado trajín para terminar, luego de la techa, en que hubo demorado canto de no acabar con música y zapateo para afirmar el suelo, se hizo tranquilidad. Y como él lo dijo desafiador:

—Hasta que otro guapo se atreva, pared y techo contra viento y noche que revienten de impotencia.

Fabricaba y componía sombreros. A la puerta de su casa, aguja en mano, sombrero en horma, silbido y canto para rellenar hueco de tarde nostálgica, lo veíamos cumplir.

En el invierno paz, no en el verano. Medio que se quisquillaba don Tofe mirando temeroso el agua que crecía hasta engrosar el río. Decía:

—¡Eso es costumbre! ¿Habrá por qué temer?

Muchas veces la campana madrina de la iglesia, en talantales de peligro, anunciaba desbordera, y don Tofe, creído, corría que corría para ver. Allí estaba intacta la casa a la orilla del cauce.

La noche en que sucedió no podía ser, aunque se hubiese roto el brazo el sacristán o hubiera podido más y rompiera las campanas avisando. Era

cumpleaños de doña Adelaida Suárez. No se podía creer. Y más cuando la fiesta había sido con música y la agasajada era persona que estaba bien con Dios.

Don Tofe decía:

—Beber, beber, que la vida se ha de acabar.

Verlo era un gusto, alegre como estaba, a pesar de que la Grimalda, su mujer, con su tremenda barriga, sentada en un rincón censuraba.

Primero fue un rumor creciente que llegó, junto con el grito de Julián Mayta que salía corriendo de la huerta:

—¡Está entrando agua!... ¡Está trayendo piedras!...

Muy pocos lo oyeron. En ese instante entró el agua hasta el patio. No debía ser grave la cosa... el agua avanzaba rápidamente como buscando algo. Entonces sí que reaccionamos, aunque de primera intención no se tomó ninguna iniciativa. En la sala de la derecha, ebrios los músicos, sin darse cuenta, bromeaban todavía. Yo comencé a correr sin saber a dónde.

Un golpe fuerte en la sala de la izquierda que da al cauce, comprendiendo el peligro, nos puso con la cara seria. Y cuando ya lampón y pico los hombres se disponían, se inundaron las salas y los cuartos. La cocina con sus viejas era un grito de rezos. El agua furiosa sabía de memoria su trabajo, lo que hacía. En un santiamén todo estuvo inundado sobre la altura de los cimientos.

En el momento en que los animales salían al escape, las paredes empezaron a ceder. Las mujeres (doña Eulalia Espinoza principalmente) gritaban, clamaban al cielo. Y los hombres lisureaban dándose coraje.

No se podía. Era torrente de fuerza. Las paredes del corral vencidas se cayeron. Don Antonio Ebúsquez era el único de carácter que se dejaba oír:

—¡Rompan la puerta falsa que da al cauce para desatorar!

Pero la lluvia lo atoraba a él, porque era como río que bajaba.

En la tiniebla éramos gente oscurecida, loca, como la entraña de esa noche de rayos y de truenos.

Al relámpago, apurado seguía bajando el aluvión. Desde el corral, por el patio, al camino, y luego al río bajaba. De la puerta del zaguán quedaban astillas.

Vimos a la Grimalda. Subida sobre un batán lloraba a más no poder. Pensaba en Dios con todos sus dolores.

## II

De agua, de noche, de viento, fue la tumbadera de la casa de don Tofe. Con gritos de parto también, pues la Grimalda, ayudada por Roque Barrera y subida sobre una mesita que a la vez la contenía contra la pared sobre el poyo, comenzó a descuartizarse.

Doña Toribia estuvo felizmente, atendiéndola como pudo. Roque a duras penas contenía la mesa y sostenía también a la Grimalda. Doña Toribia, con las manos de agua terrosa, remangándose el brazo, la asistía.

Grimalda se animaba casi quebrándole el brazo al Roque con el esfuerzo:

—¡Ayude usted! ¡Ayude usted, mamá Tulli! —sin embargo, fue como una lucha el nacimiento, mientras el agua amenazaba con derribarnos.

Luego doña Toribia, serena como siempre, descorchetándose el monillo, cobijó a la criatura que ya gritaba, junto a sus lacios senos.

Otro grito fuerte fue como una protesta, pero con el llanto del niño nos renació el valor. A su mamá hubiera podido también reanimarla; no, ella había fallecido antes de oírlo.

Total, todo se apagó. Solamente cuando la pena arreciaba, mirando los cimientos lavados que quedaban, pasó la lluvia. El huaico bajó su correntada o habría bajado antes: oíamos un rumor entre violento y tranquilo.

En adelante se comenzó a buscar:

—¡Don Macshi!... ¡Mamá Brígida!... ¡Lázaro!...

Oía su nombre cada cual y cada cual contestaba animándose. Don Tofe, sin haberse enterado todavía, buscaba a su Grimalda.

Media puerta del zaguán, inservible, había ido a parar a la chacra de enfrente. Las sillas y ventanas desparramadas. Dice Demetrio López que un cerdo había varado cerca de Vilcabamba.

Los muros y cimientos quedaron débiles. Algunos baúles amarrados al manzano estaban astillados. Allí quedaba también el batán de don Jacinto Navarro, centenaria piedra donde molieron los abuelos.

Lo demás y más fuerte se supo cuando don Tofe llegó hasta nosotros, con su mujer muerta en brazos. Detrás doña Toribia con el recién nacido.

Esas dos caras fueron para nosotros un ¡golpe!, que nunca habíamos sentido.

En el velorio, en casa de don Nicolás Arosemena, no se rio por primera vez los chistes de Roque.

En un ángulo de la sala, don Teófilo se quejaba. Parecía que el aire de esa mala noche se le había secado en la cara. Eran como furia vencida tras las huellas de su rostro. Repetía:

—¡Quién lo hubiera dicho...! ¡Quién lo hubiera dicho!

En fin, la velada fue de razonar pesimista, con ese café consolador apenas.

¡Cómo se recordó la muerte! ¡Cuántos nombres! Eladio Amaro, Fortunato Rojas, Pedro Tintush. ¡Pero nunca desgraciados!

—¡Ah, ya se fueron!

Se sintió la muerte a muerte. Adentro, hasta los tuétanos como angustia; afuera, en los miembros ateridos, como temblor desconocido.

Ni coca ni aguardiente pudieron esa noche.

Desde entonces don Tofe, medio vivo, medio fantasma, allí está.

—Zurcidor de sombreros —dicen.

Mientras, verdeciendo, retoña el valle de la gente que habla por hablar:

—¡Caído, con la cara en el suelo!

—¡Zurcidor de sombreros viejos!

Pero nadie sabe lo de nadie. De repente, un día...





## LO FATAL

1905

RUBÉN DARÍO

(nicaragüense)



*A René Pérez*

Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,  
y más la piedra dura porque esa ya no siente,  
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente.

Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto,  
y el temor de haber sido y un futuro terror...  
Y el espanto seguro de estar mañana muerto,  
y sufrir por la vida y por la sombra y por

lo que no conocemos y apenas sospechamos,  
y la carne que tienta con sus frescos racimos,  
y la tumba que aguarda con sus fúnebres ramos,  
¡y no saber adónde vamos,  
ni de dónde venimos!...

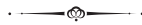


## HE VUELTO AL CAMINO DE LA SOLEDAD

1989

MARÍA EMILIA CORNEJO

(peruana)



He vuelto al camino de la soledad  
al camino de la transparencia y la limpieza  
he vuelto a los lugares inéditos  
donde miedos milenarios pugnan por salir.  
he vuelto  
yo lo sé,  
a la angustia de una noche que se acaba,  
al poema terminado,  
al silencio,  
a mi vida.



**ENDECHAS**

Por medio de versos de gran simbolismo, en el poema «Endechas», la voz poética pronuncia su deseo de expresión. Explica con tres ejemplos del poema este deseo.

---



---



---



---

La voz poética presenta su sensación de encierro en diversos versos. Por ejemplo, en la repetición de la palabra «Aprisionada». Explica esta sensación, con ejemplos del poema.

---



---



---



---

Tras esta sensación de crisis, la voz poética logra liberarse o aceptarse gracias al poema. Explica esta afirmación. Considera el siguiente verso: «Las metáforas de asfixia se despojan del sudario, el poema».

---



---



---



---

En la cuarta parte del poema, la voz poética concluye mostrando la aceptación de su realidad, aceptando su soledad: «Y yo sola con mis voces, y tú, tanto estás del otro lado». ¿Qué muestra esa actitud?

---



---

**¡DILES QUE NO ME MATEN!**

Por la lectura del cuento, podemos conocer diferentes ambientes en los que se desarrollan los hechos. ¿Cuáles son los lugares por donde transita Juvencio Nava?

---



---



---

En el cuento prevalece el narrador omnisciente que describe intensamente las emociones de Juvencio Nava. Por ejemplo:

«Allí en la tierra estaba toda su vida. Sesenta años de vivir sobre ella, de encerrarla entre sus manos, de haberla probado como se prueba el sabor de la carne. Se vino largo rato desmenuzándola con los ojos, saboreando cada pedazo como si fuera el último, sabiendo casi que sería el último».

¿Qué pueden representar la tierra y la vida para Juvencio?

---



---



---



---

¿Por qué Juvencio Nava no quiere morir? ¿En qué o en quién había depositado su esperanza por entero? Explica.

---



---



---



---

Entre las emociones que muestra el autor del cuento a través de los personajes está la venganza. ¿Qué otras emociones se reflejan en las actitudes de los personajes? Cita algún ejemplo que lo demuestre.

---



---



---



---

¿Qué impresión te dan las actitudes de Justino y del coronel frente a la muerte de sus padres? ¿Qué los une y qué los separa? Explica.

---



---



---



---



Había pasado muchos años desde que Juvencio Nava mató a Guadalupe Terreros. En todo ese tiempo, ¿cómo vivió Juvencio?, ¿crees que con todo lo vivido él pagó su crimen? Explica.

---



---



---

Las vivencias que tiene el autor sobre las tierras áridas, las sequías y los pueblos tristes las representa a través de las acciones de los personajes. ¿Conoces hechos o situaciones que puedan ser similares a los del cuento? ¿Conoces algún relato de disputas o peleas a consecuencia de las sequías en nuestro país? Explica en qué se parecen o diferencian con este cuento.

---



---



---

 **UNA SALITA CERCA DE LA CALLE EDGWARE**

En este cuento, se aprecia la vida decadente de Craven. Fundamenta con dos ejemplos esta afirmación.

---



---



---



---

Observa en el texto leído al narrador omnisciente. Explica por qué es mejor ese tipo de narrador para transmitir la vida miserable del protagonista.

---



---



---

El cuento se desarrolla en un cine y relata un crimen en un lugar oscuro. ¿Crees que el cuento hubiera tenido el mismo efecto en el lector de haber sido situado en un escenario muy iluminado y en espacios abiertos? Justifica tu respuesta con ejemplos del cuento.

---



---



---

¿Cómo crees que es la vida diaria de Craven? ¿Qué le aporta a su vida cotidiana el evento del cine?

---



---



---

### EL CIERVO ESCONDIDO

El escritor chino Liehtse desarrolla en su cuento la temática de los sueños, dejando en el lector la sensación de incertidumbre o desconcierto con respecto a su validez. Resume brevemente los sueños que se presentan en este cuento.

---



---



---



---



---

En el cuento, algunos personajes guían sus acciones creyendo que sus sueños dictan la realidad. ¿Por qué ocurre esto? ¿Cómo se ve condicionado el final del cuento por esta creencia?

---



---



---

La ironía con que se maneja el tema de los sueños, sobre todo en el desenlace del cuento, se relaciona con nuestra incertidumbre con respecto a ellos. ¿Consideras que este manejo irónico de la historia resultó efectivo? Explica tu respuesta.

---



---



---



---

### TALES ERAN SUS ROSTROS

El relato «Tales eran sus rostros» posee un lenguaje sencillo para presentar la historia de un grupo de niños sordomudos que resulta excepcional. ¿Consideras que este tipo de narración permite que el relato sea verosímil? Explica tus razones.

---



---



---



---



---



¿Por qué crees que este grupo de niños sordomudos impresiona? ¿Qué crees que se quiere demostrar con su caracterización?

---



---



---



---



---



---



---

Solo en el desenlace, los lectores descubrimos que los niños que fallecieron en el accidente del avión eran sordomudos. ¿Por qué crees que se oculta esta información a lo largo del relato? ¿Qué efecto se ha conseguido con ello?

---



---



---



---



---



---

Al final de la historia, la trágica muerte de los niños es suavizada por la versión contada por las profesoras, quienes los visualizaron como ángeles. ¿Qué opinas acerca de este final?

---



---



---



---



---



---

 **ESA VEZ DEL HUAICO**

Este cuento de Vargas Vicuña está escrito con un lenguaje semejante al hablado en la sierra peruana. ¿Consideras que el uso de este tipo de lenguaje aporta verosimilitud a la historia? ¿Por qué sería importante?

---



---



---



---



---



---

Los huaicos son fenómenos naturales frecuentes en varias regiones del Perú. ¿Has experimentado, tenido noticias o escuchado historias acerca de estos fenómenos? ¿Se parecen a la historia que acabas de leer? ¿En qué se diferencian?

---



---



---

La negligencia de don Tofe ocasiona la tragedia en su casa. Expresa tus opiniones respecto a esta actitud. ¿Consideras que justifica su desgracia?, ¿por qué?

---



---



---



---



---

 **LO FATAL**

¿Qué relación crees que existe entre el título del poema, «Lo fatal», y el ambiente pesimista que se recrea en él?

---



---



---



---



---

En este poema, la rima consonante aporta musicalidad. Reflexiona acerca del efecto que puede proveer esa musicalidad para recrear el lamento de la voz poética.

---



---



---



---



---

¿De qué se queja la voz poética? Explica detalladamente, con ejemplos (citas) del poema, qué es lo que lamenta.

---



---



---



---



---





Observa el polisíndeton (uso repetido de la conjunción «y») a partir de la segunda estrofa. ¿Cómo se relaciona con las quejas que se presentan? ¿Qué efecto produce?

---



---



---

¿Cuál crees que es el problema principal que presenta el poema? ¿Crees que es un asunto vigente en la actualidad?, ¿por qué?

---



---



---

### HE VUELTO AL CAMINO DE LA SOLEDAD

¿Alguna vez has sentido soledad? ¿En qué ocasiones?, ¿por qué?

---



---



---

Desde el título del poema, la voz poética posiciona su vida en un episodio trágico: la soledad. Explica lo que entiendes con respecto a esta afirmación que se repite constantemente: «He vuelto al camino de la soledad».

---



---



---



---

El estilo discursivo de este poema no es clásico, pues presenta versos y rima irregular. ¿Crees que este estilo desordenado, caótico, tiene relación con el sentimiento triste de la voz poética? Explica tus razones.

---



---



---



---

¿Qué caracteriza el estilo de vida al que ha retornado la voz poética? Responde utilizando citas del poema, y explica.

---



---



---



---



---

En el desenlace del poema, la voz poética pareciera comprender también que esta soledad es parte de su vida, como si fuera inmanente a ella. ¿Qué opinas acerca de este desenlace? Explícalo.

---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---





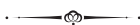


## LA CREACIÓN

1982

EDUARDO GALEANO

(uruguayo)



**L**a mujer y el hombre soñaban que Dios los estaba soñando. Dios los soñaba mientras cantaba y agitaba sus maracas, envuelto en humo de tabaco, y se sentía feliz y también estremecido por la duda y el misterio.

Los indios makiritare saben que si Dios sueña con comida, fructifica y da de comer. Si Dios sueña con la vida, nace y da nacimiento.

La mujer y el hombre soñaban que en el sueño de Dios aparecía un gran huevo brillante. Dentro del huevo, ellos cantaban y bailaban y armaban mucho alboroto, porque estaban locos de ganas de nacer. Soñaban que en el sueño de Dios la alegría era más fuerte que la duda y el misterio; y Dios, soñando creaba, y cantando decía:

—Rompo este huevo y nace la mujer y nace el hombre. Y juntos vivirán y morirán. Pero nacerán nuevamente. Nacerán y volverán a morir y otra vez nacerán. Y nunca dejarán de nacer, porque la muerte es mentira.

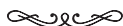


## FIESTA DE LAS LLAMAS

Tradición oral de Cusco  
narrado por Zenayda Jovita Illa Quispe



**E**n el pueblo de Sipascancha realizan un ritual fervoroso: la fiesta de las llamas. En horas de la tarde empiezan el ritual de las llamas, a base de sus cocas, chichas, comidas se dirigen a los *apus* para que tengan mayor reproducción y sean muy sanos los animales. Al día siguiente de esos rituales cogen a dos llamas los más grandes llamados capitanes, adornan con flores y colocan en sus orejas flores de lana y al resto de las llamas los ponen también flores, y uno de los integrantes de la familia los llevan a comer las llamas hasta medio. Luego traen al lugar donde viven para continuar festejando. En la casa esperan los dueños bien arreglados los varones con sus ponchos de colores y las mujeres bien vestidas con sus mantas de colores y sus monteras adornados; además esperan con música autóctona, como es quena, tambor y otros instrumentos incluso con un cantante. Entran al patio donde están las llamas y siempre visibles hacia el sol, empiezan a realizar el ritual con su mesada dando culto a los *apus* Ausangate y Santuman para que sus llamas se reproduzcan bien, vuelven a coger a las llamas grandes para que hagan tomar chicha y los dueños dentro de este patio empiezan con alegría y festejan cantando y bailando hasta la amanecida. En horas de la mañana siguen festejando con mucho fervor. A ocho días de este festejo ritual todo lo que sobra lo llevan al patio donde están las llamas y entierran hasta el próximo año.



## EL IRUPÉ

Tradición oral guaraní de Paraguay



**A** orillas del Paraná vivía el cacique Rubichá Tacú (Jefe Algarrobo) que gobernaba una tribu de hombres aguerridos y hermosas mujeres.

Rubichá Tacú tenía una hija, Morotí (Blanca), joven y bella pero orgullosa y coqueta, novia de Pitá (Rojo), el guerrero más valiente de la tribu.

Morotí y Pitá se querían mucho; pero el genio del mal, envidioso de la felicidad de los jóvenes, inspiró una mala idea a la india.

Un día, al caer la tarde, paseando por la orilla del río con otras doncellas, Morotí vio a Pitá que, en compañía de varios guerreros, se ejercitaba con el arco y las flechas.

Para demostrar a sus amigas cuánto la amaba Pitá y cómo satisfacía todos sus caprichos, les dijo con orgullo:

—Ahora verán cómo Pitá cumple cualquier deseo mío. ¿Ven este brazalete? Lo arrojaré al río y mi novio irá a buscarlo.

Una de sus amigas la interrumpió:

—No hagas eso, Morotí. Es muy peligroso y Pitá podría ahogarse.

A lo que respondió Morotí:

—¡No seas tonta! Pitá es el mejor nadador y el más valiente de la tribu. ¡Irá a buscar mi brazalete al fondo del río!

Inmediatamente sacó la alhaja de su brazo y, llamando a Pitá, ordenó:

—¡Pitá! ¡He arrojado mi brazalete al Paraná, y lo quiero! ¡Ve a buscarlo!

Pitá, que quería mucho a su novia y la complacía siempre, se arrojó al agua seguro de volver, satisfaciendo así una vez más a su hermosa Morotí...

Pero sucedió que los que quedaron en la orilla esperando ansiosos la vuelta de Pitá empezaron a impacientarse, pues este no volvía...

¿Qué podría haberle sucedido? ¿Habría quedado enredado entre las raíces de alguna planta? ¿Estaría herido?...

Así pensaban, cuando Morotí, desesperada y llorosa, dijo:

—¡Yo soy la culpable de lo que sucede! ¡Pitá debía haber salido ya! ¡Algo le ha pasado! ¡Yo no quiero que muera! ¡Que llamen al adivino de nuestra tribu y diga qué debemos hacer para salvarlo!

Varios guerreros salieron inmediatamente a buscar a Pegcoé (Profundo), el hechicero, y al rato volvieron con él.

Todos hicieron silencio, mientras Pegcoé, mirando las profundas aguas del río, dijo con voz misteriosa:

—¡Ya lo veo...! ¡Es él..., Pitá! Está con I-Cuñá-Payé (Hechicera de las aguas) en su hermoso palacio de oro y piedras preciosas!... ¡La Dueña de las Aguas quiere que se quede, y para ello le ofrece todas sus riquezas...! Pitá parece aceptar... ¡Y tú, Morotí, por tu orgullo y tu coquetería eres la única culpable de la pérdida de nuestro mejor guerrero!

—¡No! ¡No! ¡Yo quiero salvarlo! —gritó Morotí, desesperada—. Dime qué debo hacer y te obedeceré ciegamente.

Y habló Pegcoé:

—¡Tú eres quien puede salvarlo, tú y solo tú!

—Espero tu mandato. ¡Habla, Pegcoé!

—Debes arrojarte al Paraná y traerlo tú misma a la superficie. ¡Tú debes arrancarlo del poder de la Dueña de las Aguas!

—¡Te obedezco, Pegcoé, y me arrojó al río! ¡Yo volveré con Pitá! ¡Mi amor vale más que todas las riquezas de I-Cuñá-Payé!

Diciendo así, se arrojó a las aguas, que se abrieron para dejar pasar a la coqueta y orgullosa joven que, arrepentida, iba a salvar a su novio del poder de la Hechicera de las aguas.

Toda la noche debieron esperar el regreso de los jóvenes. Se encendieron fuegos y se danzó a su alrededor para invocar a Tupá (Dios) y ahuyentar los malos espíritus.

Los ancianos hacían conjuros vencedores del mal. Los guerreros y las doncellas bailaban danzas sagradas...

Ya amanecía cuando fue nuevamente consultado el hechicero, que seguía mirando las aguas, y Pegcoé dijo:

—¡Ya se han encontrado! ¡Morotí ha salvado a Pitá! ¡Ya vuelven abrazados a la superficie! ¡Ya vuelven!

En ese mismo instante, atónitos y maravillados, vieron aparecer en la superficie del agua una hermosa flor de pétalos rojos y blancos. ¡Eran Morotí y Pitá que, así transformados, ofrecían al mundo su belleza y su perfume como símbolos de amor y arrepentimiento!





## LA HERRANZA

Tradición oral de Pasco  
narrada por Josefina Oscátegui Córdova

**E**n la herranza se les canta a los animalitos, se pone cinta a las vacas, a los carneros. Se vela toda la noche para cintar el domingo. Pasamos la noche cortando las cintas, fumando cigarro, mascando coca, chupando. Se vela las cintas para los animales, para que no sean bravas las vacas; a veces se ponen bravas. Al animal se le amarra su manzanita en sus cachetes, con agujita, con cinta. Se le marca también con una marca caliente para reconocerlo cuando se pierde, para saber el nombre del dueño. Yo cantaba en mi campo a mis animalitos.

## CANTO A LA VACA

Yangay diam ninquichu  
lunes martes carnaval niñapa dianta  
roscay huagra niñapa santunta  
canam diam dianga  
lunes martes carnaval dianga

No digas ni mientas que ese día es  
el lunes y martes carnaval día de la niña,  
el santo de la niña con cuernos curvados  
hoy día es su día,  
día lunes y martes carnaval.

Maylash taylash querencian  
Pachamachaylash querencian  
maylash taylash majadan,  
yanarumilash majadan

Dónde y en qué parte vivirá,  
el lugar donde vive es Pachamachay,  
dónde y en qué parte será su majada,  
su majada de piedras negras.

Osgochayla shamuptin  
quiquilanmi muyuramun  
pucutayla shamuptin  
quiquilanmi ticraramun

cahuala debela captiqui  
chayaylanmar pagaycun  
yo soy pagador nishunqui  
yo soy deudor nishunqui

Condor muyuy muyushun  
huaman ticray ticrashun  
shulay senga niñapa dianpa  
roscay huagra niñopa santunpa,  
canan diam dianga  
mana pantay mana gongay

Chumaglapa, ay laceador, ay laceador  
chumaglapa laciaycuy  
oro aretenta jatipacuy  
shulay senga niñapa dianchu.

Cuando la granizada blanca viene  
ella sola da vueltas,  
cuando las nubes vienen  
ella sola vuelve.

Cuando vives de deudor  
cuando llegue inmediatamente paga,  
te va a decir, yo soy pagador,  
te va a decir yo soy deudor.

Hay que dar vueltas como el cóndor,  
hay que voltear como los gallinazos  
para ir al día de la niña con nariz mojada,  
para ir al santo del niño con cuernos  
curvados,  
hoy día es su día,  
no te equivoques, no te olvides.

¡Ay, laceador!, ¡ay laceador!,  
con cuidado y bonito lacea por favor,  
ponle el arete de oro  
en el día de la niña con nariz mojada.<sup>1</sup>



<sup>1</sup> Traducción del quechua de Pasco, realizada por Teddy Castillo Achic para esta edición.

## EL MAL VIENTO

Tradición oral de Ecuador



**E**l viento que recorre páramos y valles no es uno solo, son varios, son una familia entera, numerosa y variada. Como en toda familia hay miembros buenos... y otros que no lo son tanto. Está el viento del cerro que sopla en las alturas y causa el soroche, más conocido como el mal de montaña. Otro es el viento de la muerte o *Wañunahuaira* que precede al muertito que viene, con permiso del más allá, a cenar en la casa de su viuda la noche de difuntos. Este viento es el que abre la puerta por donde luego ha de pasar el difunto, es que el que anuncia a las almas en pena, cuyo silbido es capaz de helar la sangre hasta al más valiente. El *Ninahuaira* habita en todo lado, se introduce en la gente que se encuentra débil, abrazándolas con fuertes fiebres.

De toda esa familia de vientos, el más soplador y, por lo tanto, el más conocido, es el mal viento o mal aire. Habita quebradas lúgubres y casas abandonadas, es un vaho, una fuerza mágica y maligna, capaz de enfermar a la gente con dolores de cabeza, cansancio y mareos. No lo curan los doctores sino los *yáchak* pasándole al enfermo un huevo o el cuy junto con la ruda y la chilca; las plantas ayudan a que el animal o el huevo absorban los males del paciente. Después, para completar el tratamiento, hay que abrazar a un *chigualcán*<sup>1</sup>, al cual hay que saludarlo respetuosamente como «compadre chigualcán» y, así abrazado, de alguna manera demostrando el mismo respeto... hay que orinar contra su tronco. Para terminar este asunto, hay que persignarse con una moneda de poca cuantía y botarla sobre la espalda sin regresarla a ver.

Pero el peor de toda la familia de vientos es el Acapana o *Yanahuaira*. Este es un diablo, como tal viene bailando y levantando polvo por los caminos en forma de torbellino. Es el más bravo de todos porque no ataca al cuerpo sino al alma de las personas.

1 *Chigualcán*: planta andina pariente de la papaya (*Vasconcella heilbomii*). Produce una leche que escalda la piel.

## LA CREACIÓN

En este relato breve, se presenta el momento de la creación. Ordena, en las siguientes líneas, las acciones que suceden en la creación, de acuerdo a la lectura.

---



---



---

¿Conoces algún relato de la creación del mundo? ¿En qué se parece o diferencia al que has leído en esta antología?

---



---



---

Esta creación tiene un espíritu festivo. ¿Qué elementos le otorgan esta característica? ¿Qué opinas de este tono alegre?

---



---



---

El huevo del que nacen el hombre y la mujer es un elemento que aparece en otros relatos mitológicos. ¿Qué representa este elemento?

---



---



---

En este relato, se expresan muchas emociones. Una de ellas es la alegría. ¿Qué otras emociones encuentras en él?

---



---



---

## FIESTA DE LAS LLAMAS

En este relato de tradición oral, puedes conocer una celebración de un pueblo de la sierra. ¿Con qué finalidad se realiza esta celebración?

---



---



---

¿Qué elementos utilizan los pobladores para celebrar?

---



---



El trato que reciben las llamas demuestra mucho respeto y cariño. ¿Qué opinas de esta actitud hacia los animales? ¿Por qué crees que se presenta de esta manera?

---



---



---

## EL IRUPÉ

«El irupé» es una leyenda guaraní en la que se cuenta la historia de la bella Morotí y el valiente Pitá. ¿Cómo es la relación entre ellos? Explica brevemente.

---



---



---

¿Por qué Morotí lanzó su brazalete al fondo del río?

---



---



---

El hechicero Pegcoé le explica a Morotí que Pitá «parece aceptar» las riquezas que le ofrecerá la Hechicera de las aguas a cambio de que se quede con ella. ¿Consideras que esta decisión de Pitá es acertada?, ¿por qué?

---



---



---

El arrepentimiento y sacrificio de Morotí permiten que recupere el amor de Pitá; sin embargo, ellos no regresan en forma humana, sino como la flor del irupé. ¿Qué opinas acerca de este desenlace?

---



---



---

La leyenda del irupé es un relato mítico que explica el origen de esta hermosa planta. ¿Qué te pareció que esta creación sea explicada de esta manera?

---



---



---

## LA HERRANZA-CANTO A LA VACA

Al igual que en «Fiesta de las llamas», en «La herranza-Canto a la vaca» se aprecia una celebración en honor del ganado. ¿Qué elementos intervienen ahora en esta celebración?

---



---



---

El tono del lenguaje en este relato es bastante afectivo, por ejemplo, cuando dice: «Al animal se le amarra su manzanita en sus cachetes, con agujita...». Explica qué efecto produce el uso de diminutivos con relación al sentido de la historia narrada.

---



---



---

En los dos relatos orales sobre fiestas del ganado («Fiesta de las llamas» y «La herranza-Canto a la vaca»), se transmite un tono festivo (colorido) y de mucho respeto por los animales que le sirven al ser humano. Señala algunos elementos que transmitan este tono. ¿Por qué se celebrará de esta manera? Reflexiona.

---



---



---

## EL MAL VIENTO

El relato de tradición oral «El mal viento» presenta, al igual que «Fiesta de las llamas» y «La herranza-Canto a la vaca», la posición del ser humano con respecto a los elementos naturales que lo rodean. En los dos textos anteriores, se apreció en relación con los animales y, en este caso, en relación con los fenómenos naturales. Relata brevemente qué presenta esta tradición.

---



---



---



---

¿Por qué crees que los vientos asumen características humanas?

---



---



---



---



Ante el viento soplador, el relato refiere que solo se cura gracias al poder del *yáchak*. Describe cómo realizan su curación.

---



---



---

¿Consideras que este tipo de tratamiento puede ser efectivo?, ¿por qué?

---



---



---



---

Al término del relato, se menciona al viento más temido, el *Acapana* o *Yanahuaira*. ¿Por qué algunos pobladores le temen tanto?

---



---



---



---

✿ ¿Cuál de los personajes de este grupo de relatos te ha parecido más interesante? Escríbele una carta o el tipo de texto que elijas en el que le cuentes quién eres y por qué te parece él o ella un personaje interesante.

---



---



---



---



---



---



---



---



---



---



---

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

### I. Tradiciones orales

- «El irupé». Anónimo. Tradición oral guaraní de Paraguay. En *Recopilación de historias, leyendas y poemas*. Proyecto Manejo Sostenible de los Recursos Naturales en el Gran Chaco Sudamericano-Agencia Alemana de Cooperación Técnica (GTZ), 2006.
- «El mal viento». Anónimo. Tradición oral de Ecuador. En *Mitos, leyendas e historias del Páramo*. P. Mena Vásconez, H. Arreaza, T. Calle, L. D. Llambí, G. López, M. S. Ruggiero y A. Vásquez (editores). Quito: Proyecto Páramo Andino y Abya-Yala, 2009.
- «Fiesta de las llamas». Narrada por Zenayda Jovita Illa Quispe. Tradición oral de Cusco. En *Ayllukunamanta imaymana willakuykuna. Mitos y cuentos de pueblos originarios*. María Sumire de Conde (compiladora). Lima: Congreso del Perú, 2011.
- «La herranza-Canto a la vaca». Narrada por Josefina Oscátegui Córdova. Tradición oral de Pasco. En *Josefina, la mujer en la lucha por la tierra*. Elizabeth Lino Cornejo (estudio y selección). Lima: Pakarina, 2014.
- «La mesa del cóndor». Anónimo. Tradición oral de la Amazonía de Ecuador. En *La Selva, los pueblos, su historia. Mitos, leyendas, tradiciones y fauna de la Amazonía ecuatoriana*. Santiago José Valarezo (compilador). Quito: Abya-Yala, 2002.

### II. Cuentos, novelas y poemas

- ALLENDE, Isabel. [1989]. «Cartas de un amor traicionado». En *17 narradoras latinoamericanas*. Buenos Aires: Aique, 1996.
- CORNEJO, María Emilia. [1989]. «He vuelto al camino de la soledad». En *En la mitad del camino recorrido*. Lima: Flora Tristán, 2005.
- DARÍO, Rubén. [1905]. «Lo fatal». En *Antología poética*. Bogotá: Oveja Negra y RBA, 1982.
- FAULKNER, William. [1931]. «Una rosa para Emily». En *Estos trece*. Buenos Aires: Losada, 1956.
- GALEANO, Eduardo. [1982]. «La creación». En *100 relatos breves. Antología*. Montevideo: Banda Oriental, 1997.
- GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. [1962]. «La siesta del martes». En *Todos los cuentos*. Bogotá: Oveja Negra, 1984.
- GREENE, Graham. [1947]. «Una salita cerca de la calle Edgware». En *Los mejores cuentos policiales*, 1. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares (compiladores). Madrid: Alianza, 1990.
- HERNÁNDEZ, Miguel. [1936]. «Elegía». En *Obra poética completa*. Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia (introducción, estudio y notas). Bilbao: Zero Zyx, 1979.



- JARA, Cronwell. «Quien acaba de morir». En *Las huellas del puma*. Lima: Peisa, 1986.
- LIEHTSE. [siglo IV a. C.]. «El ciervo escondido». En *Cuentos breves y extraordinarios*. Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares (compiladores). Buenos Aires: Raigal, 1955.
- LOPE DE VEGA Y CARPIO, Félix. [1619]. «Acto III, Escena III» (fragmento). En *Fuenteovejuna*. Madrid: Taurus, 1978.
- LÓPEZ ALBÚJAR, Enrique. «Ushanan-Jampi (El remedio último)». En *Cuentos andinos*. Lima: Imprenta de la Opinión Nacional, 1920.
- MARTÍ, José. [1889]. «La muñeca negra». En *Cuento hispanoamericano. Siglo XIX*. Bogotá: Norma, 2003.
- MORAVIA, Alberto. [1954]. «Ladrones en la iglesia». En *Cuentos romanos*. Madrid: Losada, 1957.
- OCAMPO, Silvina. [1961]. «Tales eran sus rostros». En *Mi mejor cuento*. Buenos Aires: Orión, 1973.
- PALMA, Ricardo. [1874]. «El rey del monte». En *Tradiciones peruanas completas*. Edith Palma (edición y prólogo). Madrid: Aguilar, 1968.
- PARRA, Nicanor. [1963]. «Manifiesto». En *Antipoemas, Antología*. Barcelona: Seix Barral, 1972.
- PIÑERA, Virgilio. [1956]. «La caída». En *Antología del cuento hispanoamericano del siglo XX*. 1. Fundadores innovaciones. José Miguel Oviedo (editor). Madrid: Alianza, 1992.
- PIZARNIK, Alejandra. [1971]. «Endechas». En *Obras completas. Poesía & prosa*. Buenos Aires: El Corregidor, 1990.
- REYNOSO, Oswaldo. «Colorete». En *Los inocentes*. Lima: Rama Florida, 1961.
- RIBEYRO, Julio Ramón. [1955]. «La tela de araña». En *La palabra del mudo*, tomo I. Madrid: Castilla, 1973.
- RULFO, Juan. [1951]. «¡Diles que no me maten!»». En *Pedro Páramo. El llano en llamas*. Barcelona: Seix Barral, 1985.
- SALA, Mariella. [1984]. «El lenguado». En *17 narradoras latinoamericanas*. Buenos Aires: Aique, 1996.
- VALLEJO, César. [1938]. «III». En *Obra poética*. Américo Ferrari (editor). Madrid: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- VARGAS VICUÑA, Eleodoro. [1953]. «Esa vez del huaico». En *Ñahuin. Narraciones ordinarias 1950/1975*. Lima: Milla Batres, 1975.
- ZAVALETA, Carlos Eduardo. «Juana la campa te vengará». En *Niebla cerrada*. México D. F.: Joaquín Mortiz, 1970.

# SÍMBOLOS DE LA PATRIA



Bandera Nacional



Himno Nacional



Escudo Nacional

## DECLARACIÓN UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

El 10 de diciembre de 1948, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó y proclamó la Declaración Universal de Derechos Humanos, cuyos artículos figuran a continuación:

### Artículo 1

Todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, (...) deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.

### Artículo 2

Toda persona tiene los derechos y libertades proclamados en esta Declaración, sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición. Además, no se hará distinción alguna fundada en la condición política, jurídica o internacional del país o territorio de cuya jurisdicción dependa una persona (...).

### Artículo 3

Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona.

### Artículo 4

Nadie estará sometido a esclavitud ni a servidumbre; la esclavitud y la trata de esclavos están prohibidas en todas sus formas.

### Artículo 5

Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes.

### Artículo 6

Todo ser humano tiene derecho, en todas partes, al reconocimiento de su personalidad jurídica.

### Artículo 7

Todos son iguales ante la ley y tienen, sin distinción, derecho a igual protección de la ley. Todos tienen derecho a igual protección contra toda discriminación que infrinja esta Declaración (...).

### Artículo 8

Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo, ante los tribunales nacionales competentes, que la ampare contra actos que violen sus derechos fundamentales (...).

### Artículo 9

Nadie podrá ser arbitrariamente detenido, preso ni desterrado.

### Artículo 10

Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal.

### Artículo 11

1. Toda persona acusada de delito tiene derecho a que se presuma su inocencia mientras no se pruebe su culpabilidad (...).
2. Nadie será condenado por actos u omisiones que en el momento de cometerse no fueron delictivos según el Derecho nacional o internacional. Tampoco se impondrá pena más grave que la aplicable en el momento de la comisión del delito.

### Artículo 12

Nadie será objeto de injerencias arbitrarias en su vida privada, su familia, su domicilio o su correspondencia, ni de ataques a su honra o a su reputación. Toda persona tiene derecho a la protección de la ley contra tales injerencias o ataques.

### Artículo 13

1. Toda persona tiene derecho a circular libremente y a elegir su residencia en el territorio de un Estado.
2. Toda persona tiene derecho a salir de cualquier país, incluso el propio, y a regresar a su país.

### Artículo 14

1. En caso de persecución, toda persona tiene derecho a buscar asilo, y a disfrutar de él, en cualquier país.
2. Este derecho no podrá ser invocado contra una acción judicial realmente originada por delitos comunes o por actos opuestos a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

### Artículo 15

1. Toda persona tiene derecho a una nacionalidad.
2. A nadie se privará arbitrariamente de su nacionalidad ni del derecho a cambiar de nacionalidad.

### Artículo 16

1. Los hombres y las mujeres, a partir de la edad núbil, tienen derecho, sin restricción alguna por motivos de raza, nacionalidad o religión, a casarse y fundar una familia (...).
2. Sólo mediante libre y pleno consentimiento de los futuros esposos podrá contraerse el matrimonio.
3. La familia es el elemento natural y fundamental de la sociedad y tiene derecho a la protección de la sociedad y del Estado.

### Artículo 17

1. Toda persona tiene derecho a la propiedad, individual y colectivamente.
2. Nadie será privado arbitrariamente de su propiedad.

### Artículo 18

Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión (...).

### Artículo 19

Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión (...).

### Artículo 20

1. Toda persona tiene derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas.
2. Nadie podrá ser obligado a pertenecer a una asociación.

### Artículo 21

1. Toda persona tiene derecho a participar en el gobierno de su país, directamente o por medio de representantes libremente escogidos.
2. Toda persona tiene el derecho de acceso, en condiciones de igualdad, a las funciones públicas de su país.
3. La voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público; esta voluntad se expresará mediante elecciones auténticas que habrán de celebrarse periódicamente, por sufragio universal e igual y por voto secreto u otro procedimiento equivalente que garantice la libertad del voto.

### Artículo 22

Toda persona (...) tiene derecho a la seguridad social, y a obtener, (...) habida cuenta de la organización y los recursos de cada Estado, la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales, indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.

### Artículo 23

1. Toda persona tiene derecho al trabajo, a la libre elección de su trabajo, a condiciones equitativas y satisfactorias de trabajo y a la protección contra el desempleo.
2. Toda persona tiene derecho, sin discriminación alguna, a igual salario por trabajo igual.
3. Toda persona que trabaja tiene derecho a una remuneración equitativa y satisfactoria, que le asegure, así como a su familia, una existencia conforme a la dignidad humana y que será completada, en caso necesario, por cualesquiera otros medios de protección social.
4. Toda persona tiene derecho a fundar sindicatos y a sindicarse para la defensa de sus intereses.

### Artículo 24

Toda persona tiene derecho al descanso, al disfrute del tiempo libre, a una limitación razonable de la duración del trabajo y a vacaciones periódicas pagadas.

### Artículo 25

1. Toda persona tiene derecho a un nivel de vida adecuado que le asegure, así como a su familia, la salud y el bienestar, y en especial la alimentación, el vestido, la vivienda, la asistencia médica y los servicios sociales necesarios; tiene asimismo derecho a los seguros en caso de desempleo, enfermedad, invalidez, vejez y otros casos de pérdida de sus medios de subsistencia por circunstancias independientes de su voluntad.
2. La maternidad y la infancia tienen derecho a cuidados y asistencia especiales. Todos los niños, nacidos de matrimonio o fuera de matrimonio, tienen derecho a igual protección social.

### Artículo 26

1. Toda persona tiene derecho a la educación. La educación debe ser gratuita, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental. La instrucción elemental será obligatoria. La instrucción técnica y profesional habrá de ser generalizada; el acceso a los estudios superiores será igual para todos, en función de los méritos respectivos.
2. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los grupos étnicos o religiosos; y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz.
3. Los padres tendrán derecho preferente a escoger el tipo de educación que habrá de darse a sus hijos.

### Artículo 27

1. Toda persona tiene derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten.
2. Toda persona tiene derecho a la protección de los intereses morales y materiales que le correspondan por razón de las producciones científicas, literarias o artísticas de que sea autora.

### Artículo 28

Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.

### Artículo 29

1. Toda persona tiene deberes respecto a la comunidad (...).
2. En el ejercicio de sus derechos y en el disfrute de sus libertades, toda persona estará solamente sujeta a las limitaciones establecidas por la ley con el único fin de asegurar el reconocimiento y el respeto de los derechos y libertades de los demás, y de satisfacer las justas exigencias de la moral, del orden público y del bienestar general en una sociedad democrática.
3. Estos derechos y libertades no podrán en ningún caso ser ejercidos en oposición a los propósitos y principios de las Naciones Unidas.

### Artículo 30

Nada en la presente Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades (...) tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración.